

Con contribuciones del exitoso autor y profesor de Harvard, Steven  
Pinker; Radley Balko, de The Washington Post, y muchos más...

# PAZ, AMOR & LIBERTAD

Editado por Tom G. Palmer



# **PAZ, AMOR Y LIBERTAD**

---

LA GUERRA NO ES INEVITABLE

Editado por Tom G. Palmer

Publicado por Students for Liberty & Atlas Network / Jameson Books, Inc.

Derechos de autor © 2014 por Tom G. Palmer,  
Atlas Economic Research Foundation  
y Students For Liberty

“The Decline of War and Conceptions of Human Nature”, Steven Pinker.  
Derechos de autor © 2013 John Wiley & Sons, Inc. Reproducido con la  
autorización de Blackwell Publishing Ltd.

Editado por Tom G. Palmer

Diseño de portada por Katherine Villegas Báez

El editor reconoce y agradece la ayuda brindada durante la elaboración de este libro, no solo a los autores y a los propietarios de los derechos de autor, sino también a los incontables miembros activos de Atlas Network y Students For Liberty. Su dedicación a la libertad y la paz en cada continente es un gran servicio para aquellos cuyas vidas corren riesgo a causa de la violencia organizada y una inspiración para mí.

Traducción realizada por Ceteris-Paribus.

Para obtener información o hacer otras solicitudes, contactar:

Students For Liberty, 1101 17th St. NW, Suite 810, Washington, DC 20036

The Atlas Network, 1201 L St. NW, Washington, DC 20005

Jameson Books, Inc., 722 Columbus Street, PO Box 738, Ottawa, IL 61350  
Comunicarse al 800-426-1357 para pedidos de libros.

Impreso en Estados Unidos de América.

ISBN: 978-0-89803-176-8

17 16 15 14 5 4 3 2 1



“ Aquellos que están a favor de la paz necesitan hacer preguntas difíciles sobre qué instituciones y prácticas la promueven. Asimismo, necesitan convencer a más personas de que la violencia rara vez logra los objetivos nobles que los defensores de la guerra dicen valorar. Este libro es un excelente punto de partida en ambos aspectos, ya que explica que el sentimiento de la paz es laudable, pero sin evidencia ni un razonamiento riguroso, solamente es un sentimiento”.

Jeffrey Miron

Autor de *Drug War Crimes: The Consequences of Prohibition* y de *Libertarianism, from A to Z*.

Departamento de Economía de la Universidad de Harvard

“La vieja mentira — que sostiene que es dulce y honorable morir por la patria — recibe aquí una respuesta decisiva. No es dulce ni honorable bombardear a los niños en Irak, ni morir debido a una bomba plantada por sus padres al costado de una ruta, ni defender el acto de guerra como purificador, ennoblecedor o vigorizante. Los antiliberales, desde Joseph de Maistre hasta David Brooks, que han opinado de manera diferente son desenmascarados aquí como meros belicistas. La brillante edición y escritura de Tom Palmer crea un argumento abrumador para los ferreteros, los pescaderos, y todos los demás comerciantes dentro del intercambio pacífico, sin aporreos, ni leva, ni sangre vomitada por pulmones corruptos de ira”.

Deirdre N. McCloskey

Autor de *Bourgeois Dignity*.

Profesora distinguida de economía, historia, inglés, y comunicación de la Universidad de Illinois en Chicago.

Profesora de historia económica de la Universidad de Gotemburgo en Suecia

“Este es un libro importante que conecta de forma exitosa el ideal de la paz e ideas muy prácticas y sólidas acerca de cómo lograrla y mantenerla. *Paz, amor y libertad* debería ser leído por todos aquellos que deseen evitar la guerra, independientemente de sus opiniones políticas”.

David Boaz

Autor de *The Libertarian Mind*.

Vicepresidente Ejecutivo del Cato Institute.

“El filósofo y padre de la economía, Adam Smith, como todo el mundo sabe, escribió que para que una sociedad prospere y progrese se necesita “poco más” que tres condiciones: “paz, impuestos bajos y una administración tolerable de la justicia”. *Paz, amor, y libertad* es una colección interesante de ensayos que muestra por qué la paz es la primera entre esas condiciones indispensables, y cómo su ausencia eleva los impuestos y amenaza la justicia. Los autores argumentan con lógica y pruebas persuasivas que un Estado beligerante no puede ser un Estado libre”.

Lawrence H. White

Autor de *The Clash of Economic Idea*

Departamento de Economía de George Mason University

*“Paz, amor y libertad, reúne a los expertos en economía, ciencia política, historia, filosofía, psicología y otros campos para explicar los fenómenos complejos de la paz y la guerra. Tom Palmer, como editor y autor, ofrece un libro que es verdaderamente único y logra sus objetivos de manera espléndida. Es riguroso y está escrito con claridad, y merece ser leído por un público numeroso. Si hubieran sido comprendidas las lecciones del libro en el siglo pasado, el mundo se habría ahorrado mucha violencia, sangre, sufrimiento y miseria”.*

Pascal Salin

Autor de *Libéralisme*

Facultad de Economía de la Universidad de Paris–Dauphine

*“Son famosas las palabras del sociólogo Charles Tilly,;: ‘La guerra hizo al Estado y el Estado hizo la guerra’. Esta magnífica pequeña antología ilustra la sabiduría de aquellas palabras y por qué cualquier persona amante de la libertad debería oponerse al uso de fuerzas destructivas del Estado en todos los casos, excepto en el caso de defensa propia”.*

Peter Kurrild-Klitgaard

Departamento de Ciencia Política de la Universidad de  
Copenhague



# Contenido

<b>Prefacio</b>	<b>15</b>
<b>1. La paz es una elección</b>	<b>19</b>
La guerra es violencia humana organizada	20
¿Cuándo, si acaso, está justificada la guerra?	24
La guerra es la salud del Estado	29
¿Quién es responsable?	32
Libertad y paz	36
<b>2. El declive de la guerra y las concepciones de la naturaleza humana</b>	<b>39</b>
Cuatro razones por las cuales el declive de la guerra es compatible con una concepción realista de la naturaleza humana	42
1. Cosas más extrañas han sucedido	42
2. La naturaleza humana tiene múltiples componente	44
3. Componentes facultativos de la naturaleza humana	47
4. La cognición humana es un sistema generativo ilimitado	49
Conclusión	52
Bibliografía	53
<b>3. La economía de la paz: por qué tener vecinos más ricos es una muy buena noticia</b>	<b>55</b>
Ganadores y perdedores	55
Un mundo de productores-consumidores	58

La “Ley de Say” y las ganancias mutuas	59
La Ley de Say aplicada a nivel internacional	62
Barreras comerciales (“Proteccionismo”) como juegos de suma negativa	65
Paz para la prosperidad	67
<b>4. Entrevista con un empresario por la paz: Chris Rufer</b>	<b>71</b>
<b>5. La paz del libre comercio</b>	<b>85</b>
La transformación	86
Dudas sobre Thomas	89
Las causas de la paz	92
La “mano invisible” de la paz	97
<b>6. La economía política del imperio y la guerra</b>	<b>103</b>
La buena noticia: la violencia está en baja	104
¿Tienen que “chocar” las civilizaciones o los países?	106
¿El imperialismo mercantilista es una propuesta ganadora?	110
¿Qué sucede con la “Guerra por petróleo (y otros recursos)”?	118
Falacias económicas y relaciones internacionales	123
Los bienes no pueden cruzar las fronteras, pero los ejércitos sí	125
Una visión ancestral	127
¿Quién decide?	128
<b>7. El temor a la guerra de la Ilustración estadounidense</b>	<b>133</b>
<b>8. La declinante importancia de la guerra como herramienta política en la Edad Contemporánea</b>	<b>147</b>
El surgimiento y la caída de las guerras entre grandes potencias	148

Guerras contemporáneas	150
Conclusión	155
<b>9. La militarización de la actividad policial</b>	<b>159</b>
<b>10. La filosofía de la paz o la filosofía del conflicto</b>	<b>164</b>
La filosofía de la cooperación	169
La filosofía del conflicto	173
La distinción amigo-enemigo	181
Las ideas de 1914	189
Las guerras no son inevitables	195
<b>11. El arte de la guerra</b>	<b>197</b>
<b>12. Oración de guerra</b>	<b>205</b>
<b>13. Dulce et decorum est</b>	<b>211</b>
<b>14. Parábola del viejo y el joven</b>	<b>213</b>
<b>15. La paz comienza con ustedes</b>	<b>215</b>
Aprender	217
Amplificar	218
Organizar	220
Hacer la diferencia: elegir la paz	222
<b>Sugerencias Bibliográficas</b>	<b>223</b>
<b>Sobre el editor</b>	<b>227</b>
<b>Notas</b>	<b>229</b>



## Prefacio

*“La gente tiene que aprender a odiar. Si pueden aprender a odiar, también se les puede enseñar a amar, ya que el amor llega con más naturalidad al corazón humano que el sentimiento opuesto”*

-Nelson Mandela<sup>1</sup>

---

La guerra enseña a las personas a odiar. A odiar a sus enemigos. A odiar a sus vecinos. A odiar a quienes son diferentes. La paz les permite amar. Transformar a los enemigos en amigos. Reemplazar el conflicto por la cooperación. Reemplazar el odio por el amor y la amistad.

¿Qué fomenta la paz? Ya lo sabemos: la libertad. ¿Qué socava la libertad? También lo sabemos: la guerra.

Los ensayos incluidos en este libro ofrecen evidencias y argumentos a favor de la paz. Los escritores no promueven la paz meramente como un ideal moral y ni siquiera como una meta deseable, sino como un objetivo eminentemente práctico. Muy a menudo, los activistas por la paz han pensado que era suficiente limitarse a exigir la paz y denunciar la guerra, sin considerar qué instituciones promueven la paz y desalientan la guerra, y sin investigar las condiciones económicas, sociales, políticas y psicológicas de la paz. Pueden oponerse a esta o aquella guerra, sin considerar qué la ocasiona y sin analizar sus causas. La paz no es una fantasía impracticable, ni es algo en pos de lo cual debe sacrificarse la prosperidad, el progreso o la libertad. De hecho, la paz, la libertad, la prosperidad y el progreso van juntos.

Los ensayos del presente libro apelan a la razón. Se basan en sólidos antecedentes históricos, en la realidad económica, en la psicología empírica, en la ciencia política y en una lógica obstinada, así como en el arte y la imaginación estético. Si el corazón se compromete en nombre de la paz, dicho compromiso habrá de concretarse a través de la razón.

Los autores de *Paz, amor y libertad* recurren a disciplinas como la psicología, la economía, la ciencia política, la historia, el derecho, la sociología y la filosofía moral, así como de la poesía, la literatura y la estética. Todas ellas cumplen un rol importante al momento de entender mejor la guerra y la paz. Cada ensayo puede, en sí mismo, ofrecer una lectura provechosa. Pueden leerse en cualquier orden. Algunos son académicos, y otros, aunque están desarrollados con la misma seriedad, no dependen de las notas al pie. La meta es hacer que temas importantes sean accesibles para un amplio rango de lectores interesados y, al mismo tiempo, usar la razón y la evidencia para mostrar el profundo vínculo que existe entre la libertad y la paz. (Hay más material sobre la paz y la libertad que sobre el amor, por una simple razón, y es que por la paz y la libertad se puede luchar de manera organizada; mientras que el amor es algo que cada corazón humano debe alcanzar por sí mismo. Por lo tanto, los ensayos se enfocan en las instituciones e ideologías de la guerra y la paz, con la esperanza de que se elija la paz, se evite el odio y el amor sea algo posible.)

*Paz, amor y libertad* es una publicación conjunta de Atlas Network y Students For Liberty. Ambas organizaciones tienen alcance global y cuentan con afiliados y proyectos en todos los continentes. No están vinculadas a ningún gobierno y apoyan

valores universales. No promueven un programa que no sea el de la paz, la libertad equitativa y la justicia igualitaria ante la ley. Buscan establecer y respaldar instituciones que hagan posible la paz, la libertad y la justicia, lo que incluye imponer límites constitucionales a los gobiernos e impulsar la libertad de expresión y de culto, la protección de la propiedad adquirida legítimamente, la tolerancia jurídica hacia el comportamiento pacífico, el libre comercio y el libre mercado. Los ensayos de este libro muestran cómo esas ideas —las ideas del “liberalismo clásico” se cohesionan y refuerzan entre sí. Los textos que conforman *Paz, amor y libertad* ofrecen una contribución a los estudios sobre la paz desde la perspectiva del estudio y el pensamiento liberal clásico, una tradición que se refiere a la protección de la cooperación humana voluntaria<sup>2</sup>.

Las raíces de esta tradición están muy arraigadas en la historia de la humanidad. Son discernibles en los escritos del sabio chino Lao Tse, de los grandes líderes religiosos, y de un destacado abogado, filósofo y político que defendió la elocuencia y la razón por sobre la brutalidad y la fuerza, Marco Tulio Cicerón. Como escribió en su famoso libro *Sobre los deberes*:

Todos los hombres deben tener este único objetivo, de que el beneficio de cada individuo en particular y el beneficio de todos en conjunto sean la misma cosa. Si alguien se arrogara tal beneficio para sí mismo, toda interacción humana quedaría anulada. Por otra parte, si la naturaleza indica que un hombre debe querer considerar los intereses de otro, quienquiera que este sea, precisamente porque es un hombre, es necesario, de acuerdo con la misma naturaleza, que lo que es beneficioso para todos

sea algo común. De ser así, todos estamos condicionados por una única y misma ley natural; y si esto también es verdadero, significa que, en virtud de dicha ley natural, ciertamente estamos impedidos de actuar con violencia en contra de otra persona<sup>3</sup>.

Este libro trata sobre evitar la violencia. Trata sobre la alternativa pacífica a la fuerza. Trata sobre la cooperación voluntaria. Está dedicado a los activistas por la paz y la libertad de todas partes del mundo. Espero que la juventud de hoy pueda envejecer en paz y libertad, y que puedan dejar un mundo más pacífico, más justo y con mayor libertad del que encontraron. Para aquellos que comparten esta meta, la información que ofrece este libro será útil.

Tom G. Palmer  
Nairobi, Kenia

**Nota: Un índice del volumen está disponible en:**  
<http://studentsforliberty.org/peace-love-liberty-index>

# 1.

## La paz es una elección

Por Tom G. Palmer

¿Cuál es la naturaleza de la guerra? ¿Es una característica irreducible de la vida humana? ¿Está justificada? Y si lo está, ¿bajo qué condiciones? ¿Cuál es el impacto de la guerra en la moral y la libertad?

*“Una paz perpetua y universal se encuentra, mucho me temo, en el catálogo de eventos que nunca existirán, excepto en la imaginación de filósofos visionarios o en los corazones de los benévolos entusiastas. No obstante, no deja de ser cierto que la guerra contiene tanta insensatez y malevolencia que habrá muchas esperanzas puestas en el progreso de la razón; y que si cabe esperar algo, entonces debería intentarse todo”.* -James Madison<sup>4</sup>

---

Las guerras no ocurren por casualidad. No son como los tornados o los meteoros, y esa diferencia no se debe simplemente a que pueden ser mucho más destructivas. La principal diferencia es que los tornados y meteoros no son producto de la deliberación y la elección humanas. Las guerras sí lo son. Hay ideologías que promueven guerras. Existen políticas que propician las guerras. Y esas ideologías y políticas pueden examinarse, compararse y analizarse racionalmente. Se podría

pensar que “todo el mundo apoya la paz”, pero sería un error. Muchas ideologías tienen conflicto y violencia en su núcleo mismo. E incluso si sus defensores dijeran públicamente que se oponen a la guerra y que prefieren la paz, las políticas que propugnan harían mucho más probable que esos conflictos estallaran en guerra. Como señaló James Madison, una de las grandes figuras de la Ilustración estadounidense y autor principal de la Constitución de Estados Unidos, la guerra “contiene tanta insensatez y malevolencia” que debemos intentar hacer todo lo que podamos para mitigarla.

¿Qué puede decirse sobre la guerra que no se haya dicho ya? Acabo de ingresar la palabra “war” (guerra) en el buscador de Google y, en 49 segundos, recibí esta respuesta: “Aproximadamente 536.000.000 resultados”. Y eso solo en inglés. En 23 segundos, obtuve “aproximadamente 36.700.000 resultados” en francés (guerre); en 30 segundos, “aproximadamente 14.700.000 resultados” en alemán (Krieg); y en chino, en 38 segundos, “aproximadamente 55.900.000 resultados” en caracteres simplificados (战争) y, en 34 segundos, “aproximadamente 6.360.000 resultados” en caracteres tradicionales (戰爭). ¿Qué más podría agregarse?

Hay algo muy importante que sí podría agregarse a todo eso. Se debería aplicar *más razón* al análisis. Tal como Madison sugiere, “habrá muchas esperanzas puestas en el progreso de la razón”.

## **La guerra es violencia humana organizada**

Una definición común de “guerra” en el diccionario es “estado de conflicto armado entre distintas naciones o Estados, o

entre diferentes grupos dentro de una nación o un Estado". Algunos ejemplos de su uso serían: "Austria entró en guerra con Italia" y "Hubo guerra entre Austria e Italia". La palabra también puede usarse de manera análoga o metafórica, de este modo: "Estaba en guerra con sus vecinos" y "El gobierno declaró la guerra a las drogas". Sin embargo, el principal uso de esta palabra, así como el principal uso en este libro, se refiere a un conflicto armado entre Estados. (Dicho eso, la "guerra a las drogas" también implica una gran cantidad de conflictos armados, pero normalmente dirigidos por los Estados contra los proveedores y consumidores de drogas, y entre distribuidores de drogas rivales, más que entre Estados.)

El término "conflicto armado" deja en claro que se hace uso de una fuerza mortífera. En las guerras mueren personas. Pero, en realidad, no mueren, sino que son asesinadas por otras personas. Tanto la guerra como el uso de las fuerzas armadas implican el asesinato de personas. Los hombres y mujeres que integran las fuerzas armadas conocen esa verdad. Los políticos a menudo quieren evitarla. Madeleine Albright, entonces embajadora de Estados Unidos ante las Naciones Unidas y posteriormente Secretaria de Estado de Estados Unidos, hizo una famosa pregunta al entonces Jefe del Estado Mayor Conjunto, el general Colin L. Powell: "¿De qué sirve tener esas magníficas fuerzas armadas de las que siempre habla si no podemos usarlas?".

Powell escribió en sus memorias: "Pensé que me iba a dar un aneurisma". Y bien podría haberle sucedido. Albright tenía una idea común de las fuerzas armadas, según la cual estas no eran sino una de varias herramientas que el Estado podía utilizar

para concretar sus objetivos. Powell explicó que “los GI norteamericanos no eran soldados de juguete que podían moverse de un lado a otro sobre una especie de juego de mesa global” y que “no debíamos comprometer a las fuerzas armadas hasta que no tuviéramos un objetivo político claro”. Como militar, el general Powell comprendía que cuando las fuerzas armadas se “usan”, hay seres humanos reales —no soldados de juguete ni piezas de ajedrez— que van a morir<sup>5</sup>.

Recuerdo que hace años me senté a conversar con el contraalmirante Gene LaRoque (USN, retirado) acerca del uso de las fuerzas armadas. LaRoque explicó el tema con un lenguaje muy directo (según recuerdo): “El propósito de las fuerzas armadas es matar al enemigo y destruir su capacidad de hacernos daño. No construimos buenos puentes, a menos que el objetivo sea que pasen tanques a través de ellos. No sabemos cómo enseñar a niños de ocho años a leer y escribir. No sabemos cómo educar a la gente sobre leyes o democracia. Matamos al enemigo y destruimos su capacidad de dañarnos. Cuando realmente tengan que matar gente y destruir cosas, llámennos, pero de lo contrario, no lo hagan”. Entrar en guerra significa matar a otros seres humanos. Aquellos que tienden a no hablar de ello son, casualmente, quienes vieron esa realidad de cerca, o la pusieron en práctica.

Quienes han visto guerras tienden a pensar en ellas de manera muy diferente a los profesores de ciencia política como Madeleine Albright, quien, como funcionaria del gobierno de Estados Unidos defendió, públicamente y con mucho entusiasmo, el bombardeo de Irak, que derivó en la muerte de muchos inocentes. En un foro público realizado en Estados Unidos acerca de la guerra, fue cuestionada por un ciudadano.

“No enviaremos mensajes a Saddam Hussein con la sangre del pueblo iraquí”, señaló el ciudadano. “Si quieren ajustar cuentas con Saddam, ajusten cuentas con Saddam, no con el pueblo iraquí”. Su respuesta fue reveladora:

Hacemos lo que hacemos para que todos ustedes puedan dormir tranquilos. Estoy muy orgullosa de lo que hacemos. Somos la nación más grande del mundo, [pausa por los aplausos] y lo que hacemos es ser la nación indispensable, dispuesta a hacer del mundo un lugar seguro para nuestros hijos y nietos, y para las naciones que sigan las reglas<sup>6</sup>.

Albright y sus colegas defendieron el bombardeo a los iraquíes y la ejecución del embargo que ocasionaron una sustancial pérdida de vidas en pos de cumplir el rol de “la nación indispensable” y de “hacer del mundo un lugar seguro para nuestros hijos y nietos”. Ella y sus colegas no tuvieron su oportunidad de invadir Irak, lo cual fue concretado por su sucesor, George W. Bush y su administración, pero sí prestaron su apoyo a la destructiva y costosa insensatez que dicha administración llevó a cabo. ¿Estuvieron justificadas esas decisiones? De hecho, no. No cumplieron con la presentación de las pruebas necesarias para sustentar el caso. No había evidencia sólida de que el Estado iraquí estuviera desarrollando “armas de destrucción masiva” que podrían desplegarse “cuarenta y cinco minutos” después de impartida la orden, como tampoco existían pruebas de que el régimen hubiera estado involucrado en los ataques terroristas a los ciudadanos estadounidenses del 11 de septiembre de 2001, a pesar de las declaraciones públicas por parte de funcionarios gubernamentales que insinuaban su participación.

¿Y cuál fue el costo? Calcular cifras exactas en el caso iraquí resulta difícil y es materia de gran controversia, pero, además de los cientos de miles de combatientes iraquíes muertos en la invasión, hubo miles de soldados estadounidenses, británicos y aliados muertos, y varios cientos de miles resultaron heridos. Según estimaciones conservadoras, al menos 118.789 civiles fueron asesinados violentamente entre 2003 y 2011, la mayoría de ellos, víctimas de la terriblemente brutal guerra civil y de la lucha de poderes desatadas en el país como consecuencia de la invasión y la ocupación<sup>7</sup>.

¿Y la pérdida de riqueza? Solo el gobierno estadounidense prestó alrededor de US\$ 2 billones para financiar las guerras en Irak y Afganistán (no es fácil separar una de la otra debido a que coexistieron) y el costo total de esas dos aventuras, calculadas en términos de valores actuales, se estima, de manera muy conservadora, en US\$ 4 billones, pero es casi seguro que ascienda a mucho más<sup>8</sup>. Gran Bretaña y otros países también gastaron sumas sustanciales de riqueza material, y la infraestructura de Irak sufrió graves daños durante el conflicto. ¿Estuvo justificado todo ese gasto de vidas y riqueza para generar tanta muerte y destrucción?

### **¿Cuándo, si acaso, está justificada la guerra?**

Son pocos los que creen que entrar en guerra — matar personas — está justificado con el fin de “ser la nación indispensable”, como sostuvo Albright. (Algunos, sin embargo, defenderían esa posición.) Pero vayamos a una cuestión más complicada. Si se hace una guerra “para hacer del mundo un lugar seguro para nuestros hijos y nietos”, ¿entonces está justificada? Ciertamente, los hechos serían importantes para contestar esta pregunta:

“¿Cuál es la probabilidad de que matar personas hoy logre una mayor seguridad para otros en el futuro?”. Quizás esa matanza podría darnos mayor seguridad en el futuro, pero aun así, debería haber una carga de prueba muy significativa sobre quien apoye la guerra. Los defensores de la guerra entre los gobiernos estadounidense e iraquí no estuvieron ni cerca de cumplir con esa carga.

Existe una larga tradición de juzgar la validez de las guerras, en lo que se refiere tanto a su inicio como a su conducción. La justificación para iniciar una guerra se conoce con el término latino *jus ad bellum*, y se distingue de la justificación para conducir una guerra, que se denomina *jus in bello*. Estas dos figuras con frecuencia se consideran de manera independiente. ¿Se justifica la guerra? ¿Se justifica el comportamiento asumido para llevar adelante una guerra? Muchos abogados y filósofos destacados han argumentado y debatido sobre qué podría justificar la declaración de una guerra y, una vez que esta ha comenzado, si hay restricciones morales o legales con respecto al uso de la fuerza, y, de haberlas, cuáles son esas restricciones.

¿Se puede iniciar una guerra para defender el honor de un gobernante o una nación, o para “ser la nación indispensable”, o para tomar posesión de tierras o recursos valiosos, o para defender los intereses propios o las vidas de los habitantes de una nación? Y, una vez que se ha emprendido la guerra, ¿se puede matar solo a los combatientes armados en el campo de batalla, o se puede ejecutar a los prisioneros capturados, o matar a las familias de los soldados enemigos, incluso a sus hijos (que podrían ser futuros soldados)? A través del tiempo, se impusieron cada vez más límites a las circunstancias

que habilitan una guerra, y se establecieron diversos principios, convenciones y tratados para regular la forma en la que se conduce la guerra.

En conjunto, estos temas se conocen como “derecho bélico” y “teoría de la guerra justa”<sup>9</sup>. Aunque *jus in bello*, la legalidad de la conducción de la guerra, se considera aplicable independientemente de si una guerra está justificada, el enfoque estándar dispone que, en caso de que lo esté, es decir, en caso de que se lleve a cabo por una causa justa, los medios necesarios para que su conducción sea exitosa están, de por sí, justificados, aunque fueran indeseables o lamentables.

Pero para aquellos a quienes les preocupa la justicia y el comportamiento correcto, ese enfoque tradicional no aborda adecuadamente el tema de si iniciar una guerra (*jus ad bellum*) está justificado. Como Robert Holmes sostuvo enérgicamente en su libro *On War and Morality*: “No es el fin el que justifica los medios, sino que es la permisibilidad de los medios (que incluye la matanza y destrucción que son parte de la naturaleza del conflicto armado) la que, junto con la satisfacción de los otros requisitos de *jus ad bellum*, justifica el fin”<sup>10</sup>. No solo los “malvados” son asesinados en las guerras. También personas completamente inocentes se convierten en “daños colaterales”. Si matar personas y destruir lo que necesitan para sobrevivir no está justificado, entonces el proceso —la guerra— tampoco lo está. Por consiguiente, “justificar una guerra requiere la justificación de la selección de medios desde el principio. Aquí no hay dos actos independientes: embarcarse en una guerra e implementar los medios elegidos. (...) Jamás se puede justificar el acto de recurrir a una guerra sin justificar los medios mediante los cuales se pretende luchar”<sup>11</sup>.

Al momento de contemplar la posibilidad de una guerra, es moralmente irresponsable mirar solo el objetivo ostensible de la guerra, así sea reconquistar territorio histórico o reivindicar el honor o establecer la credibilidad o responder a la agresión o cualquier otra causa, sin considerar lo que la guerra conlleva. Como Holmes afirma: “La guerra, por su naturaleza, es violencia organizada, la creación deliberada y sistemática de muerte y destrucción. Esto es verdad si los medios empleados son bombas nucleares o si son arcos y flechas”<sup>12</sup>.

Me encontré cara a cara con la habitual evasión de este tema cuando estaba trabajando en un Irak devastado por la guerra y viajé a Canadá para asistir a una conferencia. Una participante de dicha conferencia me hizo saber cuánto lamentaba que Canadá no hubiera intervenido en la “Coalición de la Voluntad” que invadió Irak y derrocó al tiránico y sanguinario gobierno de Saddam Hussein y su Partido Baazista. Le dije que debería estar feliz de que su gobierno hubiera deliberado y decidido no formar parte de la invasión y ocupación.

Posteriormente, durante la conversación, mencioné los rumores en Bagdad, que indicaban que se había ordenado a la nueva policía iraquí disparar contra quienes fueran capturados colocando artefactos explosivos improvisados, y que un alto funcionario gubernamental había demostrado la determinación del gobierno disparando él mismo contra un prisionero. En aquel momento, estos artefactos mataban a gran cantidad de combatientes y no combatientes por igual. (No sabía si esa historia era verdadera, y aún no lo sé. Simplemente informé lo que me habían dicho numerosos iraquíes). La misma persona que había apoyado con entusiasmo la participación de Canadá en la guerra se mostró conmocionada, consternada

y horrorizada, y exigió que “se hiciera algo”. Le dije que debería haber considerado la posibilidad de esas consecuencias antes de respaldar la guerra. Esas son las cosas que “suceden” durante una guerra. Avalar una guerra y luego horrorizarse cuando acarrea un comportamiento violento, sanguinario e incluso ilegal demuestra falta de entendimiento.

La guerra no solo deriva en bajas indeseadas que, en cierto modo, no se consideran al momento de decidir entrar en guerra o no, sino que además cambia el carácter humano. No solo los combatientes pierden los principios morales que los orientan: también los pierden los no combatientes. Joe Klein es un respetado periodista de la revista Time que apoya al presidente Obama. Durante un debate televisivo, y en defensa del uso de drones durante los ataques por parte de la administración de Obama, hizo una vehemente declaración:

Si se usa mal, y existe una posibilidad mucho mayor de abuso si tienes a las personas equivocadas en el gobierno... Pero la cuestión principal es esta: ¿De quién son hijos los niños que mueren? Lo que estamos haciendo es limitar la posibilidad de que los niños de cuatro años que están aquí sean asesinados por actos terroristas indiscriminados<sup>13</sup>.

Dejando de lado el desagradablemente obvio y petulante partidismo (“Hay una posibilidad mucho mayor de abuso si tienes a las personas equivocadas en el gobierno”), es difícil imaginar una defensa tan despiadada de la matanza de niños de cuatro años, pero el señor Klein no mostró arrepentimiento. Las personas pierden de vista sus principios morales cuando se defienden guerras declaradas por “las personas correctas”.

Por estas y otras razones, debería haber — en todo momento y lugar — un supuesto en contra de la guerra. La carga de la prueba recae sobre quien inicie o emprenda una guerra. Cumplir con esa carga exige esgrimir razones extremadamente sólidas. Algunos podrían argumentar que las razones nunca son suficientes. Otros sostendrían que una guerra defensiva, o incluso preventiva contra una amenaza real, puede justificarse con evidencias. En cualquier caso, el inicio de hostilidades requiere la presentación de pruebas inapelables y, además, la guerra solo puede utilizarse con fines de defensa, jamás de apropiación o adquisición, o meramente de protección del “honor” o la “credibilidad”. Si no se está seguro, entonces la lógica de la carga de prueba requiere que se esté en contra de iniciar una guerra. No existen términos medios, ni neutralidad, ni “quizá”. Si no se argumenta a favor, se argumenta en contra. La elección es binaria: a favor o en contra.

## **La guerra es la salud del Estado**

*“La guerra es la salud del Estado. Automáticamente pone en marcha, en toda la sociedad, irresistibles fuerzas en pos de la uniformidad, de la apasionada cooperación con el gobierno para forzar la obediencia de grupos minoritarios e individuos que no aceptan la idea del rebaño”.* - Randolph Bourne<sup>14</sup>

---

La guerra desafía la legalidad a cada instante. Socava el Estado de Derecho. Concentra el poder en el poder ejecutivo. Tiene una justificación siempre a mano para cada abuso de poder. Un caso concreto es la evidencia reciente

de la existencia de enormes aparatos de espionaje y vigilancia de muy dudosa legalidad. Hace unos pocos años, esa vigilancia habría sido vista como la fantasía de un chiflado paranoico; y todo se justifica en nombre de “la guerra contra el terror”. La guerra aumenta el poder del gobierno y su capacidad de ejercer su coerción. Con cada nueva guerra, se obtienen nuevos poderes, y toma mucho más tiempo y esfuerzo dismantelarlos, si es que efectivamente se hace. Al igual que otras crisis, pone en marcha un “efecto rebote” que aumenta los poderes del Estado muy por encima de los precedentes y, aunque esos poderes pueden disminuir una vez concluida la guerra, rara vez vuelven al nivel previo a la contienda. Como explicó el historiador económico Robert Higgs, los gobiernos crecen en respuesta a las “crisis”, en particular, guerras o depresiones: “Al comienzo de una crisis, el gobierno expande el alcance de su autoridad efectiva sobre la toma de decisiones en materia económica” y “la racionalización que sigue a la crisis es incompleta, lo que deja al gobierno en una posición de poder superior a la que tendría de no haber existido la crisis”<sup>15</sup>. La guerra prepara el camino para el trabajo forzado (en la forma de servicio militar obligatorio), la aplicación de impuestos, la confiscación y requisita de bienes, el racionamiento, el socialismo. Nuevas organismos, nuevos poderes, nuevos impuestos: todo puede justificarse alegando la necesidad de “ganar la guerra”, “vencer al enemigo” y “proteger la nación”. La guerra engendra colectivismo y estatismo.

Y con la guerra vienen los impuestos y las deudas. Como explicó Thomas Paine de manera irónica:

La guerra es la cosecha común de todos los que participan en la división y el gasto del dinero público, en todos los países. Es el arte de ser vencedor en casa: el objetivo es aumentar los ingresos; y como los ingresos no pueden aumentarse sin impuestos, debe haber un pretexto para los gastos. Revisando la historia del gobierno británico, de sus guerras e impuestos, un observador que no se enceguezca por el prejuicio ni se doblegue ante los intereses podría declarar que no se recaudan impuestos para librar guerras, sino que se libran guerras para recaudar impuestos<sup>16</sup>.

No hay nada como una guerra para justificar el aumento de la carga tributaria en la población. La historia del gobierno ha demostrado, como concluyó Margaret Levi, que “la justificación más aceptable para aplicar impuestos era la guerra”<sup>17</sup>.

En épocas de guerra, las críticas se califican de traidoras, derrotistas y antipatrióticas. Se abandonan las libertades civiles, se impone la censura, se clausuran los periódicos y se autoriza el espionaje a los ciudadanos. Los ciudadanos son señalados como enemigos, demonizados, hostigados, arrestados, confinados, expulsados o asesinados.

Por último, la guerra debilita la responsabilidad del gobierno. Permite que los gobernantes impulsen sus propias metas con el pretexto de impulsar las metas del país. Brinda los medios a través de los cuales las elites políticas fortalecen su poder, desvían la atención de las fallas internas, y unifican a la opinión pública detrás de los gobernantes en ejercicio. William Shakespeare expresó, de manera contundente, el impacto político de la guerra

en su obra “Enrique IV, Parte II”, cuando el anciano rey llama a su hijo y le explica los beneficios de las expediciones al extranjero para consolidar su poder:

Todos mis amigos, de los que debes hacer tus amigos,  
sólo desde hace poco perdieron sus garras y sus dientes;  
elevado primeramente por su ruda asistencia,  
temí luego ser derribado por su poder.  
Para evitarlo, les hice pedazos;  
tenía ahora el proyecto de  
conducir el resto a Tierra Santa,  
temiendo que el reposo y la inacción no les aconsejasen  
examinar de cerca mi autoridad. Así, pues, Harry,  
que ese sea tu sistema, ocupar esos espíritus inquietos,  
en guerras extranjeras, de manera que su actividad,  
ejercitada lejos de aquí,  
pueda borrar la memoria de los primeros días<sup>18</sup>.

“Ocupar sus espíritus inquietos en guerras extranjeras” es una característica común del arte de gobernar. No se limita a occidente o a oriente, al norte o al sur, a democracias o dictaduras. Es un arma de poder. Y a menudo funciona.

### **¿Quién es responsable?**

La violencia humana organizada tiene un enorme costo para la vida, la libertad, la prosperidad. No suelen encontrarse justificaciones racionales. Y también es difícil que haya algún tipo de justicia después de la guerra. Los perdedores pueden ser castigados, pero los ganadores casi nunca enfrentan la justicia en nombre de la cual flagelaron a sus víctimas. Así ha sido durante mucho tiempo. Uno de los más grandes defensores del gobierno

constitucional, el filósofo y senador romano Catón el Joven, increpó públicamente a uno de los más famosos asesinos de todos los tiempos, Julio César, por uno de los atroces crímenes de guerra cometidos por este, en una memorable escena en el Senado romano descrita por el historiador Plutarco.

César se encontraba entonces enfrentado a varias naciones belicosas, y las sometía a costa de grandes peligros. Se creía que había atacado a los germanos durante una tregua, y que había asesinado a trescientos mil de ellos. Sobre esto, algunos de sus amigos persuadieron al Senado para que se le diera un agradecimiento público; pero Catón declaró que debían poner a César en manos de quienes habían sido tan injustamente tratados, y así expiar la afrenta y evitar que el infortunio cayera sobre la ciudad: “Sin embargo, tenemos motivos”, dijo, “para agradecer a los dioses, porque perdonaron a Roma y no tomaron venganza sobre el ejército por la demencia e insensatez del general”<sup>19</sup>.

Huelga decir que César no fue arrestado ni entregado a los pocos sobrevivientes de la masacre que cometió. No se les dio la oportunidad de castigarlo por la matanza de sus familias. De hecho, continuó jactándose con orgullo de sus hazañas en su libro sobre la Guerra de las Galias. Escribió (usando la tercera persona para referirse a sí mismo) sobre su organización de un ataque sorpresa al campamento germano; luego de detener a los líderes de la tribu germana que habían venido para llevar a cabo conversaciones de paz, César lanzó un ataque sorpresivo contra su pueblo y, mientras las tropas masacraban a los hombres desprevenidos,

el resto del pueblo, [formado por] niños y mujeres (ya que habían abandonado su país y cruzado el Rin con sus familias), comenzaron a escapar en todas direcciones, y César envió a la caballería a perseguirlos. Al oír los germanos el ruido detrás, [voltear y] ver que sus familias estaban siendo masacradas, arrojaron sus armas y abandonaron sus estandartes, huyeron del campamento y, al llegar a la confluencia de los ríos Mosa y Rin, los sobrevivientes, sin esperanzas de seguir escapando, dado que gran cantidad de sus compatriotas habían sido asesinados, se arrojaron al río y allí perecieron, vencidos por el miedo, la fatiga y la violencia de la corriente. Nuestros soldados, luego del sobresalto de tan grandiosa guerra, ya que el número del enemigo llegaba a 430.000, regresaron al campamento, a salvo hasta el último hombre y unos pocos apenas heridos<sup>20</sup>.

¿Cuántos recuerdan hoy que Julio César presidió la matanza a sangre fría de cientos de miles de personas en un solo día? Solo el senador y filósofo estoico Catón lo increpó por su crimen y, por ello, Catón más tarde pagó con su vida. Hubo juicios por los crímenes de las partes vencidas en la Segunda Guerra Mundial, pero, como era de esperar, se prestó muy poca atención a la conducta indebida de naturaleza criminal de los políticos o soldados de las potencias vencedoras, en particular de la Unión Soviética, pero también de los gobiernos chinos (Kuomintang y Comunista), Estados Unidos y el Reino Unido, el segundo de los cuales llevó a cabo algunas cortes marciales, pero que no juzgó asesinatos de prisioneros sino excepcionalmente<sup>21</sup>.

La guerra es violencia humana organizada. La guerra es destructiva, no constructiva; es portadora de muerte, no de vida; es amiga del poder irresponsable y enemiga de la libertad.

Hace miles de años, un poeta desconocido describió una competencia entre dos de los poetas fundacionales de la Civilización Occidental, Homero y Hesíodo. Homero fue autor del poema bélico por excelencia, la *Ilíada*, que comienza con “Canta, oh diosa, la cólera de Aquiles, hijo de Peleo”, y Hesíodo, autor de *Los trabajos y los días*, que cuenta cómo llevar una vida productiva y virtuosa. El poema sobre los poetas es obra de un genio; cada poeta fue exhortado a recitar su poesía; uno comenzaba con una línea de su poema y el otro finalizaba con una línea del propio. La obra de Hesíodo era muy cotidiana, mientras que la de Homero era gloriosa. Luego del esplendor de las estrofas bélicas de Homero,

todos los helenos exigieron que Homero fuera coronado. Pero el rey Paneides invitó a cada uno de ellos a recitar el mejor pasaje de sus respectivos poemas. Hesíodo, por lo tanto, comenzó de la siguiente manera [con un pasaje de su poema sobre la siega y la labranza]:

“Al surgir las Pléyades, descendientes de Atlas, empieza la siega; y la labranza, cuando se ocultan. . .”

Y luego Homero

[con un pasaje sobre la gloria de la batalla, de las filas de hombres resistiendo]: “...la rodela apoyábase en la rodela, el yelmo en otro yelmo, cada hombre en su vecino, y chocaban los penachos de crines de caballo y los lucientes conos de los cascos cuando alguien inclinaba la cabeza. . .”

Luego de comparar ambos pasajes,

los helenos aplaudieron a Homero con admiración, ya que, hasta entonces, los versos excedían lo común; y exigieron que fuera declarado ganador. Pero el rey entregó la corona a Hesíodo, y declaró que era correcto que aquel que llamaba a los hombres a dedicarse a cultivar la paz y la tierra recibiera el premio, y no quien se regodeaba en la guerra y la masacre<sup>22</sup>.

Es tiempo de celebrar las virtudes de la paz, de la cooperación y la industria, del intercambio y el comercio, de la ciencia y el conocimiento, del amor y la belleza, de la libertad y la justicia; y de dejar atrás los vicios de la guerra, del conflicto y la destrucción, del saqueo y la expropiación, de la censura y la opresión, del odio y el horror, de la coerción y la anarquía. En el mundo moderno, el mundo de la paz y la prosperidad creciente, el premio debe recaer en aquellos que instan a los seres humanos a adherir a la paz, en lugar de a la guerra y la masacre.

## **Libertad y paz**

Libertad y paz. Eso es lo que ofrecen los liberales clásicos. La libertad y la paz son una elección. Ambas han elevado, y siguen elevando, a miles de millones de personas por sobre la pobreza y la miseria. La paz y la libertad son la elección correcta de hombres y mujeres maduros. Hay coraje, hay entusiasmo, hay valentía, hay grandeza, e incluso hay una especie de gloria en aquellos que crean y trabajan en paz; y ese coraje, ese entusiasmo, esa valentía, esa grandeza y esa gloria tienen

un valor muy superior a las imágenes cruelmente distorsionadas que la guerra presenta de tales cualidades. La iniciativa, la prosperidad, la sociedad civil, la amistad, el éxito, la productividad, el arte, el conocimiento, la belleza, el amor, la familia, la satisfacción, la alegría, la felicidad: todo esto puede lograrse en la paz y destruirse en la guerra.

A aquellos que se quejan del “tedio” de la paz, a aquellos que anhelan el antagonismo, el conflicto y la violencia, el destacado escritor clásico liberal Benjamin Constant les respondió hace muchos años:

¿Estamos aquí tan solo para construir, con nuestros cuerpos agonizantes, vuestro camino a la fama? Estáis dotados para la contienda: ¿de qué nos sirve a nosotros? La inactividad de la paz les aburre. ¿Por qué debería preocuparnos vuestro aburrimiento?<sup>23</sup>

Después de tantas guerras y matanzas en la historia de la humanidad, es momento, finalmente, de que el premio recaiga en aquellos que se dedican a cultivar la paz y la agricultura, y no en quienes se regodean en la guerra y la masacre.



## 2.

### **El declive de la guerra y las concepciones de la naturaleza humana**

*Por Steven Pinker*

Puede que sea difícil de creer, pero la incidencia de la guerra está en declive. ¿Cuál es la evidencia y cuáles son las razones de este hecho notable? Steven Pinker es profesor de la cátedra *Johnstone Family* en el Departamento de Psicología de la Universidad de Harvard. Pinker realiza investigaciones sobre lenguaje y cognición, escribe para publicaciones como *New York Times*, *Time* y *The New Republic*, y es autor de ocho libros, entre los cuales se encuentran *El instinto del lenguaje*, *Cómo funciona la mente*, *Palabras y reglas*, *La tabla rasa*, *La materia del pensamiento*, y el más reciente, *Los ángeles que llevamos dentro: el declive de la violencia y sus implicaciones*.

---

La guerra parece estar en declive. En los dos tercios de siglo transcurridos desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, las grandes potencias, y los Estados desarrollados en general, raramente se han enfrentado en el campo de batalla, lo cual constituye una situación históricamente sin precedentes (Holsti 1986; Jervis 1988; Luard 1988; Gaddis 1989; Mueller 1989, 2004, 2009; Ray 1989; Howard 1991; Keegan 1993; Payne

2004; Gat 2006; Gleditsch 2008; para un análisis del tema, véase Pinker 2011, capítulo 5). Contrariamente a las predicciones de los expertos, Estados Unidos y la Unión Soviética no iniciaron la Tercera Guerra Mundial, y las grandes potencias no combaten entre sí desde el fin de la Guerra de Corea en 1953. Después de un período de 600 años durante el cual los países de Europa Occidental declaraban dos nuevas guerras por año, las mencionadas naciones no han iniciado ni una sola desde 1945. Ni las aproximadamente 40 naciones más ricas del mundo se enfrentaron en conflictos armados. Otra grata sorpresa es que, desde el fin de la Guerra Fría en 1989, las guerras de todo tipo han disminuido en todo el mundo (Human Security Centre 2005; Lacina, Gleditsch y Russett 2006; *Human Security Report Project* 2007; Gleditsch 2008; Goldstein 2011; *Human Security Report Project* 2011; para un análisis sobre el tema, véase Pinker 2011, capítulo 6). Las guerras entre Estados se han convertido en un hecho extremadamente inusual; y la cantidad de guerras civiles ha disminuido, luego aumentar entre las décadas de 1960 y 1990. La tasa de mortalidad mundial derivada de las guerras entre Estados y civiles combinadas también cayó estrepitosamente, de casi 300 por cada 100.000 habitantes a nivel mundial (en la Segunda Guerra Mundial) a casi 30 (en la Guerra de Corea), a escasas decenas durante la época de la Guerra de Vietnam, a cifras de un solo dígito en las décadas de 1970 y 1980, a menos de uno en el siglo XXI.

¿Hasta qué punto debemos tomar en serio la evidencia que señala el declive de la guerra? ¿Es un accidente estadístico, una racha de suerte que de seguro se agotará? ¿Es un artefacto derivado de la forma en que se contabilizan las guerras y su costo humano? ¿Es un respiro temporal dentro de un ciclo inexorable, es

decir, la calma que precede a la tormenta, la falla de San Andrés antes de la Ruptura Total, un bosque espeso a la espera de una colilla de cigarrillo lanzada al descuido? Nadie puede responder estas preguntas con seguridad. En este artículo, las abordaré recurriendo a la naturaleza humana.

Numerosos observadores son escépticos con respecto a la posibilidad de que la guerra esté en baja, ya que, según dicen, la naturaleza humana no ha cambiado, por lo que continuamos albergando las inclinaciones innatas a la violencia que ocasionaron los incesantes conflictos que recorren nuestra historia. La prueba de estas tendencias agresivas naturales es bastante copiosa: la vemos en la agresividad omnipresente entre los primates y en la universalidad de la violencia en las sociedades humanas, que incluye homicidios, violaciones, violencia doméstica, disturbios, ataques y contiendas. Además, hay buenas razones para creer que ciertos genes, hormonas, circuitos cerebrales y presiones selectivas influyeron a favor de la violencia a medida que nuestra especie evolucionaba (se presenta un análisis del tema, véase Pinker 2011, capítulos 2, 8 y 9). Tan solo en las dos generaciones que han pasado a la edad adulta desde 1945, tales presiones no pudieron haberse revertido ni pudieron haber cambiado los resultados de varios millones de años de evolución homínida. Según este argumento, dado que nuestros impulsos biológicos hacia la guerra no han desaparecido, todo interludio de paz será forzosamente temporal. Quienes creen que el declive de la guerra no es más que un artefacto o una racha de suerte son a menudo acusados de románticos, idealistas o utopistas. De hecho, unos pocos rousseauianos aceptaron este argumento en su totalidad y, en primer lugar, negaron que la naturaleza humana tenga impulsos tendientes

a la violencia: según afirman, somos bonobos despojados (los llamados “chimpancés hippies”), impregnados de oxitocina y equipados con neuronas empáticas que naturalmente nos inclinan hacia la paz.

Yo no creo que seamos chimpancés hippies, pero sí que el declive de la guerra es real. Como partidario oficial del realismo de Hobbes, soy particularmente apto para argumentar que un declive de la guerra es compatible con una visión no romántica de la naturaleza humana. En *La tabla rasa* (Pinker 2002), sostuve que nuestros cerebros han sido moldeados por selección natural para incluir, entre otros rasgos, codicia, temor, venganza, ira, machismo, tribalismo y autoengaño, los cuales, de manera individual o combinada, pueden incitar a nuestra especie a la violencia. Sin embargo, argumentaré que esta visión insensible de la naturaleza humana es perfectamente compatible con la interpretación del declive de la guerra como un acontecimiento real y posiblemente duradero en la historia de la humanidad.

## **Cuatro razones por las cuales el declive de la guerra es compatible con una concepción realista de la naturaleza humana**

### **1. Cosas más extrañas han sucedido**

Una caída en el índice —y, en algunos casos, la existencia— de una categoría de violencia en particular no es en absoluto inusual en la historia de la humanidad. Mi libro *Los ángeles que llevamos dentro* (Pinker 2011) y *La historia de la fuerza* de James Payne (Payne 2004), documentan decenas de casos. A continuación, algunos ejemplos:

- Durante las guerras, las sociedades tribales anárquicas presentaban índices de mortalidad que probablemente quintuplicaban a las de las naciones primigenias.
- El sacrificio humano era una práctica regular en todas las civilizaciones antiguas, y ahora ya no existe.
- Entre la Edad Media y el siglo XX, las tasas de homicidio en Europa disminuyeron al menos 35 veces.
- Durante la Revolución Humanitaria que se centró en la segunda mitad del siglo XVIII, todos los principales países occidentales abolieron el uso de la tortura como forma de sanción penal.
- Los países europeos solían tener cientos de delitos capitales incorporados en sus registros, aun delitos menores como robar una col o criticar el jardín real. Al comienzo del siglo XVIII, la pena capital pasó a utilizarse únicamente para la traición y los crímenes violentos más graves y, en el siglo XX, fue abolida por todas las democracias occidentales, excepto Estados Unidos. Incluso en ese país, 17 de los 50 estados abolieron la pena capital, y en los restantes, el índice de ejecuciones per cápita es una fracción mínima del correspondiente a la época de la colonia.
- En una época, la esclavitud era legal en todo el mundo. Pero el siglo XVIII desató una ola de aboliciones que se extendió por el mundo y culminó en 1980, cuando la esclavitud se abolió en Mauritania.
- Durante la revolución humanitaria mencionada anteriormente, también se abolió la caza de brujas, la persecución religiosa, los duelos, los deportes sangrientos y las cárceles para deudores.

- Los linchamientos de afroamericanos solían realizarse a un ritmo de 150 al año. Durante la primera mitad del siglo XX, esa tasa cayó a cero.
- La aplicación de castigos corporales a los niños, tanto las tundas y azotes institucionalizados en las escuelas como las nalgadas y bofetadas en los hogares, disminuyó notablemente en la mayoría de los países occidentales y se declaró ilegal en varios países de Europa occidental.
- Las tasas de homicidios, violaciones, violencia doméstica, abuso infantil y crímenes por odio cayeron abruptamente (en algunos casos, en hasta un 80 por ciento) desde la década de 1970.

Considerando estas disminuciones documentadas de los índices de violencia, no tiene sentido discutir si la naturaleza humana admite que dichos índices cambien. Claramente, la respuesta es afirmativa; la única cuestión es cómo lograrlo.

## **2. La naturaleza humana tiene múltiples componentes**

Las personas tienden a reducir la naturaleza humana a una esencia única, y luego analizan en qué consiste dicha esencia. ¿Somos despreciables o nobles? ¿Hobbesianos o rousseaunianos? ¿Simios o ángeles? Siguiendo esta manera de pensar, si nos involucramos en actos de violencia con regularidad, somos una especie violenta; si somos capaces de acciones pacíficas, somos pacifistas.

Pero el cerebro es un órgano asombrosamente complejo, con numerosos circuitos anatómicos y químicamente identificables. La mayoría de los psicólogos creen que la naturaleza humana no es un solo elemento, sino que comprende múltiples inteligencias,

módulos, facultades, órganos, impulsos u otros subsistemas. Algunos de esos subsistemas pueden incitarnos a la violencia, pero otros pueden alejarnos de ella.

La violencia humana surge de, al menos, cuatro clases de motivaciones, cada una de las cuales implica diferentes sistemas neurobiológicos:

*Explotación:* La violencia usada como medio para obtener un fin; esto es, dañar a un ser humano que resulta ser un obstáculo en el camino del perpetrador para obtener algo que desea. Algunos ejemplos incluyen saqueo, violación, conquista, desplazamiento o genocidio de pueblos nativos, y el asesinato o encarcelamiento de rivales políticos o económicos.

*Dominación:* El afán de los individuos por ascender en el orden jerárquico y convertirse en el macho alfa, y el correspondiente afán de los grupos por obtener la supremacía tribal, étnica, racial, nacional o religiosa.

*Venganza:* La convicción de que alguien que ha cometido una infracción moral merece ser castigado.

*Ideología:* Sistemas de creencias compartidos, que se propagan en forma viral, o mediante adoctrinamiento o fuerza, y que ofrecen la perspectiva de una utopía. Algunos ejemplos incluyen el nacionalismo, el fascismo, el nazismo, el comunismo y las religiones militantes. Dado que una utopía es un mundo que será infinitamente bueno para siempre, se permite ejercer una cantidad ilimitada de fuerza contra aquellos que se interpongan en el camino, tal como lo expresa el dicho: "No se puede hacer una tortilla sin romper algunos huevos".

Para luchar contra estos despreciables impulsos, contamos con algunas de nuestras más buenas y nobles facultades:

*Autocontrol:* Los circuitos en los lóbulos frontales del cerebro que pueden anticipar la consecuencia a largo plazo de las acciones e inhibirlas de manera acorde.

*Empatía:* La capacidad de sentir el dolor ajeno.

*Sentido moral:* El sistema de normas y tabúes centrados en la intuición respecto de la imparcialidad hacia los individuos, la lealtad hacia la comunidad, el respeto hacia la autoridad legítima, y la protección de la pureza y la santidad. El sentido moral puede motivar la imposición de normas de ecuanimidad y puede convertir ciertos cursos de acción nociva en algo impensable. (Desafortunadamente, también puede ser causa de violencia, ya que puede racionalizar ideologías militantes basadas en tribalismo, puritanismo y autoritarismo.)

*Razón:* Procesos cognitivos que nos permiten realizar análisis objetivos e imparciales.

El hecho de que las personas cometan actos de violencia depende entonces de la interacción entre esas facultades; la mera existencia de la naturaleza humana no condena a nuestra especie a un ritmo de violencia constante.

La decisión de librar guerras, en particular, puede desencadenarse a partir de cualquier combinación de motivaciones inductoras de la violencia. Si esta decisión no queda anulada por cualquiera de las motivaciones que inhiben dicha violencia, entonces el sujeto que toma la decisión deberá movilizar una coalición agresiva despertando las motivaciones de agresividad en sus compatriotas y, al mismo tiempo, desactivando las motivaciones pacíficas. El estallido real de la guerra depende, por lo tanto, de que diversos procesos psicológicos se alineen de manera correcta y eviten la influencia limitante de otros

procesos psicológicos, distribuidos en redes sociales que conectan a muchos otros individuos. No hay razón para esperar que las fortalezas relativas de esas influencias en pugna sean constantes durante el curso de la historia humana.

### **3. Componentes facultativos de la naturaleza humana**

Diversos componentes de la naturaleza humana son facultativos (sensibles al medio ambiente) y no hidráulicos (homeostáticos). La intuición de que tener un respiro de la guerra no puede ser real, a menudo se basa en un modelo mental, según el cual el impulso hacia la violencia se concibe como una fuerza hidráulica. En el mejor de los casos, dicha fuerza puede desviarse o canalizarse, pero no puede contenerse indefinidamente. El modelo hidráulico de la motivación humana está profundamente enraizado en la forma en que pensamos sobre la violencia. Se le confirió una marca de aprobación científica a través del psicoanálisis, la etología y el conductismo (bajo la apariencia de la reducción del impulso), y encaja con la noción cibernética de homeostasis, donde un circuito de retroalimentación mantiene un sistema en un estado estable contrarrestando cualquier desequilibrio. También se ajusta a nuestra experiencia subjetiva: nadie puede existir indefinidamente sin alimento, agua o sueño, y es un desafío existir sin tener sexo o reprimir una creciente urgencia de bostezar, estornudar, rascarse o expeler sustancias varias del cuerpo.

Sin embargo, sería un gran error pensar que todas las respuestas humanas son homeostáticas. Muchas de ellas son oportunistas, reactivas o facultativas: son suscitadas por combinaciones de detonantes ambientales, y estados cognitivos y

emocionales. Pensemos en los temores preparados por la evolución, como la fobia a las alturas, las serpientes, el confinamiento, las aguas profundas o las arañas. Incluso si nacióramos con una fobia innata a las serpientes, podríamos pasar toda la vida sin experimentar ese temor, si nunca nos topáramos con una. Otros ejemplos incluyen la tendencia a temblar, enamorarse perdidamente o experimentar celos sexuales.

Los motivos que llevan a la violencia tampoco son necesariamente homeostáticos. No hay razón para creer que el afán por lastimar a alguien se desarrolla gradualmente y debe descargarse en forma periódica. La violencia acarrea riesgos significativos de lesiones o muerte cuando el objetivo se defiende, cuando sus familiares buscan venganza, o cuando se ve tentado a atacar preventivamente. La teoría de la selección natural predice que las adaptaciones evolucionan cuando los costos previstos exceden a los beneficios previstos. No debemos esperar la evolución de un impulso hidráulico hacia la violencia, sino de un impulso que sea sensible a las circunstancias. Estas pueden incluir depredación y explotación, cuando se presente una oportunidad de explotar a una víctima con un riesgo bajo; dominación, cuando nuestra masculinidad se vea repentinamente cuestionada frente a una audiencia importante; venganza, para castigar (y, en última instancia, impedir) insultos o injurias; vandalismo, cuando una amenaza de larga data queda súbitamente expuesta durante un intervalo de vulnerabilidad. Si las circunstancias nunca se materializan —es decir, si llevamos una vida ordenada, burguesa, libre de amenazas o insultos graves—, entonces toda tendencia a reaccionar con violencia podría permanecer latente, como el temor a las serpientes venenosas. La misma sensibilidad a

las contingencias ambientales podría, si las circunstancias se presentan, evitar que los líderes políticos experimentaran la urgencia de movilizar a sus países hacia la guerra.

#### **4. La cognición humana es un sistema generativo ilimitado**

Entre las diversas facultades psicológicas que pueden inhibirnos de actuar con violencia, hay una que es especial: el aparato cognitivo que hace posible que los seres humanos razonen. La razón es un sistema de combinaciones que puede generar una cantidad explosiva de pensamientos distintivos. Así como las decenas de miles de palabras que conforman nuestros vocabularios pueden ensamblarse mediante reglas sintácticas y convertirse en miles de millones de oraciones, la aún mayor cantidad de conceptos de nuestro repertorio mental puede ensamblarse mediante procesos cognitivos y transformarse en un número inconmensurablemente vasto de pensamientos coherentes (Pinker 1994, 1997, 1999). Dentro de ese espacio de ideas humanamente posibles, yacen creencias, mitos, historias, religiones, ideologías, supersticiones, y teorías intuitivas y formales que emergen de nuestras reflexiones y que se propagan, mediante el lenguaje, a través de nuestras redes sociales para, una vez allí, seguir siendo alteradas, renovadas y combinadas. Considerando que exista la infraestructura social adecuada —alfabetización, debate abierto, movilidad de personas e ideas, compromiso compartido de coherencia lógica y comprobabilidad empírica—, es posible que de esas banalidades surjan ocasionalmente una ciencia de calidad, verdades matemáticas e inventos útiles.

Así como nuestra especie aplicó sus poderes cognitivos para evitar los flagelos de la peste y el hambre, también puede

usarlos para controlar el flagelo de la guerra. Después de todo, aunque los botines de guerra siempre son tentadores, tarde o temprano las personas forzosamente se dan cuenta de que ganadores y perdedores tienden a intercambiar su lugar en el largo plazo, y que todos estarían en una mejor situación si, de algún modo, todos pudieran acordar deponer las armas en forma simultánea. El desafío es cómo lograr que el otro deponga las armas al mismo tiempo que nosotros, ya que el pacifismo unilateral deja a la sociedad vulnerable a la invasión por parte de sus aún belicosos vecinos.

No hace falta forzar la imaginación para suponer que el ingenio y la experiencia humanos han llegado a influir gradualmente en este problema, tal como han reducido el hambre y la enfermedad. A continuación se mencionan algunos de los productos de la cognición humana que han disuadido a líderes y poblaciones de precipitarse a una guerra:

- El gobierno, que reduce la tentación de lanzar un ataque con fines de explotación, ya que la sanción legal anula la ganancia prevista. Esto, a su vez, reduce la tentación de que un objetivo potencial lance ataques preventivos contra los potenciales agresores, mantenga una postura beligerante para desalentarlos o busque venganza después del hecho.
- Límites al gobierno, que incluyen al aparato democrático, de modo que no ocasione sobre los ciudadanos más violencia de la que impide.
- Una infraestructura de comercio, que logra que sea más económico comprar los artículos que obtenerlos mediante saqueos, y que las demás personas sean más valiosas vivas que muertas.

- Una comunidad internacional, que puede propagar normas de cooperación no violenta, que son versiones a gran escala de las que permiten que las personas convivan en sus comunidades y lugares de trabajo.
- Las organizaciones intergubernamentales, que alientan el comercio, resuelven disputas, apartan a los grupos beligerantes, vigilan las infracciones y penalizan la agresión.
- Las respuestas medidas ante las agresiones, como las sanciones económicas, las cuarentenas, las declaraciones simbólicas, las tácticas de resistencia no violenta, y los contraataques proporcionados, en contraposición a una represalia máxima.
- Las medidas de conciliación, como ceremonias, monumentos, comisiones por la verdad y disculpas formales, que consolidan los compromisos entre ex enemigos, mitigando el deseo de saldar cuentas.
- Las contraideologías humanistas, como los derechos humanos, la hermandad universal, la expansión de la empatía y la demonización de la guerra, que pueden competir en el mercado intelectual con el nacionalismo, el militarismo, el revanchismo y las ideologías utópicas.

Estos y otros instrumentos cognitivos parecen haber reducido la probabilidad de que las constantes fricciones que caracterizan las interacciones humanas provoquen efectivamente una guerra (Russett y Oneal 2001; Long y Brecke 2003; Mueller 2004, 2010; Gleditsch 2008; Goldstein 2011; Human Security Report Project 2011). Muchos de estos productos del ingenio humano son invocados en las teorías de la paz liberal o kantiana, y la alusión a ese pensador de la Ilustración es apropiada. Al igual que otros teó-

ricos políticos de la Era de la Razón y la Ilustración, como Locke, Hume y Spinoza, Kant teorizó tanto sobre las condiciones que favorecen la no violencia y los mecanismos combinatorios de la cognición humana. Lo que aquí planteo es que la combinación de intereses psicológicos y políticos no es una coincidencia.

## **Conclusión**

Solo el tiempo dirá si el declive de la guerra es un cambio duradero en la condición humana, y no un respiro transitorio o un accidente estadístico. Sin embargo, espero haber eliminado una fuente del escepticismo respecto de la posibilidad de que el declive sea real: la intuición de que el lado violento de la naturaleza humana hace que tal declive sea imposible. No solo es indudable que se han producido otros declives de la violencia a lo largo de la historia, sino que dichos declives son totalmente compatibles con una valoración de la retorcida sustancia humana que esté despojada de todo sentimentalismo. Una concepción moderna de la naturaleza humana, arraigada en la ciencia cognitiva y la psicología evolutiva, indica que nuestra especie, por imperfecta que sea, tiene los medios para torcer su mala racha. La naturaleza humana no es un único impulso o atributo, sino un sistema complejo compuesto de varias piezas, que incluye diversos mecanismos que causan la violencia y otros que la inhiben. Los mecanismos que provocan la violencia, además, no son fuerzas hidráulicas irresistibles, sino reacciones facultativas ante circunstancias particulares que pueden cambiar a través del tiempo. Uno de los mecanismos que inhiben la violencia es un sistema combinatorio ilimitado, capaz de generar un número infinito de ideas. Y, entre esas ideas, se encuentran las instituciones que pueden aminorar la probabilidad de la guerra.

## Bibliografía

- Gaddis, John Lewis. (1989) *The Long Peace*. Nueva York: Oxford University Press.
- Gat, Azar, (2006), *War in Human Civilization*. Oxford: Oxford University Press.
- Gleditsch, Nils Petter. (2008) "The Liberal Moment Fifteen Years On", *International Studies Quarterly* 52(4), págs. 691-712.
- Goldstein, Joshua S, (2011), *Winning the War on War*, Nueva York, Dutton.
- Holsti, Kalevi J., (1986), "The Horsemen of the Apocalypse", *International Studies Quarterly* 30(4), págs. 355-372.
- Howard, Michael, (1991), *The Lessons of History*, New Haven, CT, Yale University Press.
- Human Security Centre, (2005), *Human Security Report 2005*, New York, Oxford University Press.
- Human Security Report Project, (2007), *Human Security Brief 2007*, Vancouver, BC, HSRP.
- Human Security Report Project, (2011), *Human Security Report 2009/2010*, Nueva York, Human Security Report Project.
- Jervis, Robert, (1988), "The Political Effects of Nuclear Weapons – A Comment", *International Security* 13(2), págs.80-90.
- Keegan, John, (1993), *A History of Warfare*, Nueva York, Vintage.
- Lacina, Bethany, Nils Petter Gleditsch y Bruce Russett, (2006), "The Declining Risk of Death in Battle", *International Studies Quarterly* 50(3), págs. 673-680.
- Long, William J. y Peter Brecke, (2003), *War and Reconciliation*, Cambridge, MA, MIT Press.

- Luard, Evan, (1988), *The Blunted Sword*, Nueva York, New Amsterdam Books.
- Mueller, John, (1989), *Retreat from Doomsday*. Nueva York, Basic Books.
- Mueller, John, (2004) *The Remnants of War*, Ithaca, NY, Cornell University Press.
- Mueller, John, (2009), "War Has Almost Ceased to Exist", *Political Science Quarterly* 124(2), págs. 297-321.
- Mueller, John, (2010) "Capitalism, Peace, and the Historical Movement of Ideas", *International Interactions* 36(2), págs.169-184
- Payne, James L., (2004), *A History of Force*. Sandpoint, ID, Lytton 52(4), págs. 691-712.
- Pinker, Steven, (2002), *The Blank Slate*. Nueva York, Viking.
- Pinker, Steven, (1994), *The Language Instinct*, Nueva York, HarperCollins.
- Pinker, Steven, (1997), *How the Mind Works*, Nueva York: Norton.
- Pinker, Steven, (1999), *Words and Rules*, Nueva York, HarperCollins.
- Pinker, Steven, (2011), *The Better Angels of Our Nature*, Nueva York, Viking.
- Ray, James L., (1989), "The Abolition of Slavery and the End of International War", *International Organization* 43(3), págs. 405-439.
- Russett, Bruce y John Oneal, (2001), *Triangulating Peace*, Nueva York, Norton.

# 3.

## La economía de la paz: por qué tener vecinos más ricos es una muy buena noticia

*Por Emmanuel Martin*

¿Si una persona gana, es necesario que otra pierda?  
¿Las ganancias de una nación se obtienen a expensas de otras? ¿Los grupos humanos están condenados al conflicto permanente? Emmanuel Martin es economista y director ejecutivo del Instituto de Estudios Económicos – Europa. Además de organizar programas en Europa y África, fue editor fundador de *UnMondeLibre.org* y *LibreAfrique.org*. Sus escritos han aparecido en publicaciones como *Le Cercle des Échos* y *Les Échos* en Francia, *Il Foglio* en Italia, *L'Écho* en Bélgica, *Libération* en Marruecos, y *The Wall Street Journal-Europe*.

*“La guerra cuesta a una nación más que lo que efectivamente gasta; le cuesta, además, todo lo que hubiera ganado de no haber habido guerra”<sup>24</sup>.*

- Jean-Baptiste Say

---

### Ganadores y perdedores

Muchos creen que si una persona se beneficia, otra tiene que perder. Creen que la suma de los beneficios y las pérdidas de

todas las personas da cero, lo que significa que por cada beneficio que reciben algunos, hay una respectiva pérdida equivalente para otros. De acuerdo con esto, quienes tienen esta creencia, cuando ven que alguien prospera, miran a su alrededor para ver quién perdió. Si ese fuera el único modelo posible de prosperidad, el conflicto social sería omnipresente, y la guerra sería inevitable.

Afortunadamente, existen otros modos de prosperar que no implican una pérdida correspondiente para otros. El mundo contemporáneo es la prueba de ello: los ingresos se han incrementado virtualmente en todas partes. Más personas viven más tiempo, con más salud y con más riqueza que en el pasado. No solo hay más personas que están prosperando, sino que también está aumentando la proporción de la población mundial que prospera.

En algunos casos, por supuesto, la ganancia de una persona sí se logra a expensas de otra. Por ejemplo, si un ladrón roba algo, obtiene una ganancia a expensas de su víctima. Pero las ganancias también pueden provenir de actividades distintas del robo, como el trabajo, la innovación, el descubrimiento, la inversión y el intercambio.

Uno de los economistas más importantes de todos los tiempos explicó, de manera clara y directa, de qué manera tu ganancia también puede ser la mía. Al hacerlo, explicó no solo el fundamento económico de la prosperidad material, sino también el de la paz. Jean-Baptiste Say (1767-1832) es en ocasiones llamado el "Adam Smith francés", pero, de hecho, hizo mucho más que simplemente popularizar las percepciones de Smith: también desarrolló ideas importantes sobre la base del pensamiento de Smith.

Al igual que Smith, Say era crítico de la guerra, el colonialismo, la esclavitud y el mercantilismo, y defensor de la paz, la independencia, la liberación y el libre comercio. Fue más allá de Smith no solo por explicar que los servicios tienen valor (en realidad, que el valor de los bienes materiales se debe a los servicios que nos prestan), sino que la creación de bienes y servicios es el origen de la demanda de otros bienes y servicios. Es lo que en ocasiones se denomina “Ley de los Mercados de Say”. Es una percepción muy importante, no solo en lo que respecta a la “macroeconomía”, sino a las relaciones sociales en general, y a las relaciones internacionales en particular. Si las personas comercian libremente, el aumento de la riqueza de una parte no es perjudicial sino beneficioso para sus socios comerciales, ya que la creciente prosperidad de un socio significa que hay una mayor demanda efectiva de los bienes y servicios de los otros.

Los enemigos de los mercados libres, en particular los nacionalistas económicos y los mercantilistas, sostienen que si un país se vuelve más próspero, seguramente lo hace a expensas de otros países. Tienen lo que se llama una visión de “suma cero” del mundo, que significa que la suma de las ganancias es cero; si una persona gana (“más”), alguien pierde (“menos”). Say demostró que eso es incorrecto. Y eso es importante para la paz, ya que significa que los países pueden prosperar juntos porque hay ganancias mutuas derivadas del comercio voluntario. El comercio en un juego de “suma positiva”, que significa que la suma de las ganancias da un resultado positivo. Por el contrario, el conflicto y la guerra son peores que los juegos de suma cero, en los cuales la ganancia de una parte equivale a la pérdida de la otra. Las guerras son, casi invariablemente,

juegos de suma negativa: la suma de las pérdidas es mayor a cualquier ganancia, y, generalmente, las dos partes pierden.

## Un mundo de productores-consumidores

*“Se instruirá a las naciones para que sepan que realmente les conviene luchar entre sí; que de seguro sufrirán todas las calamidades que acompañan a la derrota, mientras que las ventajas de la victoria son por completo ilusorias”<sup>25</sup>.*

—Jean-Baptiste Say

---

Say explicó que, en una economía de intercambio, los seres humanos deben verse como productores y como consumidores. Producir es “otorgar valor a las cosas dándoles utilidad”<sup>26</sup>. El progreso de la industria se mide por la capacidad de generar nuevos productos y disminuir los precios de los productos ya existentes. Cuando se producen más bienes, los precios son más bajos de lo que serían en otras circunstancias, lo que significa que los consumidores tienen más poder adquisitivo remanente para comprar otros bienes.

Say afirmó que el empresario es crucial en ese proceso de creación de “utilidad”. Él mismo era empresario, y comprendía el rol del “emprendedor”, del que “emprende” nuevos negocios y busca cómo producir bienes y servicios sacrificando lo mínimo (eso es lo que implica “recortar costos” de producción). Say explicó el importante papel de los empresarios en el mercado. Con mucha frecuencia, se los ha retratado como genios visionarios que poseen habilidades extraordinarias y

conocimientos integrales de los mercados, técnicas, productos, preferencias, personas y todo lo demás. Pero Say explicó que todos nosotros, incluso los individuos más “comunes”, también realizamos actividades empresariales.

Una forma de iniciativa empresarial es la búsqueda de maneras de producir al menor costo, lo que “libera” los recursos escasos para que sean aplicados a satisfacer otras necesidades. El obrero que piensa cómo producir la misma cantidad en menos tiempo; el agricultor que organiza los cultivos para minimizar el tiempo de labranza y desmalezado; el dueño de un restaurante que presta atención a la hora en que las personas salen de sus empleos, para tener la comida lista en el momento oportuno; todos ellos están pensando cómo aumentar la producción al menor costo. Organizar intercambios también es una forma de producción, ya que hace que los productos escasos estén disponibles en espacios o períodos en los cuales, en otras circunstancias, no lo estarían, y aumenta los valores de ambas partes de la transacción, que es la razón por la cual realizan el intercambio<sup>27</sup>.

### **La “Ley de Say” y las ganancias mutuas**

Una poderosa construcción teórica que ayuda a comprender el desarrollo económico se conoce como “Ley de los Mercados de Say”. En el capítulo de su famoso *Tratado de economía política* de 1803 sobre los “*Débouchés*” (bocas de expendio de mercaderías, que podríamos traducir como “mercados”), Say describió de qué manera “es la producción la que abre la demanda de productos”<sup>28</sup> porque, como se resumió la idea posteriormente, “los

productos se intercambian por productos". El eslogan "la oferta crea su propia demanda", que con frecuencia se atribuye a Say, es una caricatura de su percepción del tema. Aquello que Say describía es precisamente lo que hemos observado a medida que el mundo se volvió cada vez más próspero; la riqueza mundial promedio se ha multiplicado desde los tiempos de Say; la pobreza ha retrocedido; y la salud, la alfabetización, la longevidad y el acceso a los bienes de consumo han aumentado para los pobres. Él fue uno de los primeros en comprender el mecanismo de causalidad detrás de la creciente prosperidad global, el "efecto de bola de nieve" de la riqueza en aumento entre socios comerciales. Para expresarlo en el árido lenguaje de la economía contemporánea, es una "teoría intersectorial del crecimiento económico", según la cual el crecimiento de un productor/sector/nación representa un crecimiento del mercado o la demanda de otros productores/sectores/naciones. Si lo pensamos, es realmente grandioso observar este proceso.

Cuando los comerciantes fabrican más de sus propios productos especializados, generan más utilidad para otros; esos otros, al especializarse en la producción, también generan más utilidad, que facilita el intercambio; cada uno tiene más "poder adquisitivo" cuando le compra al otro. Para usar el vocabulario de otro gran economista francés, Jacques Rueff, cada uno obtiene más "derechos" a partir de la utilidad que creó para el otro. Y tener más derechos permite que cada uno adquiera más productos al otro.

Las ganancias mutuas en el contexto del intercambio de productos se acumulan. Me hago más rico proporcionando más utilidad a mi vecino, y mi vecino se hace más rico proporcionándome más utilidad. Y, como soy más rico, puedo

comprarle más a mi vecino, quien, a su vez, se hará más rico. Obviamente las posibilidades de división del trabajo y la producción en una economía pequeña o cerrada son limitadas, pero en los mercados más grandes, se abren más posibilidades entre los diversos individuos, ocupaciones e industrias. Como Adam Smith explicó antes que Say, “la división del trabajo está limitada por la amplitud del mercado”<sup>29</sup>. Say agregó que “a mayor cantidad de productores, y a mayor variedad de sus producciones, mayor rapidez, cantidad y amplitud ofrecerán los mercados para esas producciones”<sup>30</sup>.

Say describió el juego de suma positiva del intercambio de productos. En los intercambios voluntarios, el hecho de que mis clientes sean más ricos es una buena noticia para mí. Si, por el contrario, se empobrecen, no es una buena noticia en absoluto, sino mala. En las palabras de Say: “El éxito de un sector del comercio brinda medios de compra más abundantes y, en consecuencia, abre un mercado para los productos de todos los demás sectores; por otra parte, el estancamiento de un canal de manufactura, o de comercio, se siente en el resto”<sup>31</sup>.

Say explicó que el desarrollo económico es un mecanismo autosuficiente basado (si usamos la terminología moderna, bastante árida) en el “crecimiento endógeno”: el “tamaño del mercado”, que es tan crucial para el nivel de especialización y división del trabajo, está endogeneizado en el sentido de que depende de la misma producción. Más producción genera más poder adquisitivo, lo que se traduce en un mercado más amplio, que, a su vez, ofrece oportunidades de producir más.

El mecanismo de desarrollo es obviamente gradual y evolutivo, que es el motivo por el cual, en los tiempos de Say, los

franceses “compraban y vendían en Francia cinco o seis veces más materias primas que durante el lamentable reinado de Carlos VI”<sup>32</sup>. La división del trabajo y la especialización aumentan la cantidad de industrias y crean nuevos sectores industriales (e incluso sectores de otros sectores). Una economía de mercado es un proceso en constante movimiento.

Say era optimista en comparación con la mayoría de sus colegas economistas de la época. Lejos de obsesionarse con la idea de la escasez, hizo hincapié en la capacidad del hombre de crear productos y generar riqueza, y explicó cómo esa producción es una condición previa para que otros hagan lo mismo; la producción y el intercambio son un juego de suma positiva. Para Say, la escasez se superaría mediante el espíritu empresarial y los servicios, mediante el intercambio y la innovación. Es por eso que la escasez no era una obsesión para él, como sí lo era para Thomas Malthus, con quien Say debatía. Say buscaba estudiar y comprender la economía de la prosperidad, y argumentaba en contra del sombrío panorama del futuro de la humanidad planteado por Malthus. Resultó que Say tenía razón y que Malthus estaba equivocado.

## **La Ley de Say aplicada a nivel internacional**

Ya sea dentro o fuera de las fronteras de un país, si le hacemos daño a nuestro vecino, nos estamos dañando a nosotros mismos. “Cada individuo está interesado en la prosperidad general de todos, y... el éxito de un solo sector de la industria fomenta el de todos los demás sectores”<sup>33</sup>. De hecho, es muy raro que, en una nación, las personas se quejen de la prosperidad de otra ciudad o industria; la mayoría comprende que si

los agricultores franceses prosperan, esto será bueno para los trabajadores urbanos franceses, y viceversa.

Esa es la verdadera fuente de las ganancias que obtienen los habitantes de los pueblos a partir del intercambio con los habitantes de las ciudades, y, también de las que obtienen estos últimos a partir de los primeros; ambos poseen los recursos para comprar más y mejores productos, con una abundancia mayor a la de su propia producción:

Una ciudad, ubicada en el centro de un país rico que la circunda, no siente la falta de clientes ricos y numerosos; y, por otra parte, la proximidad de una ciudad opulenta otorga un valor adicional a la producción agrícola de dicho país. La clasificación de naciones en agrícolas, manufactureras y comerciales es por demás ociosa. Porque el éxito de un pueblo en sus actividades agrícolas es un estímulo para su prosperidad productiva y comercial; y el florecimiento de sus manufacturas y su comercio también refleja un beneficio para su agricultura<sup>34</sup>.

Say muestra además cómo las relaciones entre países no son diferentes a las relaciones entre las regiones o ciudades y el campo:

La posición de una nación con respecto a sus vecinos es análoga a la relación de una de sus provincias con las restantes; o de la ciudad con el campo; a una parte le conviene que la otra prospere, con la seguridad de que se beneficiará de su opulencia<sup>35</sup>.

También en este caso, los vecinos ricos representan una oportunidad para vender más y aumentar nuestra riqueza.

Aclara aún más esta cuestión en su correspondencia con Malthus, y muestra hasta qué punto un comerciante se beneficia de la riqueza de otros países o regiones:

Cuando sostengo que la producción abre el camino para la producción; que los recursos de la industria, sean cuales fueren, cuando no tienen restricciones, siempre se aplican a los objetos más necesarios de las naciones; y que esos objetos necesarios crean de inmediato nuevas poblaciones y nuevos placeres a esas poblaciones, ningún aspecto me contradice. Tan solo retrocedamos doscientos años y supongamos que un comerciante hubiera transportado un cargamento valioso a los lugares donde hoy se encuentran Nueva York y Filadelfia: ¿podría haberlo vendido? Supongamos, incluso, que hubiera podido fundar allí un establecimiento agrícola o manufacturero: ¿podría haber vendido allí un solo artículo de su producción? Indudablemente, no. Seguramente tendría que haberlos consumido él mismo. ¿Por qué vemos que hoy sucede lo contrario? ¿Por qué las mercaderías transportadas a Filadelfia o Nueva York, o fabricadas allí, de seguro serán vendidas al precio actual? Me parece evidente que esto se debe a que los agricultores, comerciantes, y ahora incluso los fabricantes de Nueva York, Filadelfia y provincias adyacentes crean, o envían a esos lugares, una parte de la producción, por medio de lo cual compran lo que reciben de otros distritos<sup>36</sup>.

## **Barreras comerciales (“Proteccionismo”) como juegos de suma negativa**

Muchos sostenían entonces, como algunos hoy, que no necesitamos comerciar con extranjeros y que podemos hacer todo “en casa”. Say desarrollo una crítica muy reveladora de esa mentalidad:

Quizá se dirá que “lo que es verdadero para un nuevo Estado, puede no ser aplicable para otro más antiguo: que en América había lugar para nuevos productores y nuevos consumidores; pero que en un país donde ya hay un número más que suficiente de productores, solo faltan consumidores adicionales”. Permítanme responder que los únicos consumidores verdaderos son aquellos que, por su parte, también producen, pues son los únicos que pueden comprar los productos de otros; y que los consumidores improductivos no pueden comprar nada, excepto mediante el valor creado por los que producen.<sup>37</sup>

Say describe cómo el “proteccionismo” es autodestructivo: es como “si, en la puerta de cada casa, se impusieran derechos de importación a los abrigos y calzados con el loable propósito de forzar a los residentes a fabricarlos por sí mismos”<sup>38</sup>. De una manera muy actual, estaba muy consciente del importante rol que cumplen las cadenas internacionales de valor.

Algunos se quejan de que algunos países presentan “déficits comerciales” y otros “superávits comerciales”, e incluso sugieren que cualquier tipo de “déficit” es seguramente algo malo. Say explicó la falacia de “la balanza comercial”, una herencia destructiva del pensamiento mercantilista que ha sido

la causa de demasiadas guerras. Las “guerras comerciales” o “represalias” se libran simplemente para proteger los intereses de unos pocos, que son lo suficientemente astutos para que el público confunda sus intereses especiales con los intereses de toda la nación.

Say también era receloso de lo que hoy denominamos “acuerdos de libre comercio”. El comercio libre unilateral era la política que apoyaba: debemos tratar a las naciones extranjeras como vecinos y amigos. Los tratados comerciales exclusivos conllevan un tratamiento no equitativo de los socios: las “concesiones” que se otorgan a los exportadores de una nación significan “denegación de concesiones” a otros, y esa es una causa de conflicto. Say pudo además percibir que, en lugar de generar más comercio, esos tratados solo podían crear “desviaciones del comercio”, ya que alejaban los flujos comerciales de aquellas naciones cuyos gobiernos no intervenían en el tratado.

Say advirtió sobre los peligros de otorgar subsidios a las exportaciones. Tales políticas generan fenómenos como el “amiguismo” o los “buscadores de renta económica”, que manipulan las leyes en beneficio propio. Say era crítico del “capitalismo de amigos” *avant la lettre*, es decir, antes de que este concepto fuera ampliamente conocido. El amiguismo es, si usamos el término de otro gran economista francés, Frédéric Bastiat, simplemente un “saqueo mutuo”.

Un adversario de Say en cuanto al libre comercio —y la paz— era nada menos que el mismísimo Napoleón Bonaparte. Mientras se desempeñaba como editor de la publicación *Décade Philosophique*, Say respaldó en un primer momento el *coup*

*d'etat* de Bonaparte que, en 1799, dio fin a la Revolución Francesa y estableció la constitución del *Consulat*. De hecho, Say era incluso miembro del *Tribunat*, una de las cuatro cámaras del *Consulat*. Pero luego de que Say publicó su *Traité* en 1803, Bonaparte, que se había convertido en cónsul "vitalicio" en 1802, insistió en que Say debía reescribir las secciones sobre libre comercio y modificarlas para apoyar el proteccionismo y la intervención gubernamental. Say rechazó enérgicamente el pedido de Bonaparte. Su integridad intelectual provocó su expulsión del *Tribunat*, la censura de la segunda edición del *Traité*, y la prohibición de su continuidad como periodista.

Bonaparte se convirtió además en adversario de Say en un nivel muy práctico. Luego de su expulsión de la vida pública, Say decidió lanzar una empresa de hilados. Tenía un espíritu muy empresarial, y usó el motor hidráulico más reciente, amplió la fuerza laboral a 400 personas, y se convirtió en una seria competencia para los productores británicos rivales. Eso fue hasta que las políticas proteccionistas de Bonaparte arruinaron la compañía en 1812. Say, sus trabajadores y sus familias experimentaron directamente las consecuencias prácticas de las malas ideas.

## **Paz para la prosperidad**

Say perdió a su hermano menor, Horace, un intelectual muy prometedor, en 1799, durante la expedición francesa a Egipto liderada por Bonaparte. Quizá la pérdida de su joven hermano en una expedición colonial ayudó a Say a comprender cuáles eran los costos totales de la guerra. En ediciones posteriores del *Tratado*, Say fue muy crítico de las "desastrosas guerras... como las ocurridas en Francia bajo el dominio de Napoleón"<sup>39</sup>.

La paz es la primera condición del desarrollo económico. Las personas no invierten ni planifican tanto cuando están siendo masacradas o bajo amenaza de serlo, pero sí lo hacen en tiempos de paz. Say enfatizó la importancia de limitar los saqueos (o “despojos”) por parte de los gobiernos. Estos violan la propiedad no solo cuando se apropian de industrias y tierras, sino también cuando prescriben o prohíben ciertos usos de nuestros bienes. Say creía que los gobiernos debían estar limitados y regidos por reglas (es decir, debían ser “regulares”) y que “no ha habido jamás nación alguna que haya llegado a cierto grado de opulencia sin haber estado sujeta a un gobierno regular”<sup>40</sup>.

La paz es, obviamente, la primera condición del mutuo enriquecimiento económico entre naciones. La guerra destruye, mutila y marchita vidas humanas; arrasa con la riqueza, genera hambre y desperdicia recursos escasos. Las guerras son juegos de suma negativa. Una de las tareas de la economía política es demostrar el costo que tienen y el valor de la paz. Pregunten, hoy día, a un suizo en Zúrich, o a un sueco en Estocolmo acerca de las razones de la maravillosa riqueza de su ciudad o país, y probablemente les respondan: “No nos destruimos en dos guerras mundiales”. Como Say afirmó:

Se instruirá a las naciones para que sepan que realmente no les conviene luchar entre sí; que de seguro sufrirán todas las calamidades que acompañan a la derrota, mientras que las ventajas de la victoria son por completo ilusorias (...) El dominio por tierra o mar aparecerá igualmente desprovisto de atractivo cuando se llegue a comprender, como algo habitual, que todas las ventajas

recaen sobre los gobernantes, y que los ciudadanos en general no reciben beneficio alguno. Para los particulares, el mayor beneficio posible es la libertad absoluta de intercambio, que difícilmente pueda disfrutarse si no hay paz. La naturaleza alienta a las naciones a la armonía mutua; y si los gobiernos asumen la responsabilidad de interrumpirla y se involucran en hostilidades, estarán perjudicando por igual a su propia gente y a aquellos con quienes contienden. Si los gobernados son lo suficientemente débiles para secundar la vanidad o la ambición destructivas de sus gobernantes en esta disposición, no sabré cómo distinguir tan atroz locura y desatino de las que cometen las bestias entrenadas para pelear y hacerse pedazos para la mera diversión de sus brutales amos<sup>41</sup>.

La paz y el libre comercio se reafirman mutuamente para producir no solo el desarrollo económico, sino también la riqueza genuina y el florecimiento del ser humano.



# 4.

## Entrevista con un empresario por la paz: Chris Rufer

*Por Tom G. Palmer*

¿Qué conexión hay entre el comercio y la paz? ¿Qué motiva a un empresario a alentar la paz y a oponerse al intervencionismo externo? ¿Cuál es la relación entre la libertad, la acción voluntaria y la paz? Chris Rufer fundó la compañía procesadora de tomate más importante del mundo y opera empresas de procesamiento, distribución y servicios agrícolas. Es el fundador del Self-Management Institute y de la Foundation for Harmony and Prosperity.

---

**Palmer:** Gracias por tu tiempo, Chris. Hoy hice algunas transacciones contigo y con tu empresa, aunque dudo de que te hayas enterado: compré ketchup para mis patatas fritas y le puse tomate a la ensalada. Por lo que entiendo, es muy probable que los tomates hayan sido procesados por tu empresa. Así que, de algún modo, hoy el mercado nos conectó en paz. Eso me lleva a mi primera y urgente pregunta: ¿Por qué le interesa tanto la cuestión de la paz a un empresario?

**Rufer:** Me parece que hay muchas maneras de responder. La paz nos permite hacer transacciones, lo que genera el mayor

valor posible para todos. En lugar de vernos obligados a hacer algo de un modo u otro, podemos responder a los verdaderos valores del otro, a nuestro verdadero valor. La paz es la condición necesaria para el intercambio voluntario, que es a lo que se dedica mi empresa. Cuando interactuamos sin forzar nada, de manera voluntaria, conocemos los valores de nuestros clientes y proveedores. Y esos clientes, proveedores y socios son los únicos que conocen sus valores. Como empresario, respondo a señales que me da la economía, en forma de precios, sobre lo que se valora. Esa información me llega en forma de números, de precios, que no tienen nacionalidad, idioma, origen ni religión. Son señales acerca de los valores de los seres humanos.

Esa es una de las cosas asombrosas del mercado y del mundo empresarial. Los precios no traen nada detrás; no hay prejuicios, no hay nacionalidad, no hay religión. Son los valores de otras personas que se agregan y se me presentan en forma de un precio, que se expresa en un número que puede compararse con otros números. Yo puedo usar esos números para tomar decisiones acerca de cómo asignar recursos escasos. Los precios me hablan del costo de los recursos revelando lo que otros pagarían por usarlos. Me ayudan a estar más al tanto de los valores de los demás.

**Palmer:** ¿Comercian con el exterior?

**Rufer:** Sí. De hecho, alrededor del 30 por ciento de nuestra producción se vende fuera del país.

**Palmer:** ¿A extranjeros?

**Rufer:** Sí, pero para mí, son todos clientes y nada más. Esas cosas no me preocupan, excepto cuando los gobiernos se meten en el medio. Yo diría que entre el 10 por ciento y el 20 por

ciento de nuestras ventas son a Canadá y México, pero el resto de nuestras ventas al exterior se distribuye por todo el mundo. Todos los meses les vendemos a clientes de entre cuarenta y cincuenta países: Japón, Arabia Saudita, Países Bajos, Inglaterra, Argentina, de todas partes. Prácticamente todo es pasta de tomate y otros productos de tomate.

**Palmer:** ¿Y ganan dinero con todas esas ventas?

**Rufer:** Sí, claro. Si no, no las haríamos. Eso me dice que estamos agregando valor al mundo, que respondemos a los valores de nuestros clientes y que los satisfacemos. Y también tiene otro efecto, relacionado con esa sensibilidad a los valores ajenos. El producto que le vendes a otro ser humano — sea de tu lado de la frontera o del otro, es decir, sea una venta nacional o internacional — puede verse como un emisario de la paz, de la cooperación, del respeto. Cuando ves a los demás como clientes, ni se te ocurre dispararles ni hacerles daño. El comercio es una alternativa maravillosa a la violencia y la coerción.

**Palmer:** Algunos dicen que el comercio internacional provoca daños ambientales y es perjudicial y que si...

**Rufer:** El empresario, cuando trabaja en un mercado libre, lo cual implica respetar los derechos de propiedad de los demás, es el primer ambientalista. El ambientalista de verdad ve el costo de los bienes, el costo de los recursos materiales, sea petróleo, madera, goma, vidrio, cualquier otra cosa. Y por la contabilidad que permiten los precios, la ganancia y la pérdida, la información acerca de los costos no es mero conocimiento sino conocimiento práctico; modifica el comportamiento. Los precios nos informan sobre los costos y al mismo tiempo nos incentivan a minimizarlos. No nos gusta

el desperdicio y tenemos incentivos para evitarlo. La clave es el respeto por los derechos de los demás, es decir, la propiedad; la degradación ambiental, la contaminación, el desperdicio y la destrucción ocurren cuando no se respetan los derechos de propiedad. Cuando se los define con claridad y se los defiende, debemos tener en cuenta las consecuencias que tienen nuestros actos para los demás. Por lo general, los gobiernos no necesitan tener en cuenta las consecuencias de sus actos para los demás, porque pueden recurrir a la coerción, pero nosotros tenemos que considerar los valores y los derechos de los demás en todo momento, todos los días. Nuestro negocio se basa en la acción voluntaria. No podemos usar la fuerza —y no lo hacemos— para obligar a la gente a consumir nuestros productos, a que los produzcan, o a que nos provean bienes. Todo eso es completamente voluntario.

**Palmer:** Hablas mucho de la actividad voluntaria. ¿Te describes como un voluntarista, un liberal clásico o...?

**Rufer:** Todos esos términos me resultan bastante similares. Antes se decía “liberal”, pero esa palabra a veces causa mucha confusión en Estados Unidos, porque aquí “liberal” significa lo opuesto de “conservador”. Se podría decir que soy un “liberal clásico” pero, bien entendidos, creo que me calzan todos esos conceptos: liberal, liberal clásico, voluntarista... Lo importante para mí es que la gente no esté coaccionada sino que actúe por propia voluntad y en paz.

**Palmer:** ¿Hace cuánto que piensas así? ¿Cómo forjaste esas opiniones?

**Rufer:** Mis padres eran apolíticos y yo era muy tímido de niño. Y sigo siéndolo, supongo. Así que no participaba demasiado de ningún debate y ese tipo de cosas. Nunca me consideré una

persona intelectual. Luego empecé a estudiar en UCLA y viví en un dormitorio universitario. Conocí a mucha gente de mi edad, y muchas de esas personas eran mucho más listas que yo. Recién ahí empecé a hablar de política, y por algún motivo me inclinaba siempre a sostener que no estaba bien perjudicar a los demás. Con el tiempo fui refinando mis argumentos. Siempre me pareció una cosa de sentido común. Quizá tenía alguna influencia, pero si así fue, no sé de dónde vino. No recuerdo ningún libro, persona ni frase en particular que me haya hecho creer lo que creo. Simplemente observo las cosas e intento comprender cómo funcionan y cómo podrían funcionar mejor. En UCLA me gradué en Economía. Tuve a Tom Sowell como profesor de Trabajo, y a Armen Alchian y William Allen, excelentes docentes también. Creo que la primera materia que cursé fue Economía 1 con Allen. Así que supongo que de lo primero que me hablaron fue de economía. Considero que la economía es muy importante para entender cómo funciona la gente.

La economía es una ciencia social; no es una parte de la matemática, como muchos pretenden hoy en día. Es una ciencia social que estudia cómo se coordinan las personas entre sí. En ese entonces ni sospechaba que alguien promoviera sus intereses políticos. Jamás había oído la palabra “liberal clásico”, pero sí empecé a pensar seriamente en cómo la gente puede coordinar sus actos en función de sus valores. Un tiempo después oí del liberalismo clásico y dije: “Ese soy yo. Eso es lo que yo pienso, en esencia”. No hubo ningún relámpago de inspiración; yo sencillamente creía que las personas debían poder vivir su vida en paz y encontrar la manera de promover sus valores de manera cooperativa. Solo más tarde supe que mis creencias tenían un nombre.

**Palmer:** De modo que estabas en la universidad estudiando economía, que para ti se trataba de la cooperación voluntaria. ¿Cómo pasaste de estudiarlo a practicarlo como empresario? ¿Cómo fue ese paso?

**Rufer:** En mi familia todos eran obreros. Pero mi abuelo era un pequeño empresario, emprendedor. Recuerdo ir con él a un yacimiento petrolífero, donde él había invertido un poco de dinero en perforación. Tenía un par de patentes y un taller en su casa; era un poco inventor y un poco emprendedor. Tengo recuerdos de él de mi infancia; murió cuando yo tenía unos 12 años. Pero siempre tuve la visión de que lo que hacía él era lo que sea hacía cuando uno crecía. Mi padre solía trabajar para mi abuelo. Era como en una granja: de niño, ves a tu padre conducir el tractor y tu abuelo va al banco, a hacer las transacciones comerciales mientras tu padre se ocupa de las tareas operativas. Yo suponía que ese era el camino de la vida porque suponía que todos hacían eso. Eso moldeó mi vida en cierta medida. Me licencié en economía e hice una maestría en ciencias agrícolas, y luego obtuve un MBA. Cuando me gradué de la facultad de economía de UCLA no me presenté a una sola entrevista laboral. Me mudé a Davis, California, y empecé a trabajar en algunas de las ideas que tenía mientras conducía un camión. Estaba en mi naturaleza, formaba parte de mis expectativas.

Empecé a trabajar cuando estaba en la universidad. Mi papá me mantuvo durante alrededor de un año y cuarto, y después tuve que arreglármelas solo. A él ya no le alcanzaba el dinero. No hubo ninguna gran conversación; básicamente absorbí esa información y me puse en camino, empecé a trabajar. Mi papá condujo un camión casi toda su vida, así que se me ocurrió hacer lo mismo. Unos amigos de él me dieron algunas ideas para

transportar tomates de un lugar a otro. Cuando promediaba la carrera, o tal vez un poco después, alquilé un camión y un equipo de remolques y empecé a trabajar con la licencia de mi papá como subtransportador, transportando tomates y duraznos y esas cosas durante el verano. Eso duró cinco años, cinco veranos.

**Palmer:** ¿Eso fue mientras estudiabas?

**Rufer:** Sí, así me pagué los estudios y me introduje en el mundo de los negocios. Del negocio del tomate, en este caso. Como camionero, vas a la granja, vas al centro de clasificación, vas a la planta de procesamiento, y vas a ver la fruta. Así se me fueron ocurriendo algunas ideas, cosas como: “El sistema funcionaría mejor si cambiaran el modo en que cosechan los tomates y si los procesadores modificaran el modo en que los descargan en la fábrica y mudaran la estación de clasificación de aquí para allá. Se ahorrarían mucho tiempo y esfuerzo”. Y pensaba: “Si el sistema cambiara un poco, podría ganar mucho como camionero”. Es decir que todo fue evolucionando a partir de que me hice esa pregunta: “¿Cómo se podría mejorar?”. Yo observaba otras empresas y pensaba cómo podían mejorar su sistema, y luego diseñaba un sistema distinto y se lo presentaba a algunas personas. Me moví mucho y seguí estudiando la industria del procesamiento y se me ocurrieron algunas ideas de cómo diseñar una planta de procesamiento de tomate distinta. Insistí con eso, intentando reunir algo de dinero, durante cinco años, sin dejar de moverme, y por fin reuní dinero suficiente. Había llegado el momento de poner una fábrica. Tenía tres grandes socios —yo tenía la menor participación— y pusimos nuestra primera fábrica de procesamiento de pasta de tomate. Gracias a algunas innovaciones en la fábrica y en la actividad, tuvimos un éxito enorme. Y aunque yo era el socio más pequeño,

a cambio de no cobrar sueldo, recibía un porcentaje mayor de las ganancias. En siete años les hice ganar mucho dinero a mis socios y yo también gané mucho. Me salió muy bien. Era lo que había que hacer, en el momento adecuado. Les propuse a mis socios poner una segunda planta, pero no aceptaron, así que cada uno siguió su camino. Yo construí otra planta y pude financiarla solo. Y así fui avanzando.

**Palmer:** Promueves una filosofía basada en tu experiencia en los negocios, que llamas “autogestión”. Fundaste el Instituto de la Autogestión para fomentar la cooperación voluntaria y la autogestión. ¿Cómo se establecen relaciones en beneficio mutuo, de modo que, como dices en los videos publicados en el sitio web del instituto, la misión personal de las personas sea compatible con su misión en los negocios y viceversa?

**Rufer:** A mi modo de ver, la autogestión es bastante simple. En su vida personal, la gente se autogestiona. Nadie tiene un jefe de la vida. Cada uno dirige su propia vida y lo hace sobre la base de una misión. Yo creo que la misión de todos en la vida es ser felices. Lo sepan o no, lo que intentan es ser felices. Todo organismo se esfuerza por prosperar. Cada persona tiene una idea distinta de lo que la hará feliz. La clave para lograr que la gente coopere voluntariamente en una empresa es buscarle una misión a cada persona.

Los seres humanos hacen valoraciones subjetivas de lo que puede promover sus intereses y, cuando intercambian cosas, regatean. Usan sus valoraciones subjetivas y también los conocimientos que tienen, que muchas veces no tienen los demás. Y así intercambian tantos de estos por tantos de aquellos. Esos coeficientes de intercambio se convierten en precios cuando la gente empieza a usar dinero, que es el bien de cambio que

todos aceptan porque saben que también lo aceptarán los demás. Como consecuencia, las valoraciones subjetivas se traducen en precios, que se expresan en forma numérica, en la economía de mercado. Todos se expresan en las mismas unidades para poder comprarlos, ¿no es genial? No hace falta ningún planificador central para generar coordinación y orden. Eso es lo extraordinario del libre mercado. Y nosotros trabajamos por medio de la autogestión para traer la libertad y la autodeterminación y los beneficios de la economía de libre mercado a la empresa. Cada uno sabe cosas que los demás no saben y que les resultarían útiles. Los mercados nos permiten comunicarnos y al mismo tiempo realizar nuestros fines subjetivos. Trabajamos en pos de llevar esos principios a la empresa y nos esforzamos por confiar más en la autodeterminación que en las jerarquías. Y eso da mejores resultados.

**Palmer:** ¿Y los conflictos? ¿Son inevitables? ¿Son una constante o hay una manera de resolverlos, en tu experiencia?

**Rufer:** Los conflictos son inevitables. Sin duda. Sin conflictos, no hay economía. Los recursos son limitados y la economía es el estudio de cómo asignarlos. De modo que es inevitable que haya conflictos, por supuesto. La cuestión es cuál es la mejor manera de resolverlos. Los conflictos pueden surgir en torno a las acciones humanas o al uso de los recursos. Hay dos maneras de resolverlos. Se puede conversar y llegar a un acuerdo voluntario, o una persona puede usar la fuerza contra la otra. Es decir, se pueden resolver pacíficamente o por la fuerza. Si puedes trabajar con personas que aceptan resolver los conflictos en paz, ganas; todos ganan. Yo busco resoluciones a los problemas que beneficien a todos. Las resoluciones que benefician a todos producen paz. Producen prosperidad y felicidad.

**Palmer:** Pasemos a preguntas más políticas. Algunas personas dicen ser pro empresa, y otros, pro libre mercado. ¿Hay alguna diferencia?

**Rufer:** El libre mercado es una acción voluntaria. Cuando la gente dice ser pro empresa, puede ser que esté hablando de ganar desde una perspectiva miope, de ganar a expensas de los derechos de los demás. El comercio voluntario es el que se da en condiciones de libertad, de libre mercado, sin favorecer a ninguna empresa o grupo en especial. Si una empresa acude al gobierno y lo usa como agente para obtener lo que no podría obtener voluntariamente, eso es lisa y llanamente inmoral e improductivo. El comercio debe ser voluntario, ético y sin favores ni subsidios de por medio, obtenidos por medio de la coerción gubernamental a expensas de los demás.

Por desgracia, y esto es algo a lo que me opongo mucho, hay una especie de “mercado de favores”, es decir, un mercado de coerción. Es como si yo usara un arma tuya para quitarle a alguien algo que quiero a punta de pistola y que luego tú y yo compartiéramos el botín. Es una especie de enfermedad llamada amiguismo: cuando el gobierno usa sus facultades para favorecer a algunos grupos en detrimento de otros. La cura se llama libre mercado: libertad para competir, respeto de los derechos de todos e igualdad ante la ley. El amiguismo político no es más que acudir al organismo del gobierno para usar la fuerza. Es como una extorsión de la mafia. No hay ninguna diferencia, realmente.

**Palmer:** Volvamos a la cuestión de la paz. ¿Qué relación hay entre el comercio y la paz? Tú haces negocios con gente de Asia, de América Latina y de Medio Oriente. ¿Los empresarios deben apoyar la paz?

**Rufer:** Por supuesto. Los empresarios deben apoyarla de varias maneras. La primera es incorporar la paz en sus valores personales; me refiero a lo que ocurre dentro de la empresa, a buscar soluciones pacíficas para los problemas y a no acudir al gobierno para que prohíba la competencia y ni participar en el amiguismo político. A no aceptar subsidios. A no usar programas del gobierno. A mantenerse lo más lejos posible de los actores coercitivos, es decir, en esencia, de los organismos públicos.

La segunda es tomar decisiones éticas de no participar en el comercio de la coerción vendiendo al gobierno instrumentos de violencia, coerción ni opresión. Es importante.

La tercera es promover las relaciones pacíficas entre los países a través del comercio voluntario. El comercio reduce la probabilidad de una guerra. Cuanto más gente se conozca entre sí y se beneficie mutuamente, menos chances hay de que sus gobiernos se declaren la guerra, porque habrá más gente en cada país a favor de la paz. Cuanto más comercio haya, más dependerá A de B y viceversa. Lo sé porque hay muchos estudios al respecto; los economistas y los politólogos estudian la paz y el comercio. Lo sé también por mi propia experiencia de vida y empresarial. Cuando un cliente llama a tu puerta, no se te ocurre dispararle. Los recibes con los brazos abiertos para que se beneficien ellos *y* tú *y* tu familia *y* tus colegas. O comercias o luchas. Yo prefiero comerciar, sin ningún lugar a dudas. Es más civilizado y es mejor para todos, excepto quizá para la gente a la que le gusta lastimar a los demás. Yo no soy de esos.

**Palmer:** Hablas de tomar decisiones éticas en los negocios, pero de acuerdo con casi todos los programas de televisión,

los empresarios son unos desgraciados: no son amables, no son amistosos, no son éticos. Solo quieren perjudicar a la gente. Así retrata al empresario la mayor parte de la cultura popular. ¿Cómo entra la ética en los negocios?

**Rufer:** Uno de los pilares de la cooperación es la amistad. Si no tienes una amistad, ¿cómo te coordinas con otros en tu vida productiva? Estás solo. Ahora bien, la amistad puede asumir diversas formas. Hay cónyuges, mejores amigos, amigos para jugar a los bolos, etcétera. También hay amigos de negocios, gente con la que te gusta estar porque te trata bien y te ayuda. En general, a nadie le gusta estar con gente grosera, ni mucho menos con gente que hace daño a los demás o que les roba. No puedes tener una relación civilizada a menos que respetes esos valores de no hacer daño ni robar. Y más allá de eso, claro, a todos nos gusta estar con gente agradable.

Así que, si quieres tener una empresa y que sea productiva, y que crezca, tienes incentivos muy fuertes para cooperar con los demás y buscar su cooperación. No conozco más de dos maneras de conseguir que la gente haga lo que quieres. Una es azotarla con el látigo o apuntarle un arma a la cabeza; y como a nadie le gusta que le hagan eso, la gente suele huir de los que la azotan y le disparan. La otra es respetar a los demás, respetar sus derechos. En el libre mercado, cada uno elige con quién hace negocios. Para tener una empresa próspera, tienes que ser respetuoso y honorable; de lo contrario, los demás no querrán tratar contigo. Podría seguir, pero siempre me intriga la gente que no entiende la importancia de la ética en los negocios. Parece que no piensan.

**Palmer:** ¿Qué hay de la intervención militar de un gobierno en el exterior? ¿Cómo la caracterizarías?

**Rufer:** Yo creo que es útil pensar como el departamento de marketing. ¿Qué le gustaría a la gente? ¿Te imaginas tener a un ejército chino, ruso o hasta canadiense marchando por las ciudades de Estados Unidos? ¿Nada más que caminando de uniforme por Los Ángeles o Denver? ¿O teniendo bases militares y conduciendo vehículos militares por ahí? Cielos. Eso es lo que hace el gobierno de Estados Unidos en todo el mundo. No puede no ser abusivo. No puede no destrozar nuestra reputación. Cuando de verdad defienden la independencia del país, tiene que haber buena voluntad. Pero cuando no hay una cuestión como esa que esté clara, es difícil pensar que nuestra presencia militar pueda ocasionar más que odio y resentimiento.

**Palmer:** Eres un ferviente defensor de los valores liberales clásicos. ¿Qué haces en pos de un mundo más libre y pacífico?

**Rufer:** Donde quiera que vaya, defendiendo personalmente los valores y principios de la paz y la libertad. En cada nación que visito por trabajo, no hay comida, no hay reunión en la que no inicie alguna conversación sobre cómo podría organizarse la sociedad sin coerción, sin violencia, y sobre qué podemos hacer para contribuir. Soy muy franco.

**Palmer:** Hay una larga tradición de empresarios destacados que defienden la paz. Pienso en Richard Cobden y en John Bright en Inglaterra, dos grandes innovadores de los negocios y grandes líderes por la paz. La Liga Antiimperialista de Estados Unidos estaba integrada por muchos hombres de negocios que se opusieron a la Guerra Hispano-Estadounidense y a la ocupación de Filipinas y otras colonias españolas por parte de Estados Unidos. ¿Te consideras parte de esa tradición de gente de negocios que aboga por la paz?

**Rufer:** Sí. Estoy convencido de que los empresarios —no los

que se amparan en el amiguismo sino los empresarios honestos— son emisarios de la paz. El intercambio voluntario beneficia a todos. Es una pena que aún haya gente que no lo vea. Recuerdo un viejo dicho que reza: “Cuando los bienes no pueden cruzar la frontera, lo hacen los ejércitos”. Prefiero el intercambio de bienes al de balas y misiles. En la década de 1960, se decía “hagamos el amor y no la guerra”. No está mal, pero yo agregaría: “hagamos el amor, los negocios y no la guerra”.

**Palmer:** ¿Qué le dirías a un joven que piensa en qué hacer después de estudiar, ya sea en el secundario o en la universidad, para construir un mundo mejor? ¿Le recomendarías que se dedicara a los negocios o que buscara trabajar en el sector público?

**Rufer:** Trabajar en el sector público es un desperdicio, y podría explayarme sobre ese tema. Pero sin duda le recomendaría que se dedicara a los negocios o bien a la comunicación: al periodismo o a cualquier otro medio.

**Palmer:** ¿Y si se convirtiera en un competidor de la industria del tomate?

**Rufer:** [Ríe] No hay problema. Dedicarse a los negocios y participar en el comercio internacional es una excelente idea para el que le interese la paz. Eso ayuda a construir un mundo mejor. Y si alguien quiere dedicarse a los negocios para competir conmigo, bienvenido sea. Ojalá hubiera mejores competidores; así me mantendría aún más alerta.

**Palmer:** Gracias por hacerme lugar en tu apretada agenda, Chris.

**Rufer:** Fue un placer.

# 5.

## La paz del libre comercio

*Por Erik Gartzke*

¿Cómo reducen el comercio y la inversión transfronteriza los incentivos para la guerra? ¿Qué efecto tiene la interdependencia sobre el comportamiento? ¿Cuál es la relación entre la paz, los gobiernos que rinden cuentas democráticamente y el comercio? Erik Gartzke es profesor asociado de Ciencia Política en la Universidad de California, San Diego, y profesor de gobierno en la Universidad de Essex. Sus investigaciones se concentran en el impacto de la información y las instituciones sobre la guerra y la paz. Publica sobre comercio, ciberguerra, diplomacia y temas relacionados.

---

Una serie de guerras europeas brutales y destructivas, que duró décadas, terminó en 1648, cuando la Paz de Westfalia, según se le conoce, creó un sistema en el que los Estados europeos eran soberanos hacia dentro y autónomos hacia fuera. Ese legado se ve cada vez más cuestionado en un mundo en el que los vínculos económicos traspasan las fronteras internacionales. La interdependencia económica es lo que ocurre cuando dos o más naciones quedan vinculadas por el comercio. La visión económica estándar indica que el comercio crea valor.

Como los analistas de la política señalaron hace tiempo, en cualquier conflicto entre naciones, ese valor del comercio es un “rehén” efectivo. Si el rehén es suficientemente valioso y si la guerra lo pone en riesgo, los Estados soberanos ya no son totalmente autónomos. En los casos en los que es probable que la guerra implique un sacrificio de los beneficios del comercio, la perspectiva de pérdida compartida puede disuadir a los socios comerciales del ingreso en un conflicto. En términos más sencillos, si las personas que están de un lado de la frontera tienen activos o clientes que valoran del otro lado, es menos probable que apoyen la destrucción de esos activos o asociaciones comerciales y es más probable que se manifiesten a favor de la paz.

Otro efecto importante que tiene el comercio como promotor de la paz y disuasivo de la guerra podría ser el hecho de que facilita una caída en el valor de los bienes que se obtendrían luchando, mientras hace que los ejércitos de ocupación sean mucho más caros. Si el comercio reduce el costo real de los bienes y aumenta la productividad de la mano de obra, entonces los trabajadores, las empresas y los Estados soberanos tendrían que acercar la mano de obra a los emprendimientos productivos y alejarla de la guerra. Analizo esos procesos en más detalle a continuación, tras relevar algunos datos de contexto.

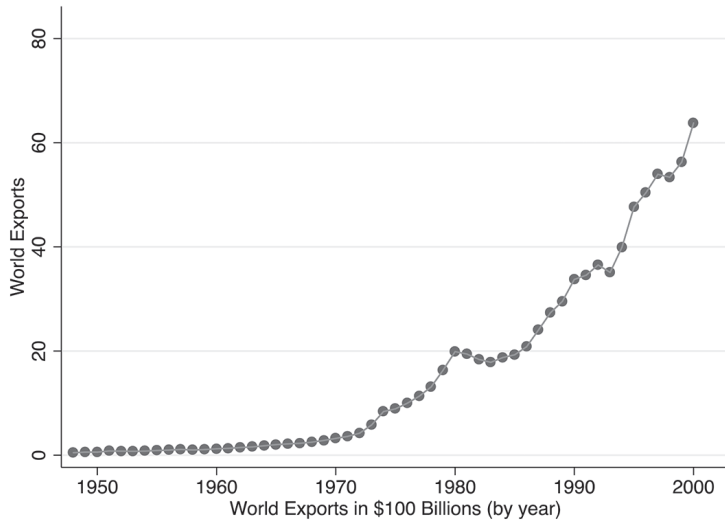
## **La transformación**

No se necesita un doctorado para advertir que el mundo en el que vivimos es fundamentalmente distinto del que existía hace unas pocas generaciones. Ni hablar del mundo del siglo XVII. En particular, los mercados han comenzado a hacer para los asuntos internacionales lo que ya habían logrado para la política *interna*

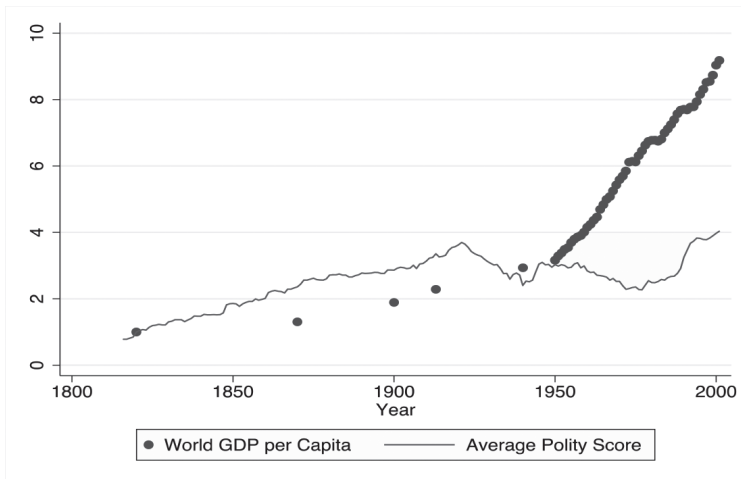
de las naciones en tantas partes. Gradualmente al principio, pero a un ritmo más rápido en las últimas décadas, los líderes mundiales han empezado a descubrir que sus países y sus poblaciones están atados por redes económicas complejas y extensas. En el gráfico 1 se muestra una ilustración sencilla de esa evolución en términos de comercio internacional, medido en dólares de EE.UU. reales de 2000 (en cientos de miles de millones).

El mundo también se está haciendo más próspero, en promedio. El gráfico 2 muestra el PIB per cápita mundial. A fin de facilitar las comparaciones entre distintos períodos, cambié las escalas de los valores a fin de que el ingreso promedio en 1821 sea igual a uno. Eso también permite hacer una comparación del aumento de la riqueza con el avance hacia gobiernos más limitados y una mayor libertad personal. Si bien la democratización mundial parece más despareja —en gran parte porque la descolonización aumentó drásticamente la cantidad de países después de 1950—, también está en una tendencia ascendente, un fenómeno bien documentado en forma de “oleadas” de reforma política<sup>42</sup>. La base de datos Polity mide los niveles nacionales de democracia, donde diez es el nivel más alto y cero es el nivel más bajo<sup>43</sup>. En este caso, tanto el sistema político como el PIB per cápita se representan como niveles mundiales anuales promedio<sup>44</sup>.

### Gráfico 1



### Gráfico 2



La economía política liberal clásica anticipó los tres cambios y especuló acerca de sus consecuencias. La democracia, el comercio y el desarrollo económico mejoran la condición humana de diversas maneras. El foco, en este caso, está puesto en determinar si algún cambio desalienta el uso de la violencia política (dentro de los países) y la guerra (entre países) en el sistema existente de las naciones de Westfalia, cómo lo desalienta y cuál es el cambio que lo desalienta. El comercio es una herramienta especialmente atractiva para promover la paz mundial, pero sus efectos también son complicados, por la forma en la que funciona y por lo que el comercio común hace para alterar la competencia política y el conflicto. Es posible que los países conectados por vínculos comerciales se vean de hecho persuadidos a mantener relaciones pacíficas. Mi objetivo es entender los efectos de la interdependencia económica.

## **Dudas sobre Thomas**

Una de las descripciones más convincentes de cómo funciona la interdependencia es la del economista ganador del Premio Nobel Thomas Schelling<sup>45</sup>. Schelling ofrece una parábola de dos montañistas atados para el ascenso a una montaña. Cuando los montañistas se atan, sus destinos quedan ligados y sus acciones pasan a tener dependencia mutua. Como los dos deben ascender o caer juntos, cada montañista se comporta con más cuidado y más discreción, y produce paz como consecuencia.

Los teóricos liberales usan la lógica de la interdependencia para resaltar el potencial pacífico del comercio. A medida que el comercio internacional creció, de manera irregular pero persistente, desde el siglo XVII, una serie de pensadores, que van

de Montesquieu, Smith, Paine, Kant, Cobden, Angell y otros hasta filósofos modernos como Rosecrance, Russett y Doyle, enfatizó el poder pacificador del comercio transfronterizo rentable<sup>46</sup>. Es menos probable que los países peleen si están vinculados por relaciones comerciales rentables, ya que en caso de guerra causarían grandes pérdidas económicas.

Cabe señalar, sin embargo, que el interés de Schelling en la interdependencia no surgió del comercio, sino de algo bastante distinto. En la parábola de Schelling, la cuerda que ata a los dos montañistas no es el comercio, sino el riesgo de una guerra nuclear. El punto muerto de la Guerra Fría se centró en un fenómeno conocido como “Destrucción Mutua Asegurada”, o MAD, por su sigla en inglés. La aparición de las armas nucleares y el riesgo de aniquilación recíproca en una guerra abierta garantizaban que Estados Unidos y la Unión Soviética se disuadían mutuamente, ya que ninguno de los dos países podía protegerse. Al igual que en el caso de los dos montañistas, la cooperación y la mesura surgieron del deseo egoísta de evitar la destrucción, y no del objetivo altruista de promover la paz.

Al mismo tiempo, el objetivo de Schelling al momento de pensar esta ilustración no era explicar la estabilidad, sino descifrar de qué maneras las superpotencias podrían *seguir compitiendo* en un mundo en el que una confrontación directa y abierta parecía impensable o al menos irracional. Como queda claro en la parábola, los vínculos de dependencia mutua — nucleares o económicos — pueden disuadir la agresión. Aun así, aunque la interdependencia nuclear generó un mundo en el que la guerra total no era posible, también produjo un contexto en el que proliferaron *la confrontación al límite del conflicto*,

*la diplomacia coercitiva, la propaganda, los conflictos sustitutos y otras formas de situaciones límite.* El temor a las consecuencias de no concretar un acuerdo, independientemente de las fuentes de ese temor, puede llevar a los actores interdependientes a comprometerse, pero las inhibiciones que produce la interdependencia también promueven que los actores jueguen a ver quién se asusta primero.

El comercio tiene pocas características en común con las armas nucleares; el primero es algo que tratamos de promover, y las segundas son algo que la humanidad preferiría erradicar. Sin embargo, los papeles de esos dos procesos al momento de lograr que las acciones de los Estados dependan mutuamente son, en algunos aspectos importantes, esencialmente iguales: implican un comportamiento “egoísta” que pueden tener consecuencias sociales virtuosas, como la dinámica social virtuosa que descubrió Smith, oculta dentro del mecanismo del mercado.

Tal como los teóricos liberales sostienen hace tiempo, el aumento de la cantidad de comercio crea “rehenes” más intensivos, por lo que aumentan los incentivos para la paz; los mayores niveles de interdependencia que se registran hoy podrían ayudar a que la guerra sea demasiado costosa como para que los Estados contemplen esa posibilidad. Aun así, el valor de los vínculos comerciales suele ser mucho menos sustancial que lo que está en juego en una guerra nuclear. Si las naciones ya están dispuestas a arriesgar enormes pérdidas en conflictos convencionales o nucleares, ¿qué más puede hacer el comercio para frenar la dinámica bélica? ¿Cuál es el papel de la interdependencia económica en la promoción de la paz?

## Las causas de la paz

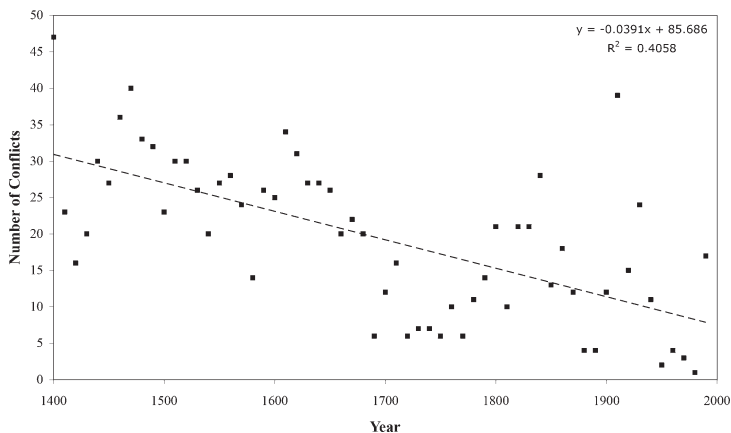
Actualmente se está desarrollando uno de los eventos más notables de la historia mundial. De hecho, está ocurriendo hace bastante tiempo. Se da una baja “secular” de largo plazo del conflicto entre países ricos y prósperos. Se desató la paz, al menos en algunas partes del mundo. De hecho, esa tendencia es tan sutil que muchos no la advirtieron, y otros prefieren ignorar las buenas noticias a favor de la evidencia de que algunos países y grupos siguen luchando en otras partes. La tendencia a la baja de la guerra fue ampliamente documentada por Steven Pinker, Joshua Goldstein y otros<sup>47</sup>.

La baja secular de la guerra es especialmente notable en Europa, donde la tendencia se consolidó a lo largo de los siglos. El gráfico 3, “Tendencias de los conflictos de Europa”, se basa en datos recopilados por Peter Brecke<sup>48</sup>. Cada uno de los cuadrados representa la cantidad de conflictos por década (un conflicto equivale a un mínimo de treinta y dos muertes relacionadas con un conflicto). Los conflictos en Europa han disminuido con el tiempo: de un promedio de treinta por década en el 1400 a aproximadamente diez por década en el último siglo. Es preciso tener cuidado al momento de interpretar relaciones extraídas de datos en los que es probable que las relaciones sean complejas y con varias causas. Por ejemplo, Claudio Cioffi-Revilla demostró que la intensidad de los conflictos en términos de víctimas muestra la tendencia opuesta: aumenta con el tiempo<sup>49</sup>. Aun así, la tendencia parece clara: a lo largo de un período de tiempo prolongado, los países soberanos de Europa se han alejado del conflicto y se han acercado a los métodos no violentos para resolver sus diferencias.

A nivel mundial también se da una relación similar, aunque levemente menos unívoca. El gráfico 4 detalla los incidentes anuales de disputas militarizadas entre Estados, que son eventos que van desde la amenaza del uso de la fuerza, hasta una guerra ocasional. Estos datos también se agregan a nivel mundial, lo que implica que las disputas militarizadas entre Estados se ponderaron en función de la cantidad de pares de países en el sistema en un año determinado. Si bien no aparecen patrones claros hasta después de la Segunda Guerra Mundial, todo indica que las disputas militarizadas se hacen menos habituales tras las dos guerras mundiales. Una vez más: el mundo se está tornando más pacífico.

### Gráfico 3

Trend in Conflicts in Europe

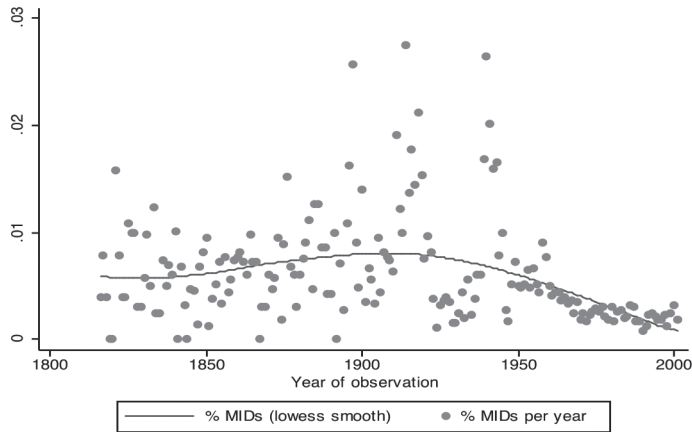


Fuente: Peter Brecke “Violent Conflicts 1400 AD to the Present in Different Regions of the World.”

¿Cómo se explica esa tendencia? Hay muchas posibilidades. Algunos expertos señalan que el surgimiento de la democracia es una causa importante de la paz entre Estados. Si bien hay

datos empíricos que respaldan esa idea, hay problemas para atribuir a la paz a las políticas internas pacíficas<sup>50</sup>. Para empezar, el crecimiento de la democracia en Europa es muy posterior al comienzo de la tendencia descendente de los conflictos armados. La democracia no puede generar paz antes de que existan democracias. Yendo un paso más allá, la democracia misma es producto de la paz. Una condición necesaria para la democracia es que los grupos de una sociedad consideren que perder políticamente es mejor que dejar que sus disputas lleguen a la violencia. Es posible que la disputa sea acallada por la elección de instituciones políticas. Sin embargo, una refutación sencilla e igualmente viable sería que la elección de instituciones políticas depende del carácter de la disputa. Si el objeto de la disputa es tan importante que uno no puede hacer concesiones, entonces la democracia puede fracasar. Por ende, una condición previa para la democracia es un nivel de consenso o moderación respecto de qué elecciones prevalecerán. Si la derrota en un tema político, no justifica recurrir a la violencia internamente, entonces es posible, e incluso atractivo, que las élites y los ciudadanos adopten un gobierno popular y limitado en sus instituciones internas. Una manera de lograr esto consiste en que la política, o la “elección pública”, tenga un rol menos importante en la asignación de recursos o activos. Si la derrota en una confrontación política implica perder un hogar, una empresa, la libertad o incluso la vida, es más probable que esa lucha se perpetúe y que se use la violencia, si es necesario, a fin de triunfar. Si, por otro lado, esas cuestiones se administran cada vez más a través de los mercados u otros mecanismos privados, o si la asignación de recursos no depende del resultado de confrontaciones políticas, es menos probable que uno esté dispuesto a recurrir a la violencia para ganar en la política.

## Gráfico 4



Militarized Interstate Disputes (MIDs)

En las sociedades premodernas, los medios de producción eran mayormente tangibles. Las personas eran dueñas de la tierra y de la mano de obra que los soberanos podían confiscar para sus propios fines. Ser rico — o incluso tener permiso de vivir — significaba tener el favor del rey. A medida que las sociedades se desarrollaron, la riqueza se convirtió cada vez más en una función del conocimiento y de la capacidad de pensar creativamente. El rey todavía podía elegir quién ganaba, pero la productividad de la sociedad dependía cada vez más de que se eligieran ganadores inteligentes y eficaces comercialmente, algo que los mercados hacían especialmente bien, cuando no dependían del rey. Este nuevo tipo de independencia comercial de la política hizo que fuera preferible para el soberano (o la soberana, ocasionalmente) limitar sus interferencias en el mercado a fin de que su economía creciera y la sociedad (y el Estado) prosperara. El crecimiento de la sociedad civil

y la empresa independiente implicaba que la riqueza ya no era función de la lealtad al rey o la proximidad al Estado. La seguridad, a su vez, ya no se obtenía congraciándose con los monarcas, sino alcanzando un nivel de productividad tal que el soberano ya no podía intervenir ni saquear<sup>51</sup>. Hasta los reyes y las reinas entendieron la valiosa enseñanza de la gallina de los huevos de oro.

Podría decirse que la democracia representativa moderna es el resultado del proceso que acabo de describir: la necesidad de limitar el gobierno para garantizar el crecimiento significaba que había menos valor en capturar el Estado para la búsqueda de renta, incluso cuando era más grande que nunca la necesidad de que el Estado regulara los mercados — ofreciendo reglas claras y haciéndolas cumplir eficientemente (transparencia) — y garantizara la oferta de bienes públicos. En lugar de invertir en política y competir por el acceso al poder del Estado, las personas podían invertir en la creación de más bienes y servicios para vender a través de los mercados. Además, si no valía la pena luchar para capturar el Estado internamente, también había menos razones para pelear por propiedades tangibles a nivel internacional. El aumento de la democracia, como fenómeno mundial, podría ser *producto* de la importancia decreciente de la política de distribución en Europa y otras partes, como se muestra en el gráfico 1, en lugar de explicar el patrón expuesto en el gráfico.

El comercio puede funcionar como disuasivo de los conflictos de diversas maneras. La idea de que el comercio puede ayudar a que la política internacional sea más pacífica está bastante generalizada y consolidada entre académicos<sup>52</sup>. No

obstante, el mecanismo preciso y cómo puede nutrirse y propagarse siguen siendo objeto de controversias. Como ya he sugerido, tener algo que perder no es en sí mismo un obstáculo para la lucha, e incluso puede promover el conflicto si alguien está interesado en apropiarse de nuestra riqueza. El mero hecho de tener algo que perder a menudo aumenta el conflicto, si la competencia es un juego de suma cero (mi bienestar depende de tu derrota, y viceversa), como suele ocurrir en política. Como la política es una lucha en sí misma, debemos analizar cómo el intercambio, y el comercio en términos más generales, vinculan la política con la paz.

### **La “mano invisible” de la paz**

Una de las grandes revelaciones de las ciencias sociales es el descubrimiento de Adam Smith de que las acciones pueden tener consecuencias inesperadas y que el valor social de esas consecuencias no se desprende de las intenciones de los actores. Los mercados suelen tener efectos virtuosos sobre las comunidades y las naciones, incluso si los participantes del mercado actúan únicamente con la intención de mejorar su propio bienestar. Puede plantearse un argumento similar respecto de los efectos de los mercados sobre la paz. Por el mero intento de enriquecerse, las empresas, los consumidores, los empresarios e incluso los Estados alteraron la utilidad y, en algunos casos, la viabilidad de la fuerza militar. La mano invisible, en este caso, está más cerca de ser un conjunto de manos. Los mercados hacen que la mano de obra sea más cara, hacen que usar mano de obra para capturar el capital sea menos atractivo. Los mercados también facilitan la transferencia de bienes y servicios a través de medios pacíficos. Por último, los

mercados mismos no responden bien al conflicto, lo que ofrece un incentivo para suprimir la violencia.

Es posible que el efecto más potente del comercio sobre los conflictos sea la transformación de los intereses del Estado. La creciente profundidad e integración de los mercados aumentó el valor de la mano de obra y del “capital humano” (por ejemplo, las habilidades) enormemente con el correr de los siglos<sup>53</sup>. Todo indica que la mano de obra costosa y el valor decreciente de los activos tangibles para la producción, llevaron a muchos países a abandonar los intentos, otrora habituales, de “robar” prosperidad saqueando los activos de otras naciones. Es preciso ser cuidadoso, desde ya, porque los intereses acotados de los gobernantes y sus partidarios clave pueden superar el interés público y alentar la depredación, dentro del Estado o entre Estados.

Los imperios de la antigüedad prosperaban exigiendo tributo (barcos repletos de granos y otros bienes) a las provincias que sometían. Los vikingos cargaban sus barcos con el botín que saqueaban. Los galeones españoles del siglo XVI volvieron a Europa cargados de lingotes de plata extraída y refinada por las poblaciones nativas esclavizadas. Los Estados imperiales europeos posteriores, en cambio, a menudo quitaban todo a sus propios ciudadanos para subsidiar aventuras en el extranjero que solo eran rentables para los descendientes de la aristocracia. Como concluyeron los historiadores Lance E. Davis y Robert A. Huttenback: “Es claro que los británicos, como pueblo, no se beneficiaron económicamente a partir del imperio. Sí lo hicieron algunos inversionistas”<sup>54</sup>. Incluso el colonialismo disminuyó cuando la modernidad llevó a que los países más prósperos y militarmente capaces prefirieran

comprar insumos para la producción, en lugar de obtenerlos a través de actividades bélicas cada vez más caras. Las naciones modernas ya no consideran que sea rentable invadir a sus vecinos, cosa que sí creían los vikingos, los conquistadores españoles y los marinos isabelinos. La sumisión de poblaciones extranjeras tendiente a la extracción de recursos y del fruto del trabajo humano tiene mucho menos sentido si pagar a los ocupantes es costoso y si es más barato comprar lo que uno quiere, en lugar de saquear al vecino para obtenerlo.

Irónicamente, si bien los países modernos ya no encuentran mucho beneficio en el saqueo —especialmente a partir del aumento de la liquidez de los mercados mundiales—, el comercio incrementó los beneficios de proteger el patrimonio mundial, es decir, reducir la incidencia general de la violencia. Las naciones modernas tienen un interés mayor, no menor, en la política y las políticas de otras naciones, precisamente porque la interdependencia garantiza que lo que otro hace tiene más impacto en el propio bienestar. Las tropas internacionales, en lugar de ser tropas de conquista y saqueo, son desplegadas cada vez más en representación de Naciones Unidas o grupos regionales como fuerzas de paz, a cargo de detener o reducir los conflictos violentos. La paz puede imponerse externamente a fin de que el comercio pueda proseguir, al menos en los casos en los que las naciones en cuestión son débiles y donde existen programas políticos localizados que interfieren con las relaciones internacionales. En otros términos, el comercio entre los más ricos garantiza que las naciones poderosas tienen un incentivo para desalentar los conflictos entre *otras* naciones, porque la lucha afecta el comercio ecológicamente, no solo entre los países que pelean, y porque los beneficiarios poderosos del

comercio tienen incentivos para desalentar las interrupciones del comercio provocadas por el conflicto entre terceros.

Uno de los desafíos de un mundo interdependiente es su complejidad. Las relaciones simples tienen la ventaja de que son más fáciles de entender, y es posible que parezca que es más fácil abordarlas a través de políticas eficaces. Al mismo tiempo, la complejidad puede ser una virtud, si amplía las opciones, si ofrece un conjunto de respuestas más amplio, con más alternativas para no recurrir a la fuerza militar. El comercio puede llevar a la paz si evita que los países luchen, pero eso exige relaciones comerciales muy grandes, tan valiosas que pueden ser disuasivos (como las armas nucleares). También es posible que esto implique un conjunto de problemas o disputas de alcance relativamente moderado, como los que ocurrieron en Europa occidental tras la Segunda Guerra Mundial. En los casos en los que el comercio es extremadamente valioso y los Estados están mayoritariamente de acuerdo, prevalece la paz. El comercio también puede ser un insumo para los países en conflicto, ya que permite que se resuelvan las diferencias a través de negociaciones diplomáticas, en lugar de exigir el uso de la fuerza militar para demostrar decisión en un contexto incierto y fragmentado. Por último, es posible que el efecto más general del comercio sea que transforma los intereses objetivos de las naciones, garantizando que cada vez más se considere que la vieja lógica de depredación es anacrónica. Hasta los ladrones de bancos compran sus víveres, en lugar de robarlos del comercio local. Sencillamente, no vale la pena robar gran parte de lo que podría saquearse actualmente, incluso si tenemos en cuenta que mucho de lo que vale la pena robar no puede saquearse. El aumento del comercio promueve la

especialización, que hace que la depredación sea menos eficaz y aumenta los beneficios de la paz. Es preciso tentar a los trabajadores capacitados con buenas condiciones de trabajo, lo que hace que la guerra y la conquista sean contraproducentes. La modernidad significa que, cada vez más, compramos en lugar de robar.

Como conectan a los países y hacen que el mundo sea más interdependiente, las fuerzas de mercado dieron forma a lo que buscan las naciones, lo que quitó eficacia a la guerra como herramienta para cumplir con los objetivos nacionales, tal como ocurrió con los líderes y las poblaciones, para quienes la propiedad del Estado es menos fundamental para sobrevivir. Al mismo tiempo, el papel del Estado en la facilitación de las condiciones de mercado es cada vez más importante. Los Estados trabajan no solo internamente, sino también regional e internacionalmente, para facilitar el comercio, lo que aumenta la interdependencia en una cadena de causalidad que refuerza la cooperación y limita todavía más el conflicto. No es que las personas hayan tratado de actuar mejor, sino que el comercio cambió qué significa actuar bien. Si tenemos suerte y nos mantenemos en nuestro camino hacia un comercio más amplio y más libre, el comercio seguirá haciendo que la fuerza militar sea cada vez más inútil o ineficiente.



# 6.

## La economía política del imperio y la guerra

Por Tom G. Palmer

¿Es inevitable que las civilizaciones choquen? ¿Es el imperialismo o colonialismo una propuesta ganadora (o perdedora)? ¿Quiénes fueron los mayores paladines de la paz y los mayores adversarios del colonialismo? ¿Deben existir las “guerras por petróleo”? ¿Quién decide entre la guerra y la paz, y quién gana?

*“Libertad por dentro, paz por fuera. Ese es todo el plan”<sup>55</sup>.*

- Frédéric Bastiat (1849)

---

Algunos estudian la guerra para ser mejores en la guerra. También podemos estudiarla — desde una perspectiva distinta — para evitarla, para reducirla, para ponerle fin, para eliminarla. Podemos procurar entender la guerra, no como entendemos el clima o la astronomía, o incluso la enfermedad, sino como entendemos otros tipos de comportamiento humano. Equipados con ese conocimiento, podemos ilustrarnos a nosotros mismos y a nuestros vecinos, amigos, parientes y conciudadanos acerca de las falacias que subyacen a las engañosas justificaciones de la guerra. Más aún, podemos trabajar en pos de instaurar y fortalecer las instituciones que hacen de la guerra un acontecimiento más improbable. Si entendemos mejor las cuestiones

que hay en juego, podemos reducir las ocasiones para que se produzcan guerras y la medida en la que los seres humanos experimentan la violencia. La desinformación y el malentendido pueden ser –dicho de manera muy literal– mortales. Informar y entender bien puede salvar vidas.

En los últimos siglos, los pensadores liberales clásicos dedicaron mucha energía a entender las causas de la guerra, y a promover la mentalidad y las instituciones que favorecen la paz.

La paz dejó de ser una mera fantasía utópica. De hecho, la historia demuestra que el mundo se ha vuelto más pacífico. Y las ciencias de la economía, la sociología y la psicología explican por qué. Armados (por así decirlo) de ese conocimiento, podemos conseguir que haya mucha más paz en el mundo. Podemos lograr que los seres humanos experimenten menos violencia. El mundo puede ser simultáneamente más pacífico, más justo, más próspero y más libre.

## **La buena noticia: la violencia está en baja**

*“Créase o no – y sé que la mayoría no lo cree –, la violencia viene reduciéndose desde hace mucho tiempo, y posiblemente hoy vivamos en la era más pacífica de la existencia de nuestra especie”<sup>56</sup>.*

—Steven Pinker

---

Si alguien dice la violencia está en baja, la mayoría se apresura a negarlo. Al fin y al cabo, los medios no dejan de pasar noticias sobre episodios de violencia, muchas veces acompañadas de imágenes sangrientas. Violaciones, asesinatos y ataques son moneda corriente en el noticiero de la noche. “La sangre vende”.

Siempre hay algún país sumido en un conflicto armado. Pero debemos dar un paso atrás para mirar con perspectiva. El conflicto, sobre todo cuando es violento y mortal, llama mucho más la atención que la cooperación pacífica. Estamos acostumbrados a decir que “no pasa nada” cuando hay interacciones pacíficas y voluntarias, pero en realidad pasan muchas cosas: la gente va a trabajar, los agricultores plantan sus cultivos, los inversores financian nuevas empresas y los trabajadores fabriles ensamblan productos útiles; la gente va de compras, se enamora, se casa; nacen bebés; hay fiestas de cumpleaños; la *vida* pasa. Pero ese es el telón de fondo, es lo normal. Jamás salió en ningún medio el titular “Miles de millones se dedicaron a sus asuntos en paz”. Lo que amerita un titular es lo anormal y, por lo general, lo anormal es el conflicto, en especial la violencia. De hecho, y aunque parezca paradójico, cuanto *menos común* es la violencia, *más probable* es que atraiga la cobertura. Nos engañamos con la idea de que el mundo se está volviendo más violento, cuando lo que ocurre es lo contrario.

El politólogo James Payne y el psicólogo Steven Pinker documentaron algo notable<sup>57</sup>: que la probabilidad de que una persona cualquiera sea objeto de un acto violento en general se ha reducido a través de los milenios. Incluso si contamos los horrores indecibles de la Primera y la Segunda Guerra Mundial, los campos de trabajo esclavo del Tercer Reich, la URSS y la República Popular China, las “limpiezas étnicas” y otros horrores de los últimos cien años, la experiencia de violencia en la vida cotidiana de la gente ha ido mermando. Parece imposible, pero es así. De modo que nos sobran motivos para ser optimistas, aunque nos rompa el corazón el destino de los que aún son objeto de violencia. La buena noticia es que se trata de una experiencia cada vez más infrecuente, desde hace mucho tiempo.

La violencia, que incluye la guerra, no es un rasgo invariable de la naturaleza humana. Su incidencia ha ido reduciéndose con el tiempo. No estamos condenados a sufrir una cantidad constante de violencia en el mundo. La violencia tiene altibajos, pero hace mucho que está en baja, y las ciencias sociales y políticas nos ayudan a entender por qué. Los estudiosos del tema han acumulado y contrastado vastas pruebas de que los liberales clásicos del pasado tenían razón en sostener que la clave para garantizar la paz es la libertad, particularmente la libertad de cuestionar y criticar a los gobiernos, y la de comerciar, viajar e invertir en el exterior.

### **¿Tienen que “chocar” las civilizaciones o los países?**

Hay una tesis famosa según la cual el mundo enfrenta un “choque de civilizaciones”. De acuerdo con el politólogo Samuel Huntington, “occidente” está en decadencia, entre otras cosas, porque los “países occidentales” controlan militarmente una porción menor del planeta. En su opinión, las “civilizaciones” tienen intereses contrapuestos, y si una asciende, otras deben caer.

Huntington presentaba muchas perspectivas interesantes en su libro, pero tenía un conocimiento escaso de la economía política de las interacciones humanas. Su comprensión de la economía era limitada y no entendía la importancia del comercio voluntario, que es una característica común de las civilizaciones y el medio por el cual se enriquecen mutuamente. En cambio, suscribía a la visión de las relaciones sociales como un juego de suma cero<sup>58</sup>.

Aquí, por ejemplo, se observa uno de los modos principales en que medía la “decadencia” de una civilización.

En 1490, las sociedades occidentales controlaban la mayor parte de la península europea fuera de los Balcanes, o casi 4 millones de kilómetros cuadrados de una superficie terrestre total de 135 millones de kilómetros cuadrados (aparte de la Antártida). En 1920, el momento de máxima expansión territorial, occidente gobernaba directamente alrededor de 66 millones de kilómetros cuadrados, casi la mitad de la superficie terrestre del planeta. En 1993, ese control territorial se había reducido a la mitad, a alrededor de 33 millones de kilómetros cuadrados. Occidente se había replegado a su centro original en Europa, más sus vastas tierras pobladas por colonos en América del Norte, Australia y Nueva Zelanda. El territorio de las sociedades islámicas independientes, por el contrario, creció de casi 5 millones de kilómetros cuadrados en 1920 a unos 30 millones en 1993. Se produjeron cambios similares en el control de la población. En 1900, los occidentales conformaban aproximadamente el 30 por ciento de la población mundial, y los gobiernos occidentales regían casi el 45 por ciento de la población en ese entonces, y el 48 por ciento en 1920. En 1993, excepto por algunos escasos vestigios del imperio, como Hong Kong, los gobiernos occidentales no regían más que a la población de occidente<sup>59</sup>.

¿Eso es decaer? Analicemos el caso de uno de esos países occidentales y su imperio. El Reino de los Países Bajos controló lo que más tarde sería Indonesia entre 1800 y 1942, cuando la región fue conquistada por el Imperio Japonés. El gobierno holandés volvió después de la guerra y luchó durante casi

cinco años por restablecer su control colonial, pero fracasó, e Indonesia consiguió su independencia en 1950.

Naturalmente, si seguimos la tesis de Huntington, cabría esperar que esa derrota hubiera traído aparejado el declive del pueblo holandés. ¿Pero hubo un declive? Tomando el poder adquisitivo del dólar estadounidense en 1990 como vara para medir el ingreso, en 1950, el PIB per cápita (es decir, el ingreso por persona) de los Países Bajos era de US\$5.996<sup>60</sup>. ¿Y en 2010? Medido en dólares estadounidenses de 1990, el PIB per cápita de los Países Bajos era de US\$24.303, lo que representa un aumento del 305 por ciento<sup>61</sup>. La “pérdida” de las Indias Orientales Neerlandesas como posesión colonial no constituyó ningún desastre para los holandeses. Ni mucho menos. Dejaron de enviar jóvenes a luchar y hordas de burócratas a administrar. Ahora, cuando los holandeses quieren algo de Indonesia, pueden comprarlo sin tener que derramar su sangre y derrochar su dinero en suelo extranjero. Ocurre que el comercio es mucho más ventajoso que el imperialismo para los holandeses, y mucho más para los indonesios, cuyo PIB per cápita (medido, una vez más, en dólares de EE.UU constantes de 1990) pasó de US\$817 en 1950 a US\$4.722 en 2010, un aumento del 478 por ciento<sup>62</sup>.

En realidad, la prosperidad de una nación no necesariamente significa la pobreza de otra. Que mi socio comercial prospere es bueno para mí. Como explicó el economista Jean-Baptiste Say en 1803 (aunque fueron pocos los que lo escucharon):

Una buena cosecha no solo es favorable para el agricultor, sino también para quienes comercian con todas las materias primas en general. Cuanto mejor sea la

cosecha, mayores serán las compras de los agricultores. Por el contrario, una mala cosecha perjudica las ventas de todas las materias primas. Y lo mismo ocurre con los productos de la manufactura y el comercio. El éxito de una rama del comercio brinda medios de compra más abundantes y, en consecuencia, abre un mercado para los productos de todas las demás ramas, mientras que el estancamiento de un canal de manufactura o de comercio se siente en todo el resto<sup>63</sup>.

Los nacionalistas económicos de los países ricos se indignan cuando leen que los chinos, los indios, los brasileños o los ghaneses se están enriqueciendo. Después de todo, si los más pobres se enriquecen, ¿debe de ser que los más ricos se empobrecen! Pero eso no solo es desagradable y mezquino, sino que además se basa en un razonamiento equivocado. Los canadienses (o los alemanes, los daneses, los estadounidenses, los japoneses y quien sea) no deberían enfurecerse si los chinos o los indios se vuelven más ricos; si comercian con ellos, es ventajoso para ellos que sus clientes puedan pagar más por los productos que les ofrecen. Y lo mismo puede decirse de los coreanos y keniatas, los habitantes de Virginia y los de Vermont, los agricultores y los trabajadores fabriles.

Si todas las interacciones económicas fueran interacciones de suma cero, los intereses de las naciones serían irreconciliablemente opuestos. Y si así fuera, el conflicto sería inevitable. Huntington podría haber tenido razón. Pero estaba equivocado<sup>64</sup>.

## ¿El imperialismo mercantilista es una propuesta ganadora?

Si bien unas pocas voces se alzaron contra la guerra y el imperio a lo largo de los tiempos, no hubo, por desgracia, una condena generalizada de la práctica de invadir otros países, esclavizar a sus habitantes y confiscar sus bienes. La creciente conciencia de las ventajas del comercio basado en las libertades individuales y del perjuicio que la injusticia y la violencia ocasionan a quienes las cometen, fue la que sentó las bases de una crítica ética de la invasión y la conquista. No es extraño que el filósofo moral que publicó *La teoría de los sentimientos morales* en 1759 condenara más tarde la “insensatez e injusticia” de la colonización europea en su libro de 1776:

La insensatez y la injusticia parecen haber sido los principios que rigieron y dirigieron el primer proyecto del establecimiento de esas colonias; la insensatez de ir a la caza de minas de oro y plata, y la injusticia de codiciar la posesión de un país cuyos inofensivos nativos, lejos de haber dañado alguna vez a las gentes de Europa, recibieron a los primeros aventureros con todos los gestos de bondad y hospitalidad posibles<sup>65</sup>.

Adam Smith comprendía que el imperialismo “no paga”, por lo menos para la mayoría de la gente, y que el costo total de los imperios es mucho, pero mucho mayor que la suma de todos los beneficios que puedan cosechar. El filósofo moral y economista escocés señaló que, más allá de las injusticias ocasionadas, tales aventuras militares e imperios les cuestan mucho más a los contribuyentes que la suma de todos los beneficios posibles.

Se ha establecido un gran imperio con el único fin de erigir una nación de clientes que se vean obligados a comprar, en las tiendas de nuestros diversos productores, todos los bienes que estos puedan proveerles. En nombre de esa pequeña mejora de precio que ese monopolio podría proporcionar a nuestros productores, los consumidores internos han asumido la carga de todo el gasto que implica mantener y defender el imperio. Para ello, y nada más que para ello, en las últimas dos guerras, se gastaron más de doscientos millones y se contrajo una deuda de más de ciento setenta millones, además de todo lo gastado con el mismo propósito en guerras anteriores. El interés de esa deuda, por sí mismo, no solamente excede todas las ganancias extraordinarias que el monopolio del comercio colonial hubiese podido aspirar a tener, sino que también es superior al valor total de ese comercio o al valor total de los bienes que, en promedio, se han exportado anualmente a las colonias<sup>66</sup>.

En realidad, el colonialismo y el imperialismo, así como las guerras de conquista y subyugación que conllevaron, *no* beneficiaron a los habitantes de los países colonizadores, es decir, a quienes pagaron los impuestos, abastecieron a los ejércitos y sobrellevaron la carga del imperio. Por supuesto que hubo beneficiarios: los contratistas y proveedores de la guerra, los administradores burocráticos y los virreyes, los acreedores de monopolios comerciales y tierras robadas, los traficantes de bienes saqueados y trabajo forzado. Pero sus ganancias fueron minúsculas en comparación con las pérdidas impuestas a los

sufridos contribuyentes del país colonizador y a los habitantes conquistados de las colonias. Como señaló Adam Smith, el mero interés sobre la deuda contraída para financiar las fuerzas militares en acción excedió el valor del comercio generado. Desde una perspectiva general, fue una propuesta perdedora<sup>67</sup>.

En un comentario sobre el disparate cometido por el Imperio Británico, sugirió con sorna un método muy distinto, menos destructivo y costoso, para satisfacer a los depredadores involucrados. Sería mucho mejor darles sin más a quienes lucran con el conflicto bélico la misma suma que habrían obtenido con la guerra y el imperio, por una pequeña fracción del costo de la guerra real, y ahorrarle al resto de la sociedad la pesada carga de luchar y morir:

Desafortunadamente, tenemos una clase —la más influyente de todas, además— que lucra con esas guerras lejanas o con el pánico interno a una invasión francesa. ¿Cómo podría perdurar su aristocracia sin ese gasto en guerras y armamento? ¿No podría arribarse a una solución menos costosa e inhumana para solventarla? Cuando hablo con el ministro Rouher de reducir los aranceles y pasamos a conversar de alguna pequeña industria que emplea a algunas personas y un pequeño capital, y que reclama más protección, suelo sugerirle que, en lugar de interferir con el comercio del país para alimentar y vestir a esos pequeños intereses creados, más le valdría retirarlos de sus poco rentables ocupaciones, conseguirles unas elegantes habitaciones en el Hotel Louvre y hacer que se deleiten con carne de venado y champaña a expensas del país por el resto

de sus días. ¿No se podría llegar a un acuerdo similar con los hijos menores de nuestra aristocracia en lugar de financiarlos con el proceso más costoso de todos: el de la guerra y sus preparativos?<sup>68</sup>

En 1858, John Bright, otro fundador del movimiento por el libre mercado en Inglaterra y, al igual que Cobden, miembro antiimperialista del parlamento, comparó al Imperio Británico y sus guerras con un sistema de asistencia social (“ayuda social externa”) para los ricos.

No existe actuario que pueda calcular cuánto de la riqueza, la fortaleza ni la supremacía de las familias terratenientes de Inglaterra proviene de una participación non sancta en el fruto del trabajo de la gente, que les fuera arrebatado por medio de todos los recursos impositivos y dilapidado en todos los crímenes que pudiera cometer un gobierno. Cuanto más se examine el tema, con más certeza se llegará a la conclusión a la que he llegado yo: que esta política exterior, este respeto por “las libertades de Europa”, esta preocupación por “los intereses protestantes”, este amor excesivo por el “equilibrio de poder” no es más ni menos que un gigantesco sistema de ayuda social externa para la aristocracia de Gran Bretaña<sup>69</sup>.

Algunos ingleses, como los que prestaban servicios al ejército y hasta “los hijos menores de la aristocracia” que zarpaban hacia su destino de gobernadores coloniales u oficiales militares, se beneficiaban a expensas tanto de los colonizados como del resto de la población británica. Pero no hay duda de

que el pueblo de Gran Bretaña, en su conjunto, no se benefició. Todo lo contrario: tras un riguroso análisis del gasto, la inversión, los impuestos y demás finanzas del Imperio Británico, en su estudio *Mammon and the Pursuit of Empire: The Economics of British Imperialism*, Lance E. Davis y Robert A. Huttenback concluyeron que

sin duda, los británicos, en su conjunto, no se vieron beneficiados económicamente con el Imperio, como sí lo hicieron determinados inversores. En el Imperio en sí, el grado de beneficio dependía de a quién se le preguntara y del cálculo que se hiciera. Para las colonias de asentamientos blancos, la repuesta es inequívoca: pagaron poco y recibieron mucho. Los colonos blancos, cuando los había, casi con certeza también salieron favorecidos. En cuanto a la población autóctona, si bien se le daba una canasta de productos del gobierno a precios verdaderamente mayoristas, no hay indicios de que, de haber tenido libertad de elección, hubieran comprado precisamente los productos ofrecidos, aun a precio de oferta<sup>70</sup>.

El imperialismo no favorece económicamente a la población de la potencia colonial en su conjunto, aunque debe favorecer a algún subgrupo de dicha población o, de lo contrario, no hubiera continuado. Los beneficiados son una muy pequeña minoría de la población, y sus ganancias son ínfimas en comparación con las pérdidas que sufren los demás. Los ingenuos supuestos de demasiada gente, tanto a la izquierda como a la derecha, sostienen que “si alguien gana, es porque otro

pierde"; "si alguien pierde, es porque otro gana", y "lo que se gana de un lado, se pierde del otro". Esos supuestos son falsos.

Estamos rodeados de lo que los científicos sociales llaman juegos de suma positiva, y que, para la mayoría de la gente, son situaciones en las que todos ganan, en las que ambas partes de una transacción se ven beneficiadas. Cuando un cliente le compra algo a un comerciante, le dice "gracias". Quien crea que el mundo es un juego de suma cero se sorprendería al oír que el comerciante y el cliente se dicen "gracias" mutuamente. Ninguno de ellos pierde para hacerle un favor al otro. Lo que gana uno no se equilibra con lo que el otro pierde: ganan los dos. La suma de los beneficios no es cero sino un valor positivo. Esas transacciones están por todas partes, pero son pocos los que toman nota alguna vez del doble "gracias" de los intercambios voluntarios de suma positiva.

Aún existe otra clase de interacción, conocida como juego de suma negativa. También es posible, en casos de conflicto, no solamente que una parte pierda, sino que las pérdidas sobrepasen largamente a las ganancias, e incluso que ambas partes resulten perdedoras. (Para aclarar esto, debe advertirse que un juego de suma negativa puede incluir a ganadores netos. Un ladrón que apuñala a alguien para robarle dinero puede obtener US\$10, pero la víctima no pierde solo US\$10, sino su vida. Uno obtiene una ganancia escasa imponiéndole al otro una pérdida absoluta. También puede suceder que ambos pierdan, si, por ejemplo, pelean y los dos resultan muertos o gravemente heridos, todo en un conflicto por US\$10 que el ladrón esperaba robar.)

Alguna vez, las incursiones vikingas reportaron a los saqueadores embarcaciones repletas con el botín obtenido. La Flota de Indias trajo metales preciosos —extraídos de la tierra por mano de obra esclava— a España desde las colonias reales; eso al menos enriquecía a la corte (aunque resultó desastroso para el país en general). En algún momento, los piratas fueron una gran amenaza para quienes se aventuraban al mar. Pero el mundo cambió. En el caso de las incursiones militares de los últimos dos siglos, los perjuicios impuestos a los pueblos colonizados *no* derivaron en ganancias para las poblaciones —consideradas en conjunto— de los países cuyos Estados se involucraron en aventuras imperiales. Ciertamente, hubo ganadores netos (los intereses especiales que suministraban pertrechos a la milicia, por ejemplo), pero las ganancias eran mucho menores que las pérdidas, no solo para los colonizados u ocupados, sino también para el pueblo de la potencia de ocupación. Y en el caso de las guerras globales, como la Primera y Segunda Guerra Mundial, las pérdidas para ambas partes fueron inauditas. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, Europa y gran parte de Asia estaban en ruinas, y las poblaciones de ambos continentes padecían racionamiento de alimentos e incluso hambrunas. Son la paz y el comercio, y no la guerra, los que proporcionaron la base para las recuperaciones económicas posteriores al conflicto<sup>71</sup>.

Los más firmes oponentes al imperialismo y las incursiones militares en el extranjero, ya sea en Francia, Inglaterra o Alemania, fueron los más comprometidos defensores del libre comercio. El primer ganador del premio Nobel, Frédéric Passy, fue un destacado economista partidario del libre comercio, fundador de la Sociedad Francesa para el Arbitraje

Internacional, y amigo y colaborador de Richard Cobden y John Bright. El famoso activista por la paz explicó que:

a pesar de demasiadas lamentables excepciones, la tendencia prevalente es la regla de la armonía y el acuerdo universal, que tan bien expresa la idea sublime de la unidad y la fraternidad de la raza humana. La primavera de ese movimiento es el intercambio. Sin intercambio, los seres humanos y pueblos enteros son hermanos perdidos que se convierten en enemigos. A través del intercambio, estos aprenden a amarse unos a otros. Sus intereses los reconcilian, y esa reconciliación los ilumina. Sin intercambio, cada uno se queda en su rincón, separado de todo el mundo, de algún modo expulsado del conjunto de la creación (...) La doctrina de la prohibición y la restricción no solo predica el aislamiento y la desolación, sino que también condena a la humanidad a la enemistad y el odio<sup>72</sup>.

Passy dedicó su obra a promover la libertad de comercio y las instituciones de arbitraje internacional como instrumentos para fomentar la paz y evitar la guerra.

Lo que ocurría con los críticos de la guerra y el imperio en Europa también se aplicaba a los críticos de las ambiciones y proyectos del imperialismo estadounidense. La Liga Antiimperialista fundada en 1898 estaba formada por líderes empresariales, escritores y académicos para oponerse a las incursiones militares de Estados Unidos. Uno de sus miembros, el profesor de Yale William Graham Sumner, en su famoso ensayo de 1898 "La conquista de Estados Unidos por España", sostenía

que, aunque Estados Unidos había derrotado militarmente al Imperio Español y se había apoderado de Guam, Puerto Rico y las Filipinas, en realidad habían sido los principios de dicho imperio los que habían conquistado a Estados Unidos.

Al concluir su emotiva denuncia del imperialismo y la guerra, Sumner expresó: “Hemos derrotado a España en un conflicto militar, pero estamos sujetos a que este país nos conquiste en el campo de las ideas y políticas. El expansionismo y el imperialismo no son más que las viejas filosofías de la prosperidad nacional que llevaron a España al lugar donde ahora se encuentra. Esas filosofías apelan a la vanidad y la codicia nacionales. Son seductoras, especialmente a primera vista y aplicando el más superficial de los juicios, y, por lo tanto, es innegable que producen un efecto popular muy fuerte. Son espejismos y nos llevarán a la ruina, a menos que seamos los suficientemente realistas como para resistirlos”<sup>73</sup>.

### **¿Qué sucede con la “Guerra por petróleo (y otros recursos)”?**

Una verdadera ocupación colonial es mucho más inusual en la actualidad (aunque aún hay ejemplos), pero no es inusual escuchar, en numerosos países, a personas que afirman que el derrocamiento de gobiernos extranjeros, el uso de la fuerza militar y la amenaza de declaración de guerra, y otros ejercicios de poder gubernamental que exceden las fronteras nacionales son necesarios para obtener recursos. Es una inversión de la lógica mercantilista clásica refutada los economistas una y otra vez. Las autoridades en ocasiones argumentan que una guerra debe librarse por razones económicas. En la era actual,

sostienen que deben emplearse sangre y dinero para lograr el acceso al petróleo. En 1990, el entonces secretario de Estado, James Baker, testificó ante el Congreso de Estados Unidos para apoyar el inicio de la Guerra del Golfo Pérsico contra el régimen de Saddam Hussein. Apuntó a “los efectos sobre nuestra economía” y afirmó que:

no se trata de aumentos en el precio del litro de combustible en la gasolinera local. No se trata simplemente de una cuestión limitada al caudal de petróleo proveniente de Kuwait e Irak. Se trata, más bien, de un dictador que, actuando en solitario y sin nadie que lo desafíe, podría ahogar el orden económico global y determinar por decreto si todos nosotros entramos en una recesión o incluso en la sombra de una depresión<sup>74</sup>.

Uno de sus predecesores, Henry Kissinger, había advertido previamente en *Los Angeles Times* que el dictador de Irak, Saddam Hussein, tenía “la capacidad de provocar una crisis económica mundial”<sup>75</sup>. El tema del acceso al petróleo volvió a plantearse en la segunda invasión a Irak encabezada por Estados Unidos. Entre otros fracasos, quienes apoyaron el inicio de una guerra por el petróleo se equivocaron en su comprensión de economía básica.

William Niskanen, en ese entonces presidente del Cato Institute, ex miembro del Consejo de Asesores Económicos del presidente Reagan y distinguido economista académico, afirmó, en un debate público con el ex director de la CIA James Woolsey:

En 1991 como en 2001, el petróleo no vale la pena una guerra. El petróleo sirve a los intereses de quien sea que lo controle, solo si nos los vende a nosotros y a otros en el mundo. Y los intereses nacionales de Estados Unidos son independientes de la cuestión de quién es dueño de ese petróleo, con la excepción de la cuestión relativa a la riqueza de ese país. Ahora ese sería el caso si se tratara de semillas de soja, en lugar de petróleo, y es independiente de si importamos mucho petróleo o si fuéramos exportadores. El precio del petróleo en Japón es el mismo que en Gran Bretaña, de donde Japón importa todo su petróleo, ya que Gran Bretaña se autoabastece ampliamente. Tenemos un mercado mundial para este producto (...) De modo que el petróleo no vale una guerra. No lo valía en 1991 y no lo vale ahora<sup>76</sup>.

Niskanen tenía razón. El petróleo es una materia prima y tiene un precio global. Incluso los dictadores psicóticos se dan cuenta de que, si no lo venden, su valor es escaso o nulo. De hecho, enemigos declarados de Estados Unidos, como el fallecido dictador venezolano Hugo Chávez, comprendieron eso y vendieron la mayor parte de la producción la empresa petrolífera estatal a compradores estadounidenses.

Pero digamos que el caudal de petróleo o de algunos otros recursos se redujera. ¿Qué pasaría entonces? Pues bien, la economía nos aclara dos puntos importantes.

1. Las fuerzas armadas también son costosas. En realidad, es casi invariablemente mucho más costosa que cualquier deterioro en el bienestar debido a restricciones de suministros

por parte de gobiernos extranjeros. Los defensores de la intervención militar asumen que esas fuerzas armadas son gratuitas. No lo son<sup>77</sup>.

2. Los individuos que interactúan en los mercados ya han descubierto mecanismos para manejar las reducciones de suministros, principalmente el mecanismo de los precios; los precios brindan incentivos para asignar los bienes, entre usos que compiten entre sí, al uso de máximo valor (cuando los precios aumentan, “economizamos” en el uso de los recursos escasos); el aumento de los precios no solo incentiva la conservación del recurso, sino que también aumenta la oferta y el cambio por productos sustitutos (en el caso del petróleo, los sustitutos incluyen gas natural, energía hidráulica, energía solar y otras formas de energía). Depender de los mercados es mucho, pero mucho menos costoso que recurrir a la fuerza militar<sup>78</sup>.

Por supuesto, el pensamiento mercantilista y la falta de consideración de los costos de las intervenciones militares no son exclusivos del gobierno estadounidense. Políticas similares llevaron a la ruina a la Unión Soviética (cada nuevo estado satélite se agregaba al imperio e imponía penosas cargas sobre la potencia imperialista), y la República Popular China ha pagado, durante algunos años, primas sustanciales por acceder al petróleo y otras materias primas. La política ha sido bastante costosa para los contribuyentes chinos, dado que el Estado paga más que el precio de mercado (sin contar los estímulos adicionales para los responsables de las decisiones políticas en otros países) y luego subsidia el uso de tales recursos para empresas estatales que generan pérdida<sup>79</sup>.

El gobierno de Francia ha trabajado, durante varias décadas, para obtener concesiones especiales destinadas a firmas comerciales de ese país en África Occidental; tales concesiones surgen a expensas de los consumidores africanos y los contribuyentes franceses. El mencionado gobierno procuró beneficiar a empresas de titularidad francesa a través del mantenimiento del franco CFA (sigla cuyo significado original fue *Colonies françaises d'Afrique*, entre 1945 y 1958; luego *Communauté française d'Afrique*; y posteriormente, después de la independencia de las colonias francesas, *Communauté Financière Africaine*), de ayuda externa (una carga para los contribuyentes franceses, ya que la ayuda externa de Estados Unidos es para los contribuyentes estadounidenses y la ayuda externa de China es para los contribuyentes chinos), y del apostamiento de las fuerzas armadas francesas y la intervención militar periódica. Los beneficiarios netos no son “los franceses”, son los intereses favorecidos que se benefician a expensas del resto de la población francesa. Como el entonces presidente francés Nicolas Sarkozy deslizó en una conversación (que fue escuchada por periodistas) con el presidente electo de Togo, Faure Gnassingbé (quien había sido elegido con el apoyo de Francia), “cuando eres amigo de Francia, tienes que pensar en empresas francesas”. El mensaje fue inequívoco y permitió dar un vistazo al mundo del amiguismo moderno<sup>80</sup>.

De manera similar, el gobierno ruso, durante la administración del presidente Putin, buscó crear favores a las empresas rusas, tanto estatales como privadas, mediante una agresiva política exterior que incluyó invasiones a países vecinos y la incorporación de territorio, así como la creación de una “Unión Aduanera Euroasiática”. El resultado ha sido perjudicial para

los consumidores y contribuyentes rusos, pero beneficioso para los propietarios y gerentes de las empresas cercanas al Kremlin, especialmente para los “siloviki” (ministerios de Defensa, Interior y Seguridad rusos), que proporcionan la fuerza y el respaldo para el régimen cada vez más autoritario de ese país<sup>81</sup>.

El libre intercambio es una forma mucho más satisfactoria de obtener acceso a recursos que el ejercicio del poder estatal en cualquier de sus formas. El mercantilismo, el imperialismo y el militarismo benefician a intereses particulares limitados, pero estos son contrarios al interés público. Esos sistemas son propuestas perdedoras.

### **Falacias económicas y relaciones internacionales**

Frédéric Bastiat, uno de los grandes paladines de la paz y la libertad, y uno de los mayores exponentes de los valores del liberalismo clásico, anunció una misión clave de la economía política libertaria: explicar que el comercio es mutuamente beneficioso, mientras que la guerra es mutuamente destructiva.

Nuestra misión es luchar contra este falso y peligroso sistema de economía política que considera que la prosperidad de una persona es incompatible con la prosperidad de otra, lo cual equipara al comercio con la conquista, y al trabajo productivo con la dominación explotadora. En tanto tales ideas sigan teniendo aceptación, el mundo jamás tendrá un día de paz. Más aún, la paz sería una idea incoherente y absurda<sup>82</sup>.

La persistencia de teorías completamente desacreditadas tales como la de la “balanza comercial” —la idea de que “el

comercio de una nación es ventajoso en la proporción en que sus exportaciones superen sus importaciones”<sup>83</sup> — ha causado un gran perjuicio al mundo. Rechazar doctrinas espurias no es una cuestión de ideología política, sino de un sólido criterio económico, independientemente de la visión que se pueda tener del mundo. Como sostenía Paul Krugman, economista especializado en comercio:

El conflicto entre naciones, que tantos intelectuales políticos imaginan como algo predominante, es una ilusión, pero una ilusión tal que puede destruir la realidad de obtener ganancias mutuas derivadas del comercio.<sup>84</sup>

Resulta asombroso el mero desconocimiento de los nacionalistas económicos y sus propuestas mercantilistas, de personas que insisten en que los países en desarrollo más pobres son una amenaza para los países desarrollados, o viceversa, porque unos u otros atraerán simultáneamente inversión extranjera neta *y además* se llevarán los superávits comerciales<sup>85</sup>. Tenemos la esperanza de que tal desconocimiento disminuya ante un sólido análisis económico, y de que no debamos esperar mucho más hasta el día previsto por Jean-Baptiste Say:

Llegará el día, tarde o temprano, en que las personas se pregunten cuál es la necesidad de tomarse tanto trabajo para exponer la insensatez de un sistema, tan infantil y absurdo, y que, sin embargo, tan a menudo debe imponerse a punta de bayoneta<sup>86</sup>.

## Los bienes no pueden cruzar las fronteras, pero los ejércitos sí

La libertad de comercio e inversión genera paz entre las naciones. No elimina la posibilidad de la guerra entre Estados, pero sí la reduce, y ese es un logro que vale la pena. Desde hace mucho tiempo, los liberales clásicos han relacionado la paz y el comercio. Como afirmó el liberal clásico alemán John Prince-Smith en 1860:

La interconexión internacional entre los intereses derivados de la libertad de comercio es el medio más eficaz para evitar las guerras. Si hubiéramos progresado hasta el punto de ver un buen cliente en cada extranjero, habría una inclinación mucho menor a dispararle<sup>87</sup>.

Ahora comprendemos mejor la fuerte conexión positiva, no solo entre la paz y la libertad de comercio, sino incluso entre la paz y el volumen del comercio. A mayor flujo de comercio e inversiones transfronterizo, menor será la posibilidad de una guerra.

En 1748, el filósofo y pensador político francés Montesquieu señaló, en su influyente libro *El espíritu de las leyes*, que

el efecto natural del comercio es conducir a la paz. Dos naciones que comercian entre sí dependen recíprocamente la una de la otra; si una tiene interés en comprar, la otra tiene interés en vender, y todas las uniones se basan en necesidades mutuas<sup>88</sup>.

Tal como Solomon W. Polachek y Carlos Seiglie concluyeron luego de estudiar conflictos: “Las naciones que comercian

cooperan más y contienden menos. Una duplicación del comercio lleva a una disminución de la beligerancia de un 20 por ciento<sup>89</sup>. El comercio transfronterizo —y especialmente la inversión transfronteriza— hace que a la gente le interese mantener la paz. Quienes tienen *más* relaciones comerciales o inversiones transfronterizas de manera continua estarán *menos* inclinados a apoyar una guerra contra sus clientes y socios comerciales. Cuanto más dependa el sustento de la gente del mantenimiento del comercio, mayor será su apoyo a la paz, dado que habrá más voces que se alcen contra la interrupción de esas valiosas relaciones. Y cuanto mayor sea el volumen de las inversiones transfronterizas, más respaldo tendrá la paz, por la muy comprensible razón de que a nadie le gusta ver cómo sus pertenencias son bombardeadas y destrozadas<sup>90</sup>.

Como es de amplio conocimiento, la absurda y destructiva política de “proteccionismo comercial” (es decir, levantar barreras al comercio para “proteger” a los productores internos existentes) de la década de 1930 contribuyó sustancialmente tanto a la Depresión como a la guerra mundial subsiguiente<sup>91</sup>. De hecho, esto fue pronosticado por los 1.028 economistas estadounidenses que firmaron una petición contra las restricciones comerciales extremas impuestas sobre más de veinte mil productos importados que fueron aprobadas por el Congreso en 1930. Este golpe a los consumidores (y exportadores) desató una ola de proteccionismo en todo el mundo, profundizó y amplió la Depresión en Europa y Estados Unidos, llevó al colapso del comercio mundial, y ayudó a preparar el terreno para la guerra. Las palabras finales de la petición fueron: “Una guerra de tarifas no proporciona un suelo adecuado para el crecimiento de la paz mundial”<sup>92</sup>. Y así fue.

Después de los horrores de la Segunda Guerra Mundial, Harry Truman, presidente de Estados Unidos, observó en 1947:

En este momento en particular, el mundo entero está concentrando gran parte de sus pensamientos y energía en alcanzar los objetivos de paz y libertad. Tales objetivos están completamente ligados a un tercer objetivo: el restablecimiento del comercio mundial. De hecho, los tres —paz, libertad y comercio mundial— son inseparables. Las duras lecciones del pasado lo han comprobado.

En ese discurso, el presidente Truman mencionó que “a medida que se libraba cada batalla de la guerra económica de los treinta, el resultado trágico inevitable se hacía cada vez más evidente”<sup>93</sup>.

## **Una visión ancestral**

La comprensión de que el comportamiento pacífico y el comercio están conectados data de mucho tiempo atrás. En el Canto IX de la *Odisea*, el poeta griego Homero describe a los Cíclopes, que comen a quienes llegan a su isla, como salvajes. Carecen de las instituciones de la civilización, en particular, la deliberación, las leyes y el comercio.

No tienen ágoras donde se reúnan para deliberar, ni leyes tampoco,  
sino que viven en las cumbres de los altos montes,  
dentro de excavadas cuevas,  
cada cual impera sobre sus hijos y mujeres,  
y no se entretienen los unos con los otros.  
...

Pues los Cíclopes no tienen naves de rojas proas,  
ni poseen artífices que se las construyan de muchos bancos,  
como las que transportan mercancías a distintas poblaciones  
en los frecuentes viajes que los hombres efectúan por  
mar yendo los unos en busca de los otros<sup>94</sup>.

El debate, la discusión, la crítica, el comercio, los viajes, las inversiones y otros elementos de las sociedades libres no hacen que las guerras sean imposibles, pero sí mucho menos probables. Limitan y reducen la violencia salvaje. Y hay mucho para decir sobre eso.

### **¿Quién decide?**

Los liberales clásicos siempre han comprendido que es ingenuo y superficial asumir que las guerras libradas por las élites gobernantes son, de algún modo, ventajosas para las poblaciones regidas por los Estados beligerantes. El historiador Parker T. Moon lo dijo muy claramente en su libro *Imperialismo y política mundial*:

El lenguaje a menudo oscurece la verdad. Más de lo que normalmente advertimos, los trucos de la lengua ciegan nuestros ojos a los hechos de las relaciones internacionales. Cuando usamos el bisílabo “Francia”, pensamos en este país como una unidad, una entidad. Para evitar una repetición incómoda, usamos un pronombre personal para referirnos a un país — cuando, por ejemplo, decimos “Francia envió sus tropas a conquistar Túnez” — y atribuimos no solo unidad sino también personalidad a ese país. Las mismas palabras ocultan los hechos y convierten a las

relaciones internacionales en un glamoroso drama en el cual las naciones personalizadas son los actores, y, con demasiada facilidad, olvidamos que los hombres y mujeres de carne y hueso son los verdaderos actores. ¡Qué diferente sería si no tuviéramos una palabra como “Francia” y, en cambio, debiéramos decir “treinta y ocho millones de hombres, mujeres y niños con diversos intereses y creencias, que habitan los 565.000 kilómetros cuadrados de territorio”! Así podríamos describir la expedición a Túnez con mayor precisión diciendo algo así como: “Algunos de estos treinta y ocho millones de personas enviaron a otros treinta mil a conquistar Túnez”. Esta forma de explicar el hecho inmediatamente sugiere una pregunta o, mejor dicho, una serie de preguntas. ¿Quiénes son esos “algunos”? ¿Por qué enviaron a los treinta mil a Túnez? ¿Y por qué esos treinta mil obedecieron?

No son “naciones” sino hombres los que construyen un imperio. El problema que se nos plantea es descubrir a los hombres, a las minorías activas e interesadas de cada nación, las que están directamente interesadas en el imperialismo, y luego analizar las razones por las cuales las mayorías pagan los costos y libran las guerras que necesita la expansión imperialista<sup>95</sup>.

Decir que “el País X libró una guerra o envió soldados a invadir el País Y” es, en el mejor de los casos, una abreviatura de las complejas actividades detrás de una guerra; de hecho, cierto grupo de personas del País X tomó decisiones con serias consecuencias para otros, y la tarea de un científico social serio es comprender cómo y por qué se tomaron esas decisiones y

por qué otros las llevaron a cabo. La guerra es una decisión, al menos para la parte agresora. El intento de sumar a todas las personas, todos los intereses y todas las opiniones de un país y unirlos en un solo agente orgánico que toma decisiones no solo es un ejemplo de sinsentido místico, sino que, peor aún, nos hace perder de vista todas las preguntas importantes de la ciencia política. Sin embargo, ese es el enfoque que adoptan demasiados comentaristas, analistas e ideólogos de la guerra y el conflicto. No logran comprender las cuestiones involucradas porque son colectivistas no solo en relación a la moralidad, sino también a los métodos de la ciencia social. Piensan que un país, que está conformado por una enorme cantidad de individuos diferentes y sus relaciones complejas (familias, conexiones, partidos políticos, empresas, afiliaciones religiosas, y así sucesivamente), es un solo individuo similar a todos los individuos que la componen<sup>96</sup>. Ese es un pensamiento carente de rigurosidad que trae serias consecuencias.

Las decisiones se adoptan; no son algo que simplemente sucede. Respondemos a incentivos, pero también estamos motivados por ideas. Las ideas insensatas respaldan políticas insensatas que crean incentivos perversos, e incluso catastróficamente peligrosos.

Si deseamos la paz, debemos defenderla. Si se hace una defensa de la guerra, tal defensa debe objetarse. No existe tal cosa como estar "indeciso" sobre la guerra. Es una decisión binaria. Si no estamos a favor, entonces debemos estar en contra; en la misma guerra no existe neutralidad. La destrucción causada por una guerra, la pérdida de vidas inocentes y el desperdicio que esto implica, crean una presunción extremadamente

elevada en contra de iniciar una guerra. Además, si deseamos que otros quieran la paz, no solo debemos expresarnos a favor de ella, sino combatir las falacias sobre “choques de civilizaciones”, “conflicto económico”, “proteccionismo” y la visión mundial de suma cero, así como apoyar activamente a las instituciones que crean incentivos para la paz, especialmente la libertad de comercio, el viaje, la inversión, y los derechos democráticos de libertad de expresión y crítica a la política gubernamental.

El desafío que propone el historiador Parker T. Moon, de “analizar las razones por las cuales las mayorías pagan los costos y libran las guerras”, es también nuestro desafío. Y cuando comprendamos esas cuestiones, deberemos defender lo que es correcto: la filosofía, la política económica, las instituciones, las políticas y la concreción de un mundo pacífico de cooperación voluntaria.



# 7.

## **El temor a la guerra de la Ilustración estadounidense**

*Por Robert M. S. McDonald*

¿Cómo llegó la gente a ver la guerra no como una oportunidad para la gloria, no como el primer recurso, sino como el último? ¿Cuál es el origen del principio de control civil del ejército? ¿Qué papel tuvo la Ilustración de Estados Unidos en el proceso y quiénes fueron las figuras clave? Robert M. S. McDonald es profesor asociado de la Academia Militar de Estados Unidos y académico adjunto del Cato Institute. Publicó muchos trabajos en publicaciones académicas y libros sobre el período de fundación de Estados Unidos y es una autoridad en la vida y las ideas de Thomas Jefferson.

---

Alguna vez, la guerra era algo que se daba por sentado. Era una parte normal e incluso positiva de la vida. De hecho, se celebraba. No solo en un pasado lejano, sino también recientemente. Winston Churchill, un reconocido estadista británico, famoso por hacerle frente a la tiranía nacionalsocialista durante la Segunda Guerra Mundial, se había ufanado de haber participado en “un montón de pequeñas guerras contra pueblos bárbaros”. Según señaló: “Avanzábamos sistemáticamente, aldea

por aldea, y destruíamos las casas, rellenábamos los pozos de agua, derribábamos las torres, talábamos los árboles que daban sombra, quemábamos los cultivos y quebrábamos los reservorios, devastando punitivamente”<sup>97</sup>.

Cuando se desató la Primera Guerra Mundial, las multitudes celebraban en las calles de las capitales de Europa. La guerra se festejaba en pos de la gloria nacional. También se celebraba por sus supuestos beneficios económicos: el supuesto “estímulo” que ofrece desviando los recursos productivos hacia la fabricación de armas y otros instrumentos de destrucción. (Si alguien cree que la falacia de que las ventanas rotas y las vidas destruidas pueden darle impulso a la economía es algo del pasado, tengan en cuenta que Paul Krugman, del *New York Times* deseó tontamente una invasión alienígena para “estimular” la economía de Estados Unidos<sup>98</sup>).

Actualmente, si bien la mayoría aceptaría que enfrentarse bélicamente con un enemigo puede ser necesario para defender nuestro país o nuestros derechos contra la agresión, la lucha armada, sin duda, no es deseable en sí misma. La guerra es generalmente vista como el último recurso —no el primero—, y como una amenaza a la vida, la libertad y la prosperidad. Esta actitud más moderna respecto de la guerra tiene su raíz en la ilustración, un período de profunda reflexión sobre las relaciones entre los seres humanos, que incluyó una reevaluación de la guerra, que pasó a verse como un tipo negativo de interacción humana, que rara vez servía para ennoblecer, civilizar o beneficiar a quienes peleaban o a las naciones por las que peleaban. Thomas Jefferson escribió en 1797: “Aborrezco la guerra, y creo que es el mayor mal de la humanidad”<sup>99</sup>.

Como sugiere la afirmación de Jefferson, la reevaluación que hizo la Ilustración de la guerra fue especialmente profunda entre los pensadores que promovieron la Revolución de Estados Unidos, pelearon por la independencia de las colonias británicas en América del Norte y fundaron la República de Estados Unidos. La sentencia de Benjamin Franklin de “que nunca ha habido ni habrá algo como una buena guerra o una mala paz” era cierta cuando las provocaciones eran tenues y pasajeras<sup>100</sup>. Incluso cuando no —y cuando la guerra parecía algo necesario— los fundadores de Estados Unidos entendieron que la guerra tenía el potencial de promover la libertad, pero también de ponerla en peligro. El conflicto armado puede ser necesario para garantizar la libertad y la independencia, pero sus efectos pueden ser perniciosos. James Madison advertía: “De todos los enemigos a la libertad pública, la guerra es tal vez el que más debe temerse, ya que incluye y desarrolla el germen de todos los demás”. La guerra, advertía Madison, podía ser un instrumento de intereses especiales. Era “la madre de los ejércitos”, las costosas instituciones que generaban “deudas e impuestos”, y se unía a ellos para constituir “los instrumentos para someter a muchos al dominio de unos pocos”. Además, en épocas de conflicto, el poder discrecional del Ejecutivo se extiende; se multiplica su influencia para entregar cargos, honores y emolumentos; y todos los medios para seducir las mentes se suman a los de someter la fuerza del pueblo<sup>101</sup>. Como la guerra podía hacer tanto para aumentar el poder del gobierno, también podía hacer mucho para reducir la libertad de las personas.

Aun así, el propósito del gobierno, según se indica en la Declaración de Independencia, era garantizar la libertad individual. Son

famosas las “verdades manifiestas” de que “todos los hombres son creados iguales...dotados de ciertos derechos inalienables”, como “la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad”. A continuación están las siguientes palabras importantes, no tan citadas:

...para garantizar estos derechos se instituyen entre los hombres los gobiernos, que derivan sus poderes legítimos del consentimiento de los gobernados; que cuando quiera que una forma de gobierno se vuelva destructora de estos principios, el pueblo tiene derecho a reformarla o abolirla, e instituir un nuevo gobierno que base sus cimientos en dichos principios, y que organice sus poderes en forma tal que a ellos les parezca más probable que genere su seguridad y felicidad.

En otras palabras, cuando las personas concluyen que su gobierno es destructivo para sus derechos a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad, pueden abolirlo e instituir uno nuevo para garantizar su “seguridad y felicidad”<sup>102</sup>. (Thomas Jefferson y el Congreso Continental no hablaron de gloria o siquiera de un estímulo económico). El dilema central de la Guerra de Independencia era cómo construir un ejército suficientemente poderoso como para derrotar al ejército y la marina de Gran Bretaña —la mayor superpotencia del mundo en ese momento—, pero no tan poderoso como para amenazar la libertad por la que se lanzó la Revolución. Era un interrogante que produjo una tensión creativa que redundó en controles al ejército y un equilibrio entre su capacidad para tomar acciones decisivas y su sometimiento al control civil.

Conscientes de las usurpaciones por figuras similares a Julio César y Oliver Cromwell— y prestando atención a las

enseñanzas acerca del deseo de poder inherente al ser humano de escritores clásicos como Tácito y modernos como John Trenchard y Thomas Gordon—, los miembros del Congreso Continental recurrieron a George Washington, un delegado de Virginia, como líder del Ejército Continental. Si bien muchos factores lo convertían en un candidato atractivo para el puesto, no hay que pasar por alto el hecho de que, después de adquirir experiencia militar durante la guerra franco-india, pasó la mayor parte de su vida adulta no con un uniforme, sino como civil legislador en la “Cámara de los Burgueses”, la asamblea de representantes de la Virginia colonial. La elección de Washington fue importante para crear en Estados Unidos una tradición de deferencia militar a los líderes políticos civiles, con quienes entabló una correspondencia cándida, pero cuya autoridad jamás cuestionó<sup>103</sup>.

Teniendo en cuenta la forma en la que los miembros del Congreso Continental criticaron la forma en la que Washington dirigiría la guerra, el hecho de que se haya sometido al control civil es especialmente loable. Todo indica que, casi desde el comienzo, Washington pensó que el tiempo estaba del lado de la nueva nación. Cuanto más se prolongara el conflicto, más daño se harían los británicos, alienando a la población estadounidense a través del tratamiento brusco y en ocasiones brutal que daban a los civiles. También era más probable que una guerra más prolongada socavara la voluntad del gobierno británico. Aun así, John Adams, ansioso por evitar que se prolongara el derramamiento de sangre, dijo en 1777: “Brindo por una guerra corta y violenta”. Otros estuvieron de acuerdo. Las críticas se tornaron especialmente intensas cuando las tropas comandadas por Washington no lograron evitar la ocupación

británica de Filadelfia, una derrota se volvió más embarazosa tras la victoria en Saratoga de las tropas del segundo al mando del Ejército Continental, el Mayor General Horatio Gates. Sin embargo, el paso del tiempo aumentó la aprobación de la prudencia y la moderación de Washington, al igual que el hecho de que consultara a los líderes civiles del Congreso Continental y les mostrara deferencia<sup>104</sup>.

No todos los oficiales del Ejército Continental siguieron su ejemplo. En una carta de 1782, el Coronel Lewis Nicola comunicó a Washington la opinión de muchos oficiales, que sostenían que el gobierno basado en los Artículos de la Confederación era demasiado débil como para respaldar eficazmente al ejército. Washington estaba de acuerdo, pero rechazó el argumento de Nicola de que una solución aceptable sería erigirlo como rey. Respondió que la carta generó “sentimientos dolorosos... por el hecho de que esas ideas circulen en el ejército”. La idea de que el poder militar debe ser el cimiento del gobierno, en lugar de lograr la aceptación popular y prestar servicio al pueblo garantizando sus derechos, era anatema para Washington y otras figuras de la Ilustración de Estados Unidos<sup>105</sup>.

La hostilidad hacia los líderes civiles de la nueva república volvió a surgir al año siguiente, cuando una carta anónima que circuló entre los oficiales que acampaban con el Ejército Continental cerca de Newburgh, Nueva York. La carta, que lamentaba las perspectivas pobres en términos de paga, provisiones y pensiones, exigía amenazar al Congreso si no cumplían con las demandas de los oficiales. Washington, al enterarse de la situación, convocó una reunión en la que hizo una entrada dramática, y luego – mientras desplegaba una carta que iba a leer en el encuentro – sorprendió a la audiencia poniéndose

un par de gafas, que en ese momento se tomaban como símbolo de debilidad y de vejez. “Caballeros —dijo—, permítanme ponerme los lentes, porque no solo he quedado gris, sino también casi ciego, prestando servicio a mi país”. La afirmación demostró a los oficiales hasta qué punto —un hombre que había estado en el Ejército Continental, que se negaba a aceptar una remuneración del Congreso Continental y tenía agujeros de bala en su chaqueta— ejemplificaba el ideal de virtud. Si la “Conspiración de Newburgh” representaba alguna amenaza para el control civil del gobierno estadounidense, todo riesgo se desvaneció en ese momento<sup>106</sup>.

Comparado a menudo con Cincinnatus, el guerrero-estadista del siglo V a.C. que renunció al poder tras derrotar a los enemigos de Roma, Washington renunció a su nombramiento al final de la guerra. No tuvo inconvenientes en regresar a su vida privada. En los meses posteriores a su victoria de 1781 en Yorktown, estaba ansioso por dejar la guerra atrás. “Mi primer deseo —escribió— es que esta plaga para la humanidad desaparezca de la Tierra, y que los hijos e hijas de este mundo se dediquen a cosas más placenteras inocentes que a preparar implementos y usarlos para la destrucción de la raza humana”. Esperaba que, si la guerra seguía como una tradición europea, jamás se consolidara como una estadounidense: “En lugar de pelear por el territorio, dejen que los pobres, los necesitados y los oprimidos de la tierra, y todos los que quieran tierras, recurran a la planicies fértiles de la región occidental de nuestro país, la segunda tierra prometida, y que vivan allí en paz, cumpliendo el primer y más grande mandamiento<sup>107</sup>”.

Incuso en la vida privada, los antiguos oficiales del ejército siguieron teniendo una gran influencia. Tenían un lugar

de prominencia entre el grupo de funcionarios electos y otros políticos que, en 1782, apoyaron reemplazar los Artículos de la Confederación con la Constitución. Entre los defensores de un gobierno más centralizado estaba Washington, cuya decisión de presidir la Convención Constituyente, por pedido de Madison, dotó al proceso de legitimidad y convenció a los estadounidenses escépticos de que la nueva constitución no iría en contra de la libertad. La Constitución confería importantes nuevas atribuciones al gobierno central, en especial en relación con los asuntos exteriores. Independiente de los estados, podía cobrar impuestos, reclutar y mantener un ejército, declarar guerras y ratificar tratados. Esos poderes se distribuyeron entre los poderes del gobierno federal. Por ejemplo, mientras que el nuevo presidente (que, según pensaban todos, sería Washington) era comandante en jefe, el poder de declarar guerras se delegó específicamente en el Congreso. Aunque el presidente podía negociar tratados con otras naciones, era el Senado el que tenía la potestad de ratificarlos o rechazarlos, y la Cámara de Representantes era la que designaba todos los fondos necesarios para ponerlos en práctica<sup>108</sup>.

La presidencia de Washington no generó guerras, pero sí varias controversias de política exterior. Con Gran Bretaña y Francia embarcadas en un conflicto aparentemente perpetuo, el comandante en jefe hizo lo que pudo para mantener un curso neutral. Arrastrado hacia Gran Bretaña por los federalistas y hacia Francia por los republicanos de Jefferson, Washington, al final de su presidencia, en su mensaje de despedida, pidió a los estadounidenses que “cultiven la paz y la armonía” en todo el mundo y que actúen con “buena fe y justicia con todas las naciones”. Washington insistía con la idea de que “una

nación libre, ilustrada y, en no mucho tiempo, grande” como Estados Unidos debe “ofrecer a la humanidad el ejemplo magnánimo y novedoso de un pueblo siempre orientado por una justicia y una benevolencia exaltadas”. Afirmó que “las antipatías permanentes e inveteradas contra naciones específicas, y el apego apasionado a otras, deben excluirse y reemplazarse por sentimientos justos y amistosos hacia todos”. Se preguntó por qué habríamos de tomar la tonta decisión de “atar nuestra paz y nuestra prosperidad a la ambición, la rivalidad, el interés, el humor o el capricho de Europa”<sup>109</sup>.

Los gobiernos posteriores tuvieron dificultades para estar a la altura de los ideales de Washington. Jefferson, en su discurso de asunción de 1801, prometió “justicia igual y exacta para todos los hombres, de cualquier Estado u orientación, religiosa o política” y “paz, comercio y amistad honesta con todas las naciones, y alianzas que nos enreden con ninguna”<sup>110</sup>. Sin embargo, el gobierno nacional no siempre pareció buscar la neutralidad, o incluso cumplir la Constitución —en especial en épocas de conflicto internacional. Uno de los temas que galvanizó a los partidarios de Jefferson en la elección de 1800 fue la firma del presidente John Adams en 1798 de la Ley de Sedición, una medida que daba al gobierno la potestad de encarcelar por hasta dos años a cualquier persona que “escriba, imprima, pronuncie o publique... [críticas] falsas, escandalosas y maliciosas” del presidente, del Congreso o de las leyes de Estados Unidos. Los partidarios de la medida, aprobada durante la “cuasi-guerra” no declarada con Francia, la presentaron como una manera de fortalecer a Estados Unidos contra enemigos extranjeros e internos. Es posible que Adams la haya utilizado para calmar a los “halcones” federalistas que buscaban una guerra total, que él

se había propuesto evitar. Jefferson y los demás oponentes de la Ley de Sedición la describieron como una violación clara de la Primera Enmienda, ratificada solo siete años antes, que prometía que “El Congreso no podrá hacer ninguna ley... limitando la libertad de expresión, ni de prensa; ni el derecho a la asamblea pacífica de las personas, ni de solicitar al gobierno una compensación de agravios”<sup>111</sup>.

Una vez en el cargo, Jefferson también demostró ser capaz de expandir o superar los poderes conferidos al gobierno en la Constitución, aunque siempre en formas que redujeron la probabilidad de guerras. Su embargo de todo el comercio internacional de 1807-1809 —un sistema pensando como una alternativa a la guerra y un ejercicio de “coerción pacífica” de Gran Bretaña y Francia, que cuestionaron los derechos comerciales neutrales de los estadounidenses durante las Guerras Napoleónicas— representó una interpretación muy amplia del poder del Congreso, según el inciso 8 del artículo I para “regular el comercio con naciones extranjeras”. Jefferson llegó a confesar en privado que la Compra de Luisiana de 1803 violaba la Constitución, que no confería al gobierno nacional la potestad específica de sumar territorio a Estados Unidos. Pero la medida, que duplicó el tamaño del país y evitaba la presencia en la frontera occidental de un poderoso rival europeo, le parecía necesaria para reducir la posibilidad de guerras. Temía que la posesión del territorio (y en especial del Nueva Orleans) por parte de Francia convertiría al país europeo en “enemigo natural y habitual” y pondría en riesgo la neutralidad estadounidense haciendo que Estados Unidos “se case con la flota y la nación británicas”<sup>112</sup>.

A pesar de los intentos de Jefferson de preservar la paz, su sucesor, el presidente Madison, encontró circunstancias que

hacían difícil resistirse al conflicto armado. La Guerra de 1812 contra Gran Bretaña generó consecuencias casi calamitosas para Estados Unidos, que resistió no solo invasiones sino un nivel de disenso interno que llegó a pedidos de secesión en Nueva Inglaterra. Aun así, Madison demostró ser casi único entre los presidentes de guerra, en tanto que, incluso ante estas amenazas, no tomó medidas que expandieran de manera permanente el poder del gobierno ni que amenazaran transitoriamente la libertad civil<sup>113</sup>. Según entendía Madison, la responsabilidad más básica del gobierno era usar la fuerza, si era necesario, para defender a los estadounidenses contra amenazas a su libertad. Entregar ese poder al gobierno, no obstante, podría permitirle socavar la libertad para cuya protección fue constituido.

La aguda conciencia de este dilema que mostraron Madison y otros pensadores de la Ilustración de Estados Unidos, aporta sentido a la pronunciada preferencia de la generación de la Revolución de la paz por sobre la guerra, su insistencia en el uso de poderes constitucionales divididos y otros controles, además de su apreciación por los líderes capaces de ejercer autocontrol. Lejos de ser perfectos o perfectamente coherentes en términos de su temor a la guerra (Alexander Hamilton y Aaron Burr, por ejemplo, tenían actitudes bastante convencionales respecto del uso de la fuerza) en general los hombres que se volvieron prominentes durante el movimiento de independencia estadounidense se destacan por haber tratado de evitar el conflicto internacional, sacando a la guerra de su pedestal, y por invertir un antiguo sistema poniendo el ejército bajo control de los civiles. Imaginaban el nuevo país como un “imperio para la libertad”, con la capacidad de expandirse territorialmente a través del consentimiento de colonos blancos que pedían la inclusión en una unión voluntaria

de estados libres e iguales<sup>114</sup>. (Los habitantes nativos, cuyos derechos de propiedad eran habitualmente ignorados por los líderes políticos, en general no eran consultados). Al igual que Adam Smith, David Hume, Montesquieu y los pensadores franceses conocidos como “fisiócratas”<sup>115</sup>, soñaban menos con la conquista que con el intercambio libre, que, según creían, tenía el potencial para generar no solo prosperidad, sino también conocimiento, civilización y hermandad. Thomas Paine, en *El Sentido Común* escribió que “nuestro plan es el comercio”, que, “bien cuidado, nos dará la paz y la amistad de toda Europa”. Algunos eventos posteriores moderaron el idealismo de Paine, pero, en el caso de la generación que tomó las armas y resistió grandes dificultades para lograr la independencia, solo la posibilidad de perder la libertad logró moderar la aversión a la guerra. “El ejército más poderoso que pueden tener nuestros gobiernos — escribió Jefferson en 1786 — es el buen juicio del pueblo”<sup>116</sup>.

Los logros de los íconos de la Ilustración de Estados Unidos fueron importantes. Sometieron el poder militar a la autoridad civil. Levantaron obstáculos intelectuales, morales, jurídicos y políticos para la guerra. Sus logros fueron parciales e imperfectos, en esta y en muchas otras áreas, como bien sabe cualquier estudiante de la historia estadounidense. Sin embargo, fijaron un estándar de principios que cambiaron el mundo, desde la idea de que “todos los hombres son creados iguales” hasta las libertades de expresión y de prensa, y la práctica de poner a los civiles a cargo de las fuerzas armadas, lo que trastocó la práctica tradicional, según la cual el ejército controlaba a los civiles. Aunque siguen existiendo grandes desigualdades jurídicas entre las personas, al igual que censuras e incluso gobiernos militares, la Ilustración de Estados Unidos fijó estándares morales y políticas

que se mantuvieron en el tiempo. Las protecciones contra la locura de la guerra que instauró la generación de la Revolución, tal como temían sus miembros, se erosionaron en la república que crearon. Gran parte de la historia posterior de Estados Unidos demuestra el poder que tiene la guerra para concentrar el poder en el poder ejecutivo en perjuicio del poder legislativo, para aumentar la confidencialidad en la toma de decisiones, para restringir las libertades civiles, y para aumentar la deuda y los impuestos. Sin embargo, esas protecciones, aun debilitadas, siguen existiendo y siguen ofreciendo esperanza de que la libertad, el gobierno limitado y la paz pueden renovarse, reclamarse y extenderse.



## 8.

### **La declinante importancia de la guerra como herramienta política en la Edad Contemporánea**

*Por Justin Logan*

¿Las guerras logran alcanzar sus objetivos establecidos? ¿Cuál es el rostro cambiante de la guerra en el mundo moderno? ¿Cuáles son los respectivos roles que cumplen los intereses materiales y las ideologías cuando se impulsa una guerra? Justin Logan es director del área de Estudios de Política Exterior en el Cato Institute. Escribe en publicaciones sobre relaciones exteriores como *Foreign Policy*, *The Foreign Service Journal*, *Orbis* y *Harvard International Review*, y aparece regularmente en los medios de difusión para analizar y explicar temas concernientes a relaciones internacionales.

*“Si miramos en retrospectiva la Guerra de Corea, hay muy pocas instancias en las que hayamos estado involucrados militarmente en un conflicto importante, y que hayamos emergido de él con lo que consideramos una victoria, de manera tan inequívoca como en la Segunda Guerra Mundial y la primera Guerra del Golfo, en 1991”.*

- Robert Gates<sup>117</sup>

El mundo moderno fue moldeado por la guerra. Los Estados-nación, la economía global y la estructura del sistema internacional, en su totalidad, deben parte de su legado a la guerra<sup>118</sup>. Pero su importancia como factor, por grande que haya sido, también ha ido cayendo abruptamente a través de los siglos, tal como fue señalado por Steven Pinker, James Payne, John Mueller y otros expertos.

Aún menos reconocido es el hecho de que, en las guerras de la Era Moderna, pocas veces los iniciadores del conflicto alcanzaron los objetivos que habían establecido. El presente ensayo analiza los tipos de guerras libradas durante el período que concluye en 1945 y sugiere las razones de su declive. Seguidamente, describe las guerras posteriores a la Segunda Guerra Mundial y explica por qué quienes las iniciaron raramente lograron sus metas. Por último, se incluyen lecciones para los ciudadanos y las autoridades.

## **El surgimiento y la caída de las guerras entre grandes potencias**

Tribus, ciudades-Estado, reinos, imperios y Estados-nación contendieron entre sí durante milenios en busca de territorios adicionales y de la oportunidad de obtener recursos valiosos y ampliar su relativo poderío<sup>119</sup>. Tal como lo expresa Charles Tilly en su famoso aforismo: “La guerra creó el Estado, y el Estado creó la guerra”<sup>120</sup>.

Desde el inicio de la Era Moderna, al principio del siglo XVI, la frecuencia y la letalidad de la guerra se intensificaban y menguaban a medida que los estados desarrollaban nuevas organizaciones y tecnologías para favorecer la violencia, junto

con organizaciones y tecnologías para contrarrestarla<sup>121</sup>. Las grandes potencias libraban guerras de conquista con otras grandes potencias con el fin de adueñarse de recursos, que incluían minas, tierras de pastoreo, esclavos, puertos, oro y plata, y sujetos pasibles de impuestos; así como de convertir a poblaciones a las religiones o identidades favorecidas por los gobernantes.

Tales guerras han declinado abruptamente desde mediados del siglo XX. Según algunos expertos, la guerra se ha vuelto menos frecuente porque la humanidad, como especie, ha llegado a pensar en ella como una actividad grotesca e incivilizada, hasta tal punto que ya nadie la ve siquiera como algo deseable. La guerra se ha convertido, para decirlo en las palabras de John Mueller, en algo “subracionalmente impensable”<sup>122</sup>.

Las normas evolucionan a través del tiempo, pero es inusual que sean completamente independientes de otros factores relevantes. Los cambios ocurridos en cuanto a desarrollos materiales han incentivado, o al menos apoyado, ese cambio de mentalidad. La clase de guerras que las grandes potencias libraban en el pasado ya no resultan interesantes, ni siquiera para los líderes más propensos a correr riesgos. Las tecnologías militares, como los armamentos nucleares, han convertido a la conquista en una propuesta suicida en la mayoría de los casos. Los desarrollos no relacionados con el área militar, como el nacionalismo y otras formas de política de identidad, han dificultado el control y la asimilación de las poblaciones conquistadas. Los desarrollos económicos, como la integración horizontal de las cadenas de suministro y el aumento del comercio transfronterizo, han disminuido mucho las perspectivas de obtener ganancias económicas derivadas de la guerra<sup>123</sup>.

Entre las potencias menores, por supuesto, los intentos de conquista no han cesado por completo. Por ejemplo, Irak invadió Kuwait en 1990 con el fin de obtener el control de los yacimientos petrolíferos y de anular la deuda financiera del Estado iraquí con Kuwait. Pero la facilidad con la que la coalición liderada por Estados Unidos expulsó a la fuerzas de Saddam Hussein de Kuwait dejó en claro que la agresión transfronteriza es una propuesta riesgosa.

## **Guerras contemporáneas**

Aunque la cantidad de guerras entre grandes potencias ha disminuido drásticamente, aún se inician guerras. Hay tres tipos de guerras que persisten, pero con frecuencia no alcanzan sus objetivos.

### *Guerras contra la proliferación de armas nucleares / preventivas*

Las grandes potencias, particularmente Estados Unidos, regularmente expresan gran preocupación con respecto a la adquisición de tecnología y capacidad para desarrollar armas nucleares por parte de otros Estados. La Guerra de Irak de 2003 se justificó, principalmente, sobre el fundamento de la no proliferación, a pesar del hecho de que la administración no buscó y, hasta cierto punto, ignoró la evidencia de que Irak no tenía un programa de armas nucleares en absoluto.

Aunque la doctrina de disuasión nuclear está ampliamente aceptada entre las grandes potencias, estas se oponen a la proliferación por diversas razones. Temen la posibilidad de una guerra nuclear no intencional; temen una “proliferación en cascada” o un “efecto dominó” nuclear; y, finalmente, prefieren conservar la libertad de acción contra terceros. Como señala Kenneth

Waltz, “una razón poderosa por la que Estados Unidos se opone a la diseminación de las armas nucleares es que si los países débiles las tienen, limitarán nuestra libertad de acción”<sup>124</sup>.

Sin embargo, las guerras para contrarrestar la proliferación de armamento nuclear enfrentan varios problemas, el primero de los cuales quedó ampliamente demostrado en Irak. La clase de inteligencia necesaria para que la iniciativa de no proliferación sea exitosa es difícil de conseguir y, con frecuencia, es poco fiable. Irak presenta un caso extremo; Bagdad no tenía ningún tipo de programa de armas nucleares en 2003. Incluso en los casos en que se sabe con certeza de la existencia de programas nucleares, el conocimiento integral que se requeriría para alcanzar los suficientes nodos clave de una infraestructura nuclear desarrollada es terriblemente difícil de obtener<sup>125</sup>. La alternativa sería asestar golpes periódicos para obstaculizar los esfuerzos tendientes a rehacer el programa, bombardear el país cada cierta cantidad de años, hasta que este cediera en su búsqueda de tecnología nuclear o hubiera un “cambio de régimen” que fuera satisfactorio para el atacante. No solo se hace difícil pensar en el éxito de una guerra contra la proliferación de armas nucleares, sino que amenazar con una guerra para contrarrestar dicha proliferación puede incluso convencer a los Estados hostiles de la necesidad de usar armas nucleares para desalentar al potencial atacante.

#### *Efecto dominó / Guerras de influencia y credibilidad*

Otro objetivo de las guerras iniciadas durante las últimas décadas ha sido la lucha de las grandes potencias por “influir” sobre los Estados más débiles. Con frecuencia, esas grandes potencias iniciaron o continuaron guerras impulsadas por el temor de que

un Estado en particular pudiera caer bajo la influencia de otro Estado, en detrimento de la seguridad del interventor. La “teoría del dominó” plantea que tanto los cambios ocurridos en la política interna de un determinado Estado, como la intervención de ese Estado en la esfera de influencia de otro, podrían ocasionar un efecto dominó, en el que una pieza derriba a la siguiente y arroja a un número no especificado de otros Estados bajo el dominio de un Estado rival.

Al momento de escribir esto, efectivos rusos han invadido Ucrania. El gobierno de Rusia afirma que las unidades militares no pertenecen a ese país, sino que son fuerzas ucranianas de autodefensa, y que esas fuerzas están combatiendo la inestabilidad política en Ucrania. La afirmación de que los efectivos no son rusos es irrisoria, y no ha sido reconocida por nadie fuera de la influencia de Moscú. De manera similar, la afirmación de que están combatiendo la inestabilidad política y que no buscan un acceso naval permanente al Mar Negro a través de Crimea no resiste ningún análisis.

En tanto que la incursión rusa muestra que el poder militar aún es importante en la política internacional, el propósito del presente ensayo no es argumentar que dicho poder es irrelevante. Los efectivos rusos invadieron Ucrania de manera ilegal, pero no se ha producido ninguna guerra, en parte por la acertada apreciación de Kiev de que había escasas esperanzas de una resistencia que generara una resolución política favorable, y en parte por las simpatías pro Moscú entre los numerosos residentes de Crimea. La clase de guerras masivas que los líderes iniciaron en los siglos XVII y XVIII pertenecen a una categoría diferente de la expedición a Crimea que tuvo lugar en 2014. Los Estados

más fuertes intimidan a los más débiles cuando perciben que es fácil hacerlo y que lo que está en juego es valioso.

En ocasiones, estas guerras tienen consecuencias catastróficas para el interventor. Aunque ya estaba debilitada por décadas de mala administración económica y presencia militar excesiva, la intervención de la Unión Soviética en Afganistán ayudó a destruir al Estado soviético. La lógica de la intervención a ese país — que no era abundante en recursos — es imprecisa, pero la evidencia indica que los líderes soviéticos temían que Afganistán se alejara de Moscú y se acercara a Occidente, y que este acontecimiento tuviera consecuencias no del todo especificadas, pero terribles para la posición estratégica de la Unión Soviética. A medida que la guerra iba de mal en peor, los líderes soviéticos también comenzaron a temer que “la ‘pérdida’ de Afganistán significara un revés inaceptable y un golpe para el prestigio soviético”<sup>126</sup>.

Estas cadenas de inferencia lógica relativas a la influencia y la credibilidad, a menudo dominan los pensamientos de los interventores, pero raramente operan de la forma en que ellos temen que lo haga. Tal como lo documentó Daryl Press, la credibilidad no es transferible de la manera en que los líderes creen. Los estadistas tienden a no evaluar las crisis actuales sobre la base de comportamientos o adversarios pasados. En cambio, sí evalúan los intereses concretos y el poder militar de sus adversarios en casos particulares<sup>127</sup>. De igual modo, la misma influencia tiende a ser contingente y efímera. Es inusual que los Estados se mantengan leales a un patrón por otro motivo que no sea su propio interés evidente.

### *Intervenciones humanitarias*

Finalmente, los Estados han realizado intervenciones con la intención de actuar en nombre de terceros vulnerables o amenazados. En ocasiones es difícil identificar claramente tales casos de intervención humanitaria, dado que, a fin de mantener el apoyo interno para intervenciones que son irrelevantes desde el punto de vista estratégico, con frecuencia los gobiernos han insistido en que esas intervenciones, de hecho, no se debían a propósitos altruistas sino de interés propio.

No obstante, las ostensibles justificaciones de la guerra, basadas en cuestiones nacionales y de seguridad, la campaña en Libia encabezada por Estados Unidos en 2011 es un ejemplo reciente. Aunque funcionarios del gobierno estadounidense siguen insistiendo en que la intervención en la guerra civil que allí se desarrollaba detuvo la matanza de quizá 100.000 civiles libios en Bengasi a manos del régimen de ese país, y a pesar de que la situación contrafáctica es casi imposible de probar, la afirmación no es plausible. La conducta de las fuerzas del régimen en Misurata, donde el combate tuvo lugar inmediatamente antes del ataque de Bengasi, no indica una política de matanza indiscriminada. Además, el dictador libio Muamar El Gadafi amenazó a los rebeldes con un lenguaje intimidante, pero se dirigió públicamente a los civiles en Bengasi:

Todo aquel que deponga las armas, que permanezca en su domicilio sin armas de ningún tipo, sin importar lo que haya hecho previamente, será perdonado, protegido. Perdonaremos a todo aquel que se encuentre en las calles... Se perdonará a todo el que arroje su arma y permanezca en su hogar pacíficamente; no importa lo que haya hecho en el pasado. Esa persona estará protegida<sup>128</sup>.

Su objetivo era permanecer en el poder, no simplemente castigar a sus súbditos. El hecho de que El Gadafi fuera un brutal dictador avivó el sentimiento liberal de Occidente. Por lo tanto, todo aquel que señalara como falsas las afirmaciones de que El Gadafi había amenazado con masacrar civiles corría el riesgo de parecer un defensor de la tiranía. Además de esto, los gobiernos occidentales insistían en que el futuro de la liberalización árabe —la “primavera árabe” — dependía de impedir que El Gadafi ganara la guerra civil<sup>129</sup>. Hubo funcionarios occidentales que llegaron al punto de negar que su motivación era el cambio de régimen, a pesar de una campaña militar que hacía que tal objetivo fuera obvio<sup>130</sup>. En cualquier caso, la guerra finalizó como lo han hecho tantas intervenciones humanitarias: un cambio de régimen seguido de una economía tambaleante y divisiones políticas no resueltas que perduran más allá de los límites de la capacidad de atención del público y de las autoridades de Occidente<sup>131</sup>.

## Conclusión

Si las guerras raramente alcanzan los objetivos de quienes las inician, ¿por qué continúan? No hay una única respuesta para esa pregunta, pero hay varios factores que contribuyen a generar guerras.

Los Estados crearon instituciones y respaldaron el desarrollo de industrias enteras cuyo único propósito era prepararse para la guerra o producir la infraestructura y los implementos para llevarla a cabo. El comentario más famoso sobre este fenómeno es la advertencia que hiciera el presidente Dwight D. Eisenhower, en su discurso de despedida, acerca del “complejo militar-industrial”. Eisenhower, quien había sido un general

de cinco estrellas, advirtió que mientras el progreso científico y una industria de defensa de envergadura fueran esenciales para el poder militar y la defensa nacional, existía el riesgo de que “la misma política pública pudiera caer prisionera de una élite científica y tecnológica”. En otras palabras, el complejo militar-industrial podría “capturar” a la política de defensa estadounidense, lo que produciría como mínimo orientaciones, si no políticas, que beneficiarían a los fabricantes de armas y contratistas de defensa, pero que no serían óptimas desde la perspectiva del interés nacional<sup>132</sup>.

En Estados Unidos, el lujo de contar con una moneda de reserva, aislamiento geográfico de las amenazas más graves, y una economía fuerte y sólida han amplificado esos peligros. Las autoridades responsables del diseño de las políticas estadounidenses pueden malgastar recursos subsidiando el complejo militar-industrial sin soportar desventajas obvias para la seguridad o la riqueza. Los Estados que viven más próximos al límite en cuanto a seguridad y bienestar enfrentan disyuntivas más desafiantes, y tienden a involucrarse en menos guerras insustanciales. Debido a la seguridad y riqueza de Estados Unidos, muchos de los costos de políticas exteriores insensatas quedan muy dispersos, y ocasionan menos consecuencias negativas para los líderes que aplicaron esas políticas<sup>133</sup>.

Finalmente, la ideología juega un rol importante para permitir que los Estados militaricen a la sociedad y libren guerras<sup>134</sup>. Los sangrientos choques ocurridos durante el siglo XX fueron fomentados por las ideologías del nacionalismo, comunismo, fascismo y nacionalsocialismo. La mayoría de las ideologías otorgan un lugar privilegiado a las decisiones tomadas

por los propios líderes políticos. Desde la “*mission civilisatrice*” francesa, pasando por la creencia inglesa en “la carga del hombre blanco”, hasta el “excepcionalismo norteamericano” actual, los ciudadanos creen que la superioridad de su país les confiere una autorización especial para rehacer el mundo a su gusto. Los líderes políticos incluso pueden usar una retórica religiosa cuando hablan acerca de la nación y su misión, y, de ese modo, infundir la autoridad de Dios al interés nacional<sup>135</sup>.

Por lo tanto, tanto los intereses materiales como las ideologías ayudan a perpetuar las guerras. Estas pueden ser menos frecuentes si se contrarrestan ambos factores: los intereses materiales de los complejos militares-industriales y de las elites políticas, así como las ideologías de la guerra y el conflicto. Estos son desafíos valiosos para las generaciones nacientes de activistas por la paz.



# 9.

## La militarización de la actividad policial

*Por Radley Balko*

¿Qué está causando la creciente militarización de la actividad policial civil? ¿Por qué los policías pertenecientes a los equipos SWAT están equipados cada vez con más armas de guerra, incluso tanques? ¿Está ocurriendo únicamente en Estados Unidos o es un fenómeno mundial? ¿Qué impacto tiene la militarización de la actividad policial en la relación entre la policía y los ciudadanos? Radley Balko es periodista y actualmente escribe sobre justicia penal, la guerra contra el narcotráfico y las libertades civiles para el diario ***Washington Post***. También se desempeña como periodista de investigación para el diario ***Huffington Post*** y ha sido editor de la revista ***Reason*** y analista político del Cato Institute. Más recientemente escribió ***Rise of the Warrior Cop: The Militarization of America's Police Forces***.

---

Algo está ocurriendo con la actividad policial: los “agentes del orden” de antaño ya no existen. Los departamentos de policía se están pareciendo cada vez más a ejércitos y están actuando cada vez más como tales. Es una tendencia visible en muchos países y, a la vez, representa una amenaza para la paz, la ley y el orden internos.

En Estados Unidos, desde principios de la década de 1980 y hasta hoy, las fuerzas policiales han sufrido algunos cambios bastante drásticos y fundamentales. Por un lado, hay más comités civiles de supervisión y más departamentos de asuntos internos; la mayoría de los criminalistas concuerdan en que hay menos policías corruptos (menos “manzanas podridas”) hoy que en el pasado. Por otro lado, ya sea al entregar órdenes judiciales, hacer frente a manifestaciones, o actuar ante emergencias, hay una creciente predisposición de las fuerzas policiales a hacer más uso de la fuerza, con mayor frecuencia, ante infracciones cada vez menores. Lo que significa que hay menos policías que usan la fuerza más allá del límite permitido por la política oficial. Sin embargo, lo inquietante es lo que la política oficial permite en la actualidad.

Lo más notable entre estas nuevas políticas es el ascenso de los equipos SWAT (Unidad de armas y tácticas especiales), de las fuerzas de operaciones especiales y de otras unidades policiales más agresivas, que reflejan diversos grados de influencia militar. Por ejemplo, aunque solían existir únicamente en las grandes ciudades y estaban reservados para emergencias tales como tomas de rehenes, francotiradores activos o escapes de prófugos, los equipos SWAT actúan con mayor frecuencia en la actualidad que una generación atrás. Además, estos equipos se emplean principalmente para entregar órdenes judiciales a personas sospechadas de cometer delitos no violentos y consensuados relacionados con drogas.

Las cifras son impactantes. Al principio de la década del 1980, los “llamados” a los equipos SWAT ascendían a alrededor de tres mil al año en Estados Unidos. En 2005, la cifra estimada fue de cincuenta mil llamados. Solo en Nueva York, hubo 1.447

redadas antidrogas. En 2002, ocho años después, hubo 5.117, lo que significó un incremento del 350 por ciento en 1994. En 1984, cerca de un cuarto de las ciudades con entre veinticinco y cincuenta mil habitantes contaba con equipos SWAT. Para 2005, dicho porcentaje había aumentado al 80 por ciento<sup>136</sup>.

En el pasado, ese tipo de fuerzas se reservaban para casos de emergencia en los que había riesgo de vida inminente. Eran la última opción. Hoy en día, su uso es, en muchas jurisdicciones, la *primera* opción cuando se trata de órdenes de allanamiento. Actualmente, se emplean para irrumpir en partidas de póker y prostíbulos, para hacer cumplir las normas de inmigración, e incluso para llevar a cabo inspecciones reglamentarias, hacer redadas en bares bajo sospecha de vender bebidas alcohólicas a menores, y arrestar a quienes corten el cabello sin la autorización correspondiente.

Si bien el propósito de los equipos SWAT alguna vez fue utilizar la violencia para apaciguar un escenario ya violento, ahora son empleados principalmente para *generar* violencia y una confrontación imprevisible donde antes no existían. Los daños colaterales incluyen la muerte de decenas de inocentes y delincuentes no violentos, así como de los mismos policías, y miles de personas aterrorizadas ante vociferantes oficiales equipados con arietes, armas de asalto y granadas cegadoras. Asimismo, el gobierno de Estados Unidos está suministrando equipamientos militares a los departamentos de policía locales, tales como vehículos fuertemente blindados y equipados con puertas, blindajes tácticos, lanzagranadas, vehículos diseñados para resistir emboscadas y explosiones de minas (MRAP) y muchas otras cosas.

Por alarmante que sea todo esto, el problema va más allá de los equipos SWAT. Actualmente, demasiados departamentos de policía se encuentran inmersos en una cultura militarista más global. Se les suele decir a los policías que son soldados librando una guerra, ya sea contra el crimen, las drogas, el terrorismo, o el diablillo que los políticos hayan elegido últimamente como enemigo. Hoy en día, los policías tienden a estar aislados de las comunidades que protegen, tanto físicamente (por sus patrulleros) como psicológicamente, como resultado de la mentalidad *nosotros y ellos*, que ve al público no como ciudadanos a quienes la policía jura proteger y servir, sino como un conjunto de amenazas potenciales.

En la actualidad, los organismos policiales también son extremadamente herméticos. Normalmente, el público no tiene acceso a las investigaciones sobre asuntos internos, y los sindicatos que representan a los policías han luchado arduamente —y con éxito en la mayoría de los lugares— para que los expedientes personales sean privados. Los sindicatos de policías también han logrado que muchos estados aprueben “declaraciones de derechos de los policías”, las cuales otorgan, a los policías acusados de cometer delitos, derechos y garantías especiales que no se conceden a los ciudadanos comunes.

Estados Unidos no es el único país que sigue esta tendencia: en el Reino Unido y en Canadá, ahora es común que escuadrones policiales similares a los equipos SWAT lleven a cabo redadas antidrogas. En la primera década de 2000, funcionarios estadounidenses usaron la diplomacia e incentivos con el fin de convencer al gobierno mexicano de que alistara las fuerzas militares del país para librar la guerra contra

las drogas. Entre los resultados de este hecho, se encuentran decenas de miles de homicidios, corrupción generalizada y espantosas ejecuciones públicas.

Esta tendencia hacia la fuerza bruta también es evidente en otras partes del mundo. En Brasil, fuerzas policiales paramilitares, tales como el infame BOPE (*Batalhão de Operações Policiais Especiais*, Batallón de Operaciones Policiales Especiales) han convertido las favelas de ciudades Río de Janeiro en zonas de guerra urbanas. En Rusia, el OMON (Отряд мобильный особого назначения, Escuadrón Policial para Propósitos Especiales) ha cometido una gran cantidad de violaciones a los derechos humanos, que incluyen la matanza de refugiados y represiones a manifestantes de una violencia brutal. En Ucrania, las unidades paramilitares Berkut (Беркут; Águila Dorada), ahora disueltas, cometieron un sinfín de abusos.

Después de los desastrosos disturbios que ocurrieron durante las reuniones de la Organización Mundial del Comercio de 1999 en Seattle (provocadas, según investigaciones posteriores, tanto por el accionar policial como por el de los manifestantes), la respuesta automática ante la protesta en masa en los países desarrollados ha sido el uso de la fuerza bruta. Normalmente, la policía enfrenta a los manifestantes vestidos de pies a cabeza con equipos antimotines. Avanzan *esperando* la confrontación, una disposición mental que tiende a autocumplirse. De hecho, cuanto más importante sea la conferencia, cuanto más importantes sean quienes asistan a ella, y cuanto más importantes sean las decisiones que allí se tomen, más probable es que se mantenga a los manifestantes tan lejos del evento como sea posible, lo que significa que habrá menos probabilidad de que sean escuchados.

Por supuesto, eso es la antítesis de la libertad de expresión que los países libres dicen consagrar.

Obviamente existen policías excepcionales, excelentes jefes de policía y comisarios, y gran cantidad de departamentos policiales que mantienen una relación saludable con los ciudadanos. Existen gobiernos nacionales, provinciales y municipales que equilibran, de manera eficaz, el mantenimiento del orden con las libertades civiles y la libertad de expresión. No obstante, la continua militarización de la actividad policial está introduciendo, cada vez más, el comportamiento y las actitudes de combate en el medio de la sociedad civil. La relación entre la policía y los ciudadanos se está volviendo cada vez más antagónica como consecuencia de la mayor frecuencia, en gran parte del mundo, de redadas y cacheos realizados por los equipos SWAT, y de la acción militar como respuesta ante protestas políticas.

Sería una grosera exageración afirmar que Estados Unidos, Canadá o el Reino Unido se han convertido en Estados policiales. Un ensayo de este tipo no se podría publicar en un Estado policial. No obstante, sería también un grave error esperar a vivir en un Estado policial para manifestarse en su contra.

# 10.

## La filosofía de la paz o la filosofía del conflicto

Por Tom G. Palmer

¿Qué rol cumplen el conflicto y la violencia en la vida política? ¿Todavía existen personas que glorifican el conflicto? ¿Quiénes son los mayores partidarios del conflicto de la “izquierda” y la “derecha” en la actualidad y hasta dónde llega su influencia? ¿Cuál es el estatus central que ocupa el conflicto en las ideologías de la izquierda y la derecha, y por qué y de qué forma es diferente de la visión que los liberales clásicos tienen del conflicto?

Πόλεμος πάντων μὲν πατήρ ἐστι πάντων δὲ βασιλεύς,  
καὶ τοὺς μὲν θεοὺς ἔδειξε τοὺς δὲ ἀνθρώπους, τοὺς μὲν  
δούλους ἐποίησε τοὺς δὲ ἐλευθέρους.

*“La guerra de todos es padre y de todos, rey; a unos los muestra como dioses y a otros como hombres; a algunos los hace esclavos y a otros, libres”.* - Heráclito de Éfeso<sup>137</sup>

---

Hubo una vez en que la guerra era la norma. No simplemente en las sociedades humanas, sino que todo el mundo estaba en guerra, moldeado por la guerra, inmerso en la guerra. La guerra era inevitable. Se consideraba algo bueno. Aunque ocasionaba

sufrimiento, este era el terreno necesario para la virtud y el progreso humanos. El escritor reaccionario francés, Joseph de Maistre, declaró con entusiasmo que la guerra es “el estado habitual de la humanidad, lo que significa que la sangre humana debe fluir sin interrupción en algún lugar del planeta y que, para todas las naciones, la paz es solo un respiro”<sup>138</sup>. La matanza era la sustancia de la vida.

En la actualidad, esa declaración impresiona a la mayoría de la gente por extraña y aberrante. Algo cambió o, mejor dicho, algunas cosas cambiaron. La guerra se ha vuelto repulsiva a los ojos de la mayoría de los seres vivos de hoy en día.

Existe una razón para la repugnancia que la mayoría siente ante el elogio de la guerra. Una idea diferente se ha vuelto dominante, y las instituciones que hacen realidad esa idea hoy caracterizan a la mayor parte (aunque no a la totalidad) de la vida humana en la mayoría de los lugares del mundo (aunque no en todos). El mundo es más pacífico de lo que jamás ha sido. Esta afirmación puede sonar controvertida, pero está respaldada por abundante evidencia, que el profesor de Harvard Steven Pinker examina en extenso detalle en su libro *The Better Angels of Our Nature: A History of Violence and Humanity*<sup>139</sup>. No es solo el conflicto militar entre Estados lo que ha estado en declive durante largo tiempo, sino también la violencia de los maridos contra sus esposas, de los padres contra sus hijos, y de los delincuentes callejeros contra sus víctimas, cada una de las cuales puede subir o bajar de un mes a otro o de un año a otro, pero, en conjunto, generalmente muestran una tendencia descendente y así ha sido por un tiempo bastante prolongado<sup>140</sup>. Entre las causas que Pinker presenta para esta tendencia descendente a largo plazo de la violencia se encuentran:

- el establecimiento de gobiernos que pueden trabajar para monopolizar (y, por consiguiente y hasta cierto punto, controlar) la violencia;
- el aumento del comercio, que hace que las personas sean más valiosas vivas que muertas;
- el reemplazo gradual de las culturas del “honor” por las culturas de la “dignidad” (en las cuales vengar el honor es menos importante que mantener el autocontrol y la dignidad);
- la revolución humanitaria de la Ilustración, con su énfasis en el valor de la vida humana, tanto la propia como la de terceros, y el reemplazo de la superstición por la razón y la evidencia (elementos que fueron beneficiosos para las personas acusadas de “brujería”, para dar un ejemplo);
- el surgimiento y el desarrollo de organizaciones internacionales, tanto de sociedades civiles como gubernamentales, para fomentar la diplomacia y la mediación, en lugar de la guerra;
- la invención y popularidad de la novela, que fue alentada por la revolución comercial del libre mercado y ayudó a que una cantidad de personas cada vez mayor imaginara que vivía la vida de otros (y, por lo tanto, los ayudaba generar empatía con ellos);
- el creciente rol del intercambio, la inversión y los viajes internacionales en la creación del interés por mantener la paz;
- la mayor aceptación de “la agenda del liberalismo clásico: liberación de los individuos de la fuerza tribal y autoritaria, y tolerancia de las elecciones personales siempre y cuando no infrinjan la autonomía y bienestar de terceros”<sup>141</sup>;

- la creciente importancia, nuevamente fomentada por el desarrollo del comercio y la tecnología, del razonamiento abstracto, que ayuda a las personas a adoptar los principios generales que respaldan las ideas liberales/libertarias clásicas de los derechos universales.

La trama es complicada porque la historia humana es compleja, multicausal y variada. Pero es una trama cada vez mejor documentada y refuta las afirmaciones de quienes creen “que la sangre humana debe fluir sin interrupción en algún lugar del planeta”. La paz duradera es posible y no meramente un “respiro”.

La tolerancia y la coexistencia, el contrato y la cooperación, la propiedad y el intercambio, en una medida muy considerable (aunque de ningún modo completa) han reemplazado la persecución y el exterminio, la compulsión y la lucha, el robo y la esclavitud, la guerra y el conflicto como ideales morales. El movimiento que ha cambiado el mundo y ha reemplazado la guerra por la paz, la intolerancia por tolerancia, el saqueo por el intercambio se ha conocido con diferentes nombres en diferentes épocas, pero el más común es “liberalismo”, que, en los países de habla inglesa, ahora se denomina “liberalismo clásico”<sup>142</sup>. El liberalismo clásico es una filosofía que abraza la paz. La paz se encuentra en el corazón mismo del pensamiento liberal porque está en el núcleo de la idea de la libertad. “La *libertad* es no estar sometido al control y la violencia de otros”, como afirmara el influyente filósofo John Locke<sup>143</sup>. La guerra es violencia: dirigida, manejada, aplicada, racionalizada, glorificada, violencia furiosa.

Los liberales clásicos defienden la cooperación pacífica y voluntaria como ideal y como posibilidad realista para la sociedad

humana. Otras filosofías —las de “izquierda” y las de “derecha”, socialismo, nacionalismo, conservadurismo, progresismo, fascismo, comunismo, teocracia y todos los híbridos y permutaciones posibles entre todos ellos— plantean que la vida humana es, inevitablemente, una esfera de lucha, conflicto, enfrentamiento, incluso de guerra, ya sea entre clases o razas o civilizaciones o naciones o intereses o religiones.

El mundo se convierte en un lugar más pacífico cuando los valores, principios, instituciones y prácticas de la ideología libertaria impregnan nuestras vidas cada vez más. Y un mundo aún más pacífico exigirá que esos valores, principios, instituciones y prácticas sean mantenidos, defendidos, fomentados y ampliados.

## **La filosofía de la cooperación**

Aunque hubo muchas personas y eventos que contribuyeron al desarrollo de las ideas libertarias, la primera formulación sistemática de esas ideas, que combinó la tolerancia, el libre comercio, el gobierno constitucional, el Estado de Derecho y los derechos igualitarios, fue el movimiento político inglés del siglo XVII, conocido en la historia como los Niveladores<sup>144</sup>. Como Richard Overton anunció desde su celda en 1646, toda la propiedad depende de la propiedad sobre sí mismo, un derecho igualmente válido para todos los seres humanos:

Lo mío y lo tuyo no pueden existir, salvo por esto: ningún hombre tiene poder sobre mis derechos ni sobre mis libertades, ni yo lo tengo sobre los derechos de hombre alguno<sup>145</sup>.

Overton y sus colegas articularon una visión radical de la igualdad de derechos y de la armonía social basada en la

tolerancia y en la acción y el pensamiento pacíficos. A la idea de la igualdad de derechos individuales, basados en la filosofía moral, se agregaron las ideas del orden espontáneo, que concretamente significaba que el orden social puede surgir sin estar diseñado e impuesto de forma deliberada por los gobernantes; y del Estado de Derecho, que concretamente significaba que las reglas simples que son generales, ampliamente conocidas y aplicadas de forma equitativa crean el marco tanto para el goce de los derechos individuales como para el surgimiento de orden y la armonía social. La concepción de un orden humano sin violencia, de una sociedad que le daría la espalda a la guerra y la conquista, horrorizaba a muchos, no solo aristócratas y soldados, sino a algunos de los más importantes intelectuales de Europa, que presentaron una feroz resistencia a las ideas y prácticas liberales. Para muchos de esos pensadores, el comercio era infinitamente inferior al combate, la libertad era un mero nombre que se le daba a la autorización para actuar, y la tolerancia era el rechazo de las leyes de Dios.

La libertad, la propiedad y el comercio realmente tenían sus defensores, que se volvieron más audaces con el tiempo. El pensador francés Montesquieu identificó muy bien al comercio con las “costumbres apacibles”, es decir, con las maneras y comportamientos gentiles.

El comercio cura los prejuicios destructores, y es casi una regla general que allí donde costumbres apacibles, hay comercio; y que allí donde hay comercio, hay costumbres apacibles<sup>146</sup>.

El rol del comercio en la creación de costumbres apacibles fue reconocido en el idioma griego de manera implícita, ya que,

como han señalado los eruditos, el verbo *katallassein* significa “intercambiar”, pero también “admitir en la comunidad” y “pasar de ser enemigo a ser amigo”<sup>147</sup>.

Un mundo de comercio, más que de gloria, significa un mundo de ganancias mutuas, de juegos de suma positiva; mientras que la gloria implica conquista, y la conquista implica derrota. Esa clase de gloria exigía antagonismo. Y eso que se percibía como pérdida de gloria, y por consiguiente de virtud, fue lo que motivó a que tantos reaccionaran en contra de las ideas liberales.

Poco antes de su muerte, el economista liberal clásico y activista por la paz Frédéric Bastiat publicó un llamado “A la juventud de Francia”, en el cual expuso la clave para comprender el socialismo. Según su visión, los socialistas,

Sentían que los intereses de los hombres son fundamentalmente antagónicos, ya que, de lo contrario, no deberían haber recurrido a la coerción.

Por lo tanto, descubrieron antagonismos fundamentales en todas partes:

Entre el propietario de los bienes y el trabajador.

Entre el capital y el trabajo.

Entre el pueblo y la burguesía.

Entre la agricultura y la industria.

Entre el agricultor y el ciudadano.

Entre el nativo y el extranjero.

Entre el productor y el consumidor.

Entre la civilización y el orden social.

Y para resumir todo esto en una sola frase:

Entre la libertad personal y un orden social armonioso.

Y esto explica cómo es que, aunque guarden cierta clase de amor sentimental por la humanidad en sus corazones, el odio fluye a través de sus labios. Cada uno de ellos reserva todo ese amor para la sociedad que ha soñado; pero la sociedad natural en la que nos toca vivir no puede ser destruida con la rapidez necesaria para que se adapte a su conveniencia, de modo tal que, de esas ruinas, pueda surgir la Nueva Jerusalén<sup>148</sup>.

Bastiat anticipó los esfuerzos de los colectivistas del siglo XX, quienes al tomar el control de los Estados y, por consiguiente, de poblaciones masivas, iniciaron un intento de moldear, a partir de sus congéneres humanos, al “Hombre nuevo” que corporizaría sus visiones. Crear al Hombre nuevo era la obsesión de los ideólogos antiliberales tanto de derecha como de izquierda, quienes tan solo diferían en los detalles de cómo sería ese Hombre nuevo. Por el contrario, “los economistas”, escribió Bastiat, “observan al hombre, a las leyes de su naturaleza y a las relaciones sociales que derivan de tales leyes. Los socialistas conjuran una sociedad partiendo de su imaginación y luego conciben un corazón humano que encaje en esa sociedad”<sup>149</sup>.

Los seres humanos obviamente entran en conflicto. El movimiento clásico liberal, en todas sus manifestaciones, consistía en buscar formas de resolver el problema del conflicto. La tolerancia religiosa, el gobierno limitado (que elimina las cuestiones polémicas del alcance ámbito de la “decisión pública”), la mediación y la compensación en lugar del castigo, la libertad de expresión y la libertad de intercambio se encontraban entre los medios que los liberales clásicos defendían para lograr dicha resolución. El punto era reducir el conflicto y reemplazarlo por cooperación, en lugar de celebrarlo.

## La filosofía del conflicto

*“Aprendí, en estos mismos cuatro años de educación colectiva y en toda la fantástica extravagancia de la contienda concreta, que la vida carece de un significado profundo, excepto cuando se entrega por un ideal, y que hay ideales en comparación con los cuales la vida de un individuo, e incluso de un pueblo, no tiene peso alguno. Y aunque el propósito por el cual luché como individuo, como un átomo en el cuerpo integral del ejército, no se logrará; y aunque la fuerza material aparentemente nos arrojó a la tierra, aun así aprendimos, de una vez y para siempre, a defender una causa y, si es necesario, a caer como corresponde a los hombres (...). No todas las generaciones han tenido tal privilegio”.*

- Ernst Jünger<sup>150</sup>

---

Mientras que los liberales clásicos enseñaron que los intereses humanos pueden reconciliarse pacíficamente a través del comercio, la razón, la deliberación democrática y la tolerancia de diferencias pacíficas, y que las instituciones correctas podrían aminorar el conflicto y la violencia, sus adversarios y críticos, nostálgicos del antiguo orden, comenzaron a formular teorías basadas en la idea de que el conflicto es una característica inextirpable de la vida humana y, de hecho, la que le da significado a la vida. Uno de los enemigos más influyentes de la nueva filosofía de la libertad fue el reaccionario francés Joseph de Maistre, quien fustigó la idea de la paz y elogió la guerra como fuente de lo mejor de la humanidad: “Los verdaderos *frutos* de la naturaleza humana —las artes, las ciencias,

las grandes empresas, las nobles concepciones, las virtudes viriles — se deben especialmente al estado de guerra. (...) En una palabra, podemos decir que la sangre es el abono de la planta que llamamos *genio*”<sup>151</sup>. Haciéndose eco de Heráclito, de Maistre insistía en que “no hay nada más que violencia en el universo”<sup>152</sup>. Esa era la visión fundamental de la Contrailustración y de los pensadores que reaccionaron para atacar las nuevas ideas del liberalismo clásico.

Los pensadores de la Contrailustración rechazaban lo universal y abrazaban lo particular; rechazaban las verdades objetivas y exaltaban la creatividad, pero no la creatividad del individuo libre, sino la del colectivo, dentro del cual el individuo estaba inmerso<sup>153</sup>. Los mercados, los comerciantes y los judíos, quienes estaban desproporcionadamente representados entre los comerciantes europeos, fueron denigrados. Las naciones, las clases y las razas podrían buscar su unidad particular solo si se enfrentaban con otras naciones, clases o razas. Steven Pinker observa que, además de rechazar la universalidad, la objetividad y la racionalidad, “la Contrailustración también rechazaba el supuesto de que la violencia era un problema para resolver. La contienda y el derramamiento de sangre son inherentes al orden natural y no pueden eliminarse sin privar a la vida de aquello que la anima y sin subvertir el destino de la humanidad”<sup>154</sup>.

Esa visión de un conflicto implacable que palpita en el corazón de la vida humana, así como la nostalgia por un viejo orden imaginado de relaciones establecidas, fue tomada por pensadores socialistas, particularmente Friedrich Engels y Karl Marx, quienes desecharon las ideas liberales de paz y comercio, tolerancia y libertad como simples ardidés que tan solo

ocultaban e impedían ver con claridad otro tipo de conflicto, violencia y explotación más profundo e insidioso. Reconocían que los valores liberales actuaban para reemplazar la guerra por la paz, el robo por el intercambio, la muerte en la hoguera por la tolerancia, el odio nacional por la tolerancia cosmopolita, pero rechazaron todo eso como elementos que no nos dejan ver formas más graves de violencia. Como Engels vociferó en un panfleto publicado en 1844,

Ustedes han traído la fraternidad de los pueblos, pero esa fraternidad es la fraternidad de los ladrones. Han reducido el número de guerras, ¡pero para obtener las mayores ganancias durante la paz, para intensificar en extremo la enemistad entre individuos, que es la ignominiosa guerra de la competencia! ¿Cuándo han hecho algo “por pura humanidad”, partiendo de la conciencia de la inutilidad de la oposición entre el interés general y el interés individual? ¿Cuándo han sido éticos sin ser interesados, sin albergar motivos inmorales o egoístas en lo profundo de sus mentes? Al disolver las nacionalidades, el sistema económico liberal ha hecho su mayor esfuerzo por universalizar la enemistad, por transformar a la humanidad en una horda de bestias hambrientas (¿o para qué compiten?) que se devoran unas a otras solo porque tienen idénticos intereses que todos los demás<sup>155</sup>.

Es posible que el liberalismo y el libre comercio hayan “reducido el número de guerras”, pero solo “para obtener las mayores ganancias durante la paz”. El punto merece énfasis: Engels descubrió que obtener mayores ganancias, las cuales

aborrecía (a menos que fueran suyas), eran una preocupación mucho más importante que reducir el número de guerras.

John Ruskin, influyente crítico de arte victoriano, socialista conservador y opositor de la Ilustración, se explayó eufóricamente acerca las virtudes de la guerra e insistió en que “ningún arte de excelencia ha surgido jamás sobre la tierra, a no ser en una nación de soldados. No hay arte en un pueblo de pastores, si este permanece en paz. No hay arte en un pueblo de agricultores, si este permanece en paz. El comercio apenas se conecta con el arte de calidad, pero no puede producirlo. La manufactura no solo es incapaz de producirlo, sino que invariablemente destruye toda semilla que de él exista. No hay arte de excelencia posible para una nación, excepto el que se basa en la batalla”<sup>156</sup>.

Para los pensadores de la Ilustración, por el contrario — Voltaire, para citar un ejemplo prominente —, la paz y la armonía social eran valores por derecho propio, y no simplemente ardidés para ocultar niveles más profundos de antagonismo social, como lo eran para Engels y Marx. Voltaire representó los valores y las perspectivas de la Ilustración cuando alabó el intercambio y la tolerancia precisamente porque generaban paz<sup>157</sup>. Los pensadores de la Contrailustración, como Marx, de Maistre y Ruskin condenaban tanto el intercambio como la tolerancia por considerarlos degradaciones de los valores.

Karl Marx y su coautor, colaborador y financista Friedrich Engels, identificaban al liberalismo con la “clase” de reciente aparición que denominaron “burguesía” (un término que utilizaron de manera bastante indiscriminada e inconsistente en sus escritos), a la que acusaron de trastocar todo el orden mundial y sustituir el frío cálculo por el cálido abrazo social.

A medida que las relaciones de mercado se expandían e intensificaban, el trueque (de huevos por manteca, por ejemplo) se iba reemplazando cada vez más por el intercambio con dinero (huevos por dinero y luego dinero por manteca). Eso significó un aumento de la racionalidad en general, dado que las personas podían comparar usos alternativos de recursos escasos en términos de una unidad común: el dinero. Esto, a su vez, facilitaba la contabilidad racional, lo que incluye el cálculo preciso de utilidades y pérdidas, y eso significaba que era posible lograr una mayor coordinación económica, crear más riqueza, ampliar los beneficios de prosperidad hasta círculos cada vez mayores, y considerar los intereses y deseos de personas cada vez más distantes. Marx y Engels desestimaron esa racionalidad arbitrada por el mercado, a la que llamaron “despiadada” y “las gélidas aguas del cálculo egoísta”. En *El manifiesto comunista*, afirmaron que los valores, instituciones y prácticas liberales simplemente *parecían* más humanos, pero que, en realidad, reemplazaban una forma de violencia por otra aún peor.

La burguesía, en todo lugar donde ha ganado terreno, puso fin a todas las relaciones feudales, patriarcales e idílicas. Ha desgarrado despiadadamente los diversos lazos feudales que unían al hombre con sus “superiores naturales” y no ha dejado ningún otro nexo entre un hombre y otro que no sea el del crudo interés propio, el del insensible “pago en efectivo”. Ha ahogado los más celestiales éxtasis del fervor religioso, del galante entusiasmo, del sentimentalismo filisteo, en las gélidas aguas del cálculo egoísta. Ha convertido el valor personal en un valor de intercambio y, en lugar de las incontables

libertades irrevocables y certificadas, ha establecido esa única, inadmisible libertad: el Libre comercio. En una palabra, ha reemplazado la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas con una explotación cruda, desvergonzada, directa y brutal<sup>158</sup>.

Los líderes ideológicos de la Contrailustración montaron un furioso ataque contra el liberalismo y procuraron concretar diversas fantasías del colectivismo en las nuevas fraternidades aisladas de nación, Estado, clase y raza. En todos los casos, el mensaje era que tales grupos humanos se enfrentaban con intereses irreduciblemente opuestos. La solidaridad, según su visión, sólo podía generarse como complemento de la enemistad y el odio. Como señaló el lúcido novelista liberal clásico Robert Musil, "no es posible escapar del hecho de que el más profundo instinto social del hombre es su instinto más antisocial"<sup>159</sup>. Esa visión ha persistido entre los intelectuales que rechazaron los valores de la deliberación razonada, el cálculo racional a través del intercambio del mercado, la tolerancia y la paz. Algunos de ellos pueden verse a sí mismos como defensores de la paz (ensalzar abiertamente los beneficios del conflicto militar en general se considera de mal gusto en la mayoría de los círculos intelectuales contemporáneos), pero todos ellos adhieren al principio básico de los intereses esencialmente e irreduciblemente opuestos, del enfrentamiento, del antagonismo, del conflicto irreconciliable. En su famoso folleto de 1848, los entonces desconocidos intelectuales articularon una visión que inspiró un movimiento que iba a inundar de sangre gran parte del mundo.

La historia de toda sociedad existente hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases (...) La sociedad en

general está dividiéndose, cada vez más, en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases directamente enfrentadas: la burguesía y el proletariado<sup>160</sup>.

Los marxistas persiguen la guerra entre clases y creen en el conflicto irreconciliable entre clases definidas en términos económicos, una de las cuales, la burguesía, debe “hacerse imposible”<sup>161</sup>. Los fascistas se regocijan en la guerra y la violencia como la fuerza purificadora que construye la nación<sup>162</sup>. Los nacional-socialistas (“nazis”) buscan la subyugación de las razas “impuras” o “inferiores” bajo el dominio de los “arios”, y plantearon un desafío: “Aquellos que quieran vivir, que luchen; y aquellos que no quieran luchar en este mundo de eterna contienda no merecen vivir”<sup>163</sup>. Los teóricos críticos (influenciados por Marx, con mucha ayuda de Nietzsche, Freud y cualquiera que tengan a la mano para vapulear la tolerancia liberal) creen que “el liberalismo y la tolerancia burgueses son, en la mayoría de los casos, mitos que enmascaran la ‘voluntad de gobernar’”<sup>164</sup>. Estas figuras de la Contrailustración atacan la libertad de expresión simplemente como una forma de “tolerancia represiva”<sup>165</sup>. Un ejército de académicos intolerantes ha propuesto un sistema de “fuerzas sociales” de dominación — que incluyen clase, género, raza y otras categorías — que son más activos y reales que los meros “individuos” de carne y hueso que nos rodean (aunque ver a esas fuerzas sociales de manera adecuada y sin distorsiones requiere el arduo trabajo de catedráticos)<sup>166</sup>.

Los militaristas elogian la guerra por supuestos beneficios económicos y morales<sup>167</sup>. Los neoconservadores defienden las virtudes marciales como un ideal noble y una oportunidad de “restablecer el sentido de lo heroico” en la vida nacional<sup>168</sup>.

(Los neoconservadores sostienen que la “grandeza nacional” es un objetivo mucho más importante, noble y valioso que algo tan despreciable, devaluado y antiestadounidense como “la búsqueda de la felicidad”). Los “realistas” proponen la enemistad o, como máximo, la frialdad entre Estados o, en líneas más generales, “civilizaciones”<sup>169</sup>.

Los teócratas buscan someter a todos al dominio de Dios (o de dioses) a través de la violencia, y que todos profesen una sola fe, una sola religión, una sola forma de vida o, si eso no es posible, al menos que haya un Estado religioso que subordine y humille a quienes pertenezcan a otras religiones, y que, al mismo tiempo, expulse y mate a quienes no profesen ninguna.

Muchos críticos contemporáneos del liberalismo clásico, que incluye a los “marxistas analíticos”, plantean que no hay más violencia en el socialismo que en cualquier otro sistema, ya que todos los sistemas de toma de decisiones sobre recursos escasos justifican el uso de la fuerza, aunque sea para repelerla<sup>170</sup>. Esa es una antigua crítica del liberalismo que se remonta por lo menos al siglo XVII, cuando Sir Robert Filmer escribió su defensa del derecho divino de la monarquía absoluta y sostuvo:

Se habla mucho en el mundo acerca de la libertad que, según dicen, habrá en las comunidades populares. Vale la pena indagar hasta qué punto y en qué sentido este discurso de la libertad es verdadero: “la verdadera libertad es que cada hombre haga lo que desee o que viva como le plazca, y que no esté atado a ninguna ley”. Pero esa libertad no podrá encontrarse en ninguna comunidad, ya que hay más leyes en los Estados populares que en ningún otro sitio y, por consiguiente,

menos libertad; y el gobierno, muchos dicen, fue inventado para quitar la libertad y no otorgársela a hombre alguno. Tal libertad no puede existir; y si existiera, no habría ningún gobierno en absoluto<sup>171</sup>.

Por lo tanto, de acuerdo con ese modo de pensamiento, un régimen que prohíbe la violación no es menos coercitivo que uno que la impone, ya que repudiar a un violador no es menos contundente que la misma violación. Según esa visión, hay en el mundo un quantum de violencia que no aumenta ni disminuye<sup>172</sup>. Los liberales clásicos niegan esto firmemente y rehúsan equiparar la acción de violar con la de repudiar la violación.

### **La distinción amigo-enemigo**

Entre todos aquellos que contribuyeron al rechazo propuesto por la Contrailustración de las visiones liberales clásicas acerca de la paz y la resolución de los conflictos, el más influyente del siglo pasado fue Carl Schmitt, un teórico jurídico cuyo libro *El concepto de lo político* llegó a tener una enorme influencia tanto sobre la “derecha” como sobre la “izquierda” antiliberales. Schmitt fue “el más brillante enemigo del liberalismo del siglo”<sup>173</sup> y planteaba que “la distinción política específica (...) puede reducirse a la existente entre amigo y enemigo”<sup>174</sup>.

Schmitt insistía en que los liberales estaban equivocados con respecto a la armonía social, equivocados en que el intercambio era una alternativa moral a la conquista, equivocados en que el debate podía reemplazar al combate, equivocados en que la tolerancia podía reemplazar a la animosidad, y equivocados en que un mundo sin enemigos era incluso posible. Para Schmitt, el conflicto era algo definitorio de la política como tal, y la política

era esencial para el ser humano. Su influencia en el pensamiento político del siglo pasado ha sido imperceptible y, debido a su vida escandalosa y censurable, a menudo también ha sido ignorada, pero su idea central llegó a permear en el pensamiento tanto de la derecha como de la izquierda, e inspiró ataques “izquierdistas” y “derechistas” a la tolerancia, la economía de mercado, el gobierno limitado, el libre comercio y la paz. Sus ideas también están impulsando un resurgimiento del pensamiento fascista en Europa, por ejemplo, en el trabajo del académico de la Universidad Estatal de Moscú, Aleksandr Dugin, cuya obra es una reafirmación apenas velada de la ideología nacionalsocialista, con una “Rusia” expansionista en lugar de “Alemania” y “Eurasia” en lugar de “Tercer Reich”<sup>175</sup>.

Para Schmitt, “el enemigo no es meramente cualquier competidor o tan solo una parte de un conflicto en general. Tampoco es solo el adversario personal a quien se odia. Un enemigo solo existe cuando, al menos potencialmente, una colectividad combatiente confronta a una colectividad similar”<sup>176</sup>. De hecho, “únicamente en el combate real se revela la consecuencia más extrema de la agrupamiento político del amigo y del enemigo. De esta posibilidad extrema, la vida humana obtiene su tensión específicamente política”<sup>177</sup>.

El filósofo marxista Slavoj Žižek reconoció que las tendencias de izquierda y de derecha del pensamiento político anti-liberal adhieren a la distinción amigo-enemigo de Schmitt y, como “izquierdista”, Žižek hace una distinción entre el enfoque de derecha de los enemigos externos y “la primacía incondicional del antagonismo inherente como elemento constitutivo de la política” que plantea la izquierda”:

Es profundamente sintomático que, en lugar la *lucha* de clases, la Derecha radical hable de *guerra* de clases (o sexual). La indicación más clara del rechazo schmittiano de lo político es la primacía de la política externa (relaciones entre Estados soberanos) sobre la política interna (antagonismos sociales internos), sobre lo cual insiste: ¿no es la relación con un Otro externo como enemigo una forma de rechazar la *lucha interna* que atraviesa el cuerpo social? Contrariamente a lo que afirma Schmitt, una postura de izquierda insistiría en la primacía incondicional del antagonismo inherente como elemento constitutivo de lo político<sup>178</sup>.

Para estos pensadores, de derecha o de izquierda, el conflicto —“el antagonismo inherente” — es un elemento constitutivo de la vida humana en su totalidad. (Incluso un pensador progresista de centro-izquierda contemporáneo como John Rawls incorpora el conflicto entre ciudadanos a su teoría de la justicia social, en la forma de la distinción entre la justicia de los actos de tales ciudadanos y la justicia del orden social general, porque incluso cuando “todos, con razón, creen que están actuando de manera justa y escrupulosa al honrar las normas que rigen los acuerdos ...”) la tendencia es, más bien, que la justicia de fondo se deteriore aun cuando los individuos actúan de manera justa; el resultado general de transacciones distintas e independientes es alejarse y no acercarse a la justicia de fondo<sup>179</sup>. Es decir, que el conflicto entre los intereses de grupos sociales está incorporado en la misma estructura de la justicia, ya que, aunque por estipulación, todos actúan de acuerdo con los derechos y reglas de la

justicia, el resultado es inherentemente injusto y conflictivo, y el Estado debe intervenir para imponer un nuevo orden justo en la sociedad, completamente independiente de las reglas de la conducta recta entre las personas).

En los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, surgió una “industria Carl Schmitt” de publicaciones en la extrema izquierda; el influyente periódico marxista *Telos* adoptó el fundamento teórico político de Schmitt para su programa antiliberal<sup>180</sup>, y sus ideas juegan un rol central en el influyente, acérrimo y violento ataque al liberalismo y la paz promovido como “el nuevo Manifiesto comunista” por el escritor de izquierda italiano Antonio Negri (que cumplía una condena por su participación en hechos violentos, asesinato incluido, en Italia) y el teórico literario estadounidense Michael Hardt<sup>181</sup>. Su libro, *Imperio*, una diatriba extensa e ilegible publicada por Harvard University Press antes de los atentados del 11 de septiembre a las Torres Gemelas de Nueva York, prefiguró tales atentados con su llamado a atacar “la capital mundial”, su definición del “enemigo” como “un régimen específico de relaciones globales que denominamos Imperio”<sup>182</sup>, sus escalofriantes comentarios acerca del fundamentalismo islámico radical como tan solo otra forma de posmodernismo, y sus llamados al “potencial de la multitud para sabotear y destruir, con su propia fuerza productiva, el orden parasitario del dominio posmodernista”<sup>183</sup> (difícilmente pueda encontrarse una oración clara y comprensible en todo el libro, indudablemente debido a la violencia y el odio extremos de la filosofía de los autores; como explicó George Orwell: “Cuando existe una brecha entre nuestros objetivos reales y nuestros objetivos declarados, nos inclinamos instintivamente, por así

decirlo, hacia las palabras extensas y los modismos interminables, como un calamar chorreando tinta<sup>184</sup>).

Negri y Hardt se inspiraron en la notable defensa del enfoque “Großraum” del Tercer Reich sobre las relaciones geopolíticas. Schmitt buscaba potenciar “la tarea de la jurisprudencia alemana para escapar de la falsa alternativa de, por un lado, el mantenimiento meramente conservador de la forma de pensamiento entre Estados que ha prevalecido hasta hoy y, por otro lado, un alcance no estatal y no nacional de la ley global universalista tal como lo hacen las democracias occidentales. Debe encontrarse, entre ambas alternativas, el concepto de un gran orden espacial concreto, uno que corresponde tanto a las dimensiones espaciales de la tierra como a nuestros nuevos conceptos de Estado y nación<sup>185</sup>.”

El “alcance no estatal y no nacional de la ley global universalista tal como lo hacen las democracias occidentales” es lo que Negri y Hardt denominaron “Imperio” y cuya destrucción a través de la violencia promovían. Las ideas y concepciones políticas de Schmitt también están entrelazadas con el pensamiento de extrema derecha y neoconservador, este último, en gran parte, a través de la influencia del filósofo Leo Strauss, quien tuvo una importante influencia sobre Schmitt<sup>186</sup>, y los influyentes seguidores de Strauss, como el ex asesor de la Casa Blanca William Kristol, editor de *The Weekly Standard* y arquitecto de la Guerra de Irak<sup>187</sup> y el columnista de *New York Times* David Brooks, quien reclama el “conservadurismo de la grandeza nacional<sup>188</sup>”. En su forma menos militante, tal conservadurismo equivale a un llamado a construir enormes monumentos estatales a la grandeza nacional. En su forma más militante, es un abierto llamado a la guerra;

los neoconservadores fueron la fuerza principal detrás de la invasión a Irak y continúan presionando a favor de una confrontación militar prácticamente a cada momento. Según William Kristol y Robert Kagan, librar una guerra restablecería “un verdadero conservadurismo del corazón” que “debe enfatizar la responsabilidad tanto personal como nacional, deleitarse con la oportunidad del compromiso nacional, abrazar la posibilidad de la grandeza nacional y restablecer el sentido de lo heroico, lo cual ha sido una penosa carencia en la política exterior — y en el conservadurismo — estadounidense en los últimos años”<sup>189</sup>.

Schmitt fue profundamente influenciado por los comentarios de Leo Strauss sobre su trabajo y, por sugerencia de este, reformuló sus ideas para hacerlas aún más plenamente antiliberales. Strauss había comentado la edición de 1932 de *El concepto de lo político*, y su conclusión fue que Schmitt no había rechazado el liberalismo adecuadamente, y que aún estaba atrapado en categorías establecidas por el liberalismo. Strauss concluyó: “Dijimos que Schmitt emprende la crítica del liberalismo en un mundo liberal; y lo que quisimos decir, por lo tanto, es que su crítica del liberalismo tiene lugar en un horizonte de liberalismo; su tendencia no liberal está restringida por el aún invicto ‘sistema del pensamiento liberal’. Por consiguiente, la crítica presentada por Schmitt contra el liberalismo puede completarse solo si se logra ampliar el horizonte más allá del liberalismo”<sup>190</sup>. Y Schmitt procedió a hacerlo; en la edición de 1933, que se publicó después de la victoria de Hitler pero se suprimió después de la guerra (las ediciones subsiguientes del libro fueron reimpresiones de la edición de 1932), Schmitt avaló el Nacionalsocialismo, fue más explícito en cuanto a su antisemitismo y expresó el conflicto entre amigo y enemigo en

términos claramente raciales<sup>191</sup> (hay una ironía muy perturbadora en las agudas críticas de un intelectual judío que convence y alienta a un intelectual alemán para que se convierta en un ávido nazi y en el “principal jurista nazi”<sup>192</sup> del Tercer Reich).

Para Schmitt, así como para Marx y Engels, el libre comercio no era una alternativa pacífica para la guerra, sino meramente una pantalla de una forma de explotación más brutal. “El concepto de humanidad es un instrumento ideológico especialmente útil para la expansión imperialista y, en su forma ético-humanitaria, es un vehículo específico del imperialismo económico”<sup>193</sup>. Las concepciones liberales de los derechos humanos universales fueron rechazadas como incompatibles con su distinción entre amigo y enemigo:

La humanidad no es un concepto político, no es una entidad ni sociedad política, y no le corresponde ningún estatus. El concepto humanitario del siglo XVIII referido a la humanidad fue una polémica negación del sistema aristocrático-feudal existente y de los privilegios que este conlleva. De acuerdo con la ley natural y las doctrinas liberales-individualistas, la humanidad es un ideal universal, es decir, abarcador y social, un sistema de relaciones entre individuos. Esto se materializa solo cuando se excluye la posibilidad real de la guerra y cuando la existencia del agrupamiento amigo y enemigo se hace imposible. En esta sociedad universal, ya no habría naciones en la forma de entidades políticas, ni luchas de clase ni agrupamientos de enemigos<sup>194</sup>.

Si fuera por él, tampoco habría ninguna apelación a ideas liberales como los derechos humanos universales, o la tolerancia, o la libertad de expresión, comercio y viaje.

Todos los *pathos* liberales se vuelven en contra de la represión y la falta de libertad. Toda invasión, toda amenaza a la libertad individual, la propiedad privada y la libre competencia se denomina represión y es el mal *eo ipso*. Lo que este liberalismo aún admite del Estado, el gobierno y la política se limita a asegurar las condiciones para la libertad y eliminar las violaciones de la libertad. Llegamos así a un sistema completo de conceptos desmilitarizados y despolitizados<sup>195</sup>.

Un mundo “desmilitarizado y despolitizado” también significaba para Schmitt (y para Strauss, Jünger y otros que seguían esa tradición), un mundo poco serio, de mero “entretenimiento”. Un mundo verdaderamente humano es un mundo politizado, y “lo político es el antagonismo más intenso y extremo, y todo antagonismo concreto es tanto más político cuanto más se aproxima al punto extremo, el del agrupamiento basado en el concepto amigo-enemigo”<sup>196</sup>. La cuestión de si el enemigo es externo o interno es el eje central de la vida, tanto para la derecha como para la izquierda. Fuerzas titánicas y heroicas deben enfrentarse en una lucha más valiosa, más elevada, más noble que la vida de “entretenimiento”, de trabajo, de comercio, de familia, de amor, todo lo cual es poco serio comparado con “lo político”. Con el fin de vivir una vida política seria, deben eliminarse la cooperación pacífica, la tolerancia y la pluralidad de vidas vividas “desde el interior” — todos los valores del liberalismo —, y las fuerzas sociales deben enfocarse en derrotar *al enemigo*.

## Las ideas de 1914

*“Representamos la memoria de los muertos que son sagrados para nosotros, y nos creemos encomendados al bienestar genuino y espiritual de nuestro pueblo. Simbolizamos lo que será y lo que ha sido. Aunque la fuerza externa y la barbarie interna se aglomeren en nubes sombrías, siempre que la hoja de la espada provoque un destello en medio de la noche, podremos decir: ¡Alemania vive y Alemania jamás se derrumbará!”.*

- Ernst Jünger<sup>197</sup>

---

El movimiento intelectual del cual Schmitt fue una figura importante incluyó a muchos otros profundamente influenciados por “Las ideas de 1914”, una celebración del año en que Europa se hundió en la histeria masiva y millones fueron asesinados<sup>198</sup>. La experiencia de la guerra tuvo una enorme influencia en todo el mundo, no solo en cuestiones políticas (por ejemplo, la centralización del poder gubernamental en Estados Unidos), sino en la creación de un culto del conflicto, la regimentación y la guerra. La brillante obra de Ernst Jünger *Tempestades de acero* fue un trabajo significativo dentro de esa tradición (Jünger también fue un estrecho interlocutor epistolar de Schmitt; ambos tuvieron un intenso intercambio de correspondencia durante más de cincuenta años<sup>199</sup>).

Jünger, al igual que su amigo y correspondiente Schmitt, fue una figura intelectualmente poderosa que influyó tanto en la izquierda como en la derecha para oponerse a los valores e ideas liberales<sup>200</sup>. El relato de sus experiencias como integrante de las tropas de asalto en la Primera Guerra Mundial fue una

popular declaración de “Las ideas de 1914”, en particular su colectivismo militarista. En *Tempestades de acero*, Jünger glorificaba la contienda y el conflicto a través de la guerra. El contraste implícito era el aburrimiento, la pura inutilidad, la falta de seriedad de la vida durante la paz, de producir cosas para venderlas y comprarlas; de asistir a conciertos y juegos deportivos, laboratorios y galerías de arte; de buscar el conocimiento científico; de disfrutar de una buena cerveza con buenos amigos. La vida burguesa era aburrida, mientras que la vida de contienda, de muerte violenta, de guerra era la única condición bajo la cual se podía vivir verdaderamente.

Y si se objeta el hecho de que pertenecemos a una época de burda violencia, nuestra respuesta es: resistimos con los pies metidos en barro y sangre, y, aun así, nuestros rostros se volvieron hacia cosas de excelso valor. Y ni uno solo de la incalculable cantidad que cayó en nuestros ataques cayó inútilmente. Cada uno de ellos cumplió su voluntad.

(...)

En cuanto ya no sea posible comprender cómo es que un hombre da su vida por su país —y ese momento llegará— entonces todo se habrá terminado junto con esa fe, y morirá la idea de la Patria; y entonces, quizá, se nos envidiará como se envidia a los santos su fortaleza interior e irresistible<sup>201</sup>.

Así era como Jünger y muchos otros veían la guerra, pero probablemente no es la forma en que la veían millones de otros soldados que se ahogaron en el lodo, con los pulmones quemados por el gas mostaza, que murieron escupiendo pedazos

de sangre, y que jamás volvieron a ver a sus esposas, hijos, novias y amigos. Erich Maria Remarque, que escribió *Sin novedad en el frente*, describió la guerra de forma totalmente distinta. A Jünger se lo celebraba, pero las obras de Remarque fueron quemadas por los nacionalsocialistas, y su hermana fue decapitada por orden de un “juez” nacionalsocialista del “Volksgerichtshof” (“Tribunal del pueblo”), quien, según informes, declaró: “Su hermano se nos escapó, pero usted no”<sup>202</sup>.

Jünger no era un simple artista, sino un activo promotor de la dictadura totalitaria a través de su apreciación estética de la violencia, el conflicto y la regimentación. Tal como escribió a favor de la dictadura:

La revolución genuina ciertamente aún no se ha producido. Marcha inexorablemente hacia adelante. No es una reacción, sino más bien una verdadera revolución con todas sus características y manifestaciones. Su idea es la del Pueblo, perfeccionada hasta un nivel de precisión aún desconocido; su bandera es la esvástica; su expresión externa, la concentración de la voluntad en un punto único: ¡la dictadura! La dictadura reemplazará la palabra por la acción, la tinta por la sangre, la frase por el sacrificio, la pluma por la espada<sup>203</sup>.

La “Movilización total” como concepto fue introducido por Jünger en su ensayo de 1930, y entusiasmó a los colectivistas antiliberales de Alemania (Martin Heidegger entre ellos) por ser una visión tecnológicamente autorizada del colectivismo. Alabó “la creciente restricción de la libertad individual”, un privilegio que, sin duda, siempre ha sido cuestionable”, se maravilló por la forma en que, en la Unión Soviética, “por

primera vez, el ‘plan quinquenal’ ruso presentó al mundo un intento de canalizar las energías colectivas de un gran imperio en una corriente única”, y se refirió a la “Movilización total” como “simplemente una intimación de esa movilización superior que la época está descargando sobre nosotros”<sup>204</sup>.

La elección de la dictadura, de *cualquier cosa excepto el liberalismo*, muestra la profunda afinidad de las formas rivales del colectivismo. Jünger rememoró, en los últimos años de su vida, sus primeras actitudes prosoviéticas (antes de trabajar para el Tercer Reich). Acerca de la Unión Soviética, expresó:

Estaba muy interesado en el plan, en la idea del plan. Me dije: de acuerdo, no tienen constitución, pero sí tienen un plan. Esto puede ser grandioso<sup>205</sup>.

Vale la pena contrastar la apreciación del colectivismo por parte de Jünger y sus círculos con la muy diferente reacción del escritor ruso Vasily Grossman, que creció bajo la regimentación del colectivismo soviético y llegó a rechazarlo; vio claramente la igualdad subyacente del fascismo, el nacionalsocialismo y el comunismo. Grossman escribió en *Red Star*, el periódico del Ejército Rojo, y fue la primera persona en escribir un relato acerca de la liberación de uno de los campos de la muerte del Tercer Reich, Treblinka. Grossman, que nunca había vivido en una sociedad libre, llegó a comprender y anhelar la libertad. Su novela *Vida y destino* no fue publicada mientras vivió: al concluir la obra fue incautada por la KGB (junto con la cinta de mecanografía con la cual la escribió). En *Vida y destino*, en medio de la guerra entre el Tercer Reich y la Unión Soviética, el coronel Pyotr Pavlovich Novikov del Ejército Rojo inspecciona a los soldados reunidos bajo su mando y advierte:

Los grupos humanos tienen un solo y principal propósito: afirmar el derecho de todos a ser diferentes, a ser especiales; a pensar, sentir y vivir a su manera. Las personas se unen para obtener o defender este derecho. Pero es allí donde nace un error terrible y fatal: la creencia de que estos grupos, en nombre de la raza, de un Dios, de un partido o de un Estado, son el propósito mismo de la vida y no simplemente un medio para obtener un fin. ¡No! El único significado verdadero y perdurable de la lucha por la vida yace en el individuo, en sus modestas peculiaridades y en su derecho a esas peculiaridades<sup>206</sup>.

Estas “modestas peculiaridades” no brindan inspiración a los ideólogos colectivistas de izquierda o de derecha, cuyo propósito es alistar y regimentar al resto de nosotros en pos de sus causas y luchas más elevadas.

La influencia de Jünger continúa. Se puede oír su voz muy claramente en los escritos del escritor neoconservador de *New York Times* David Brooks. En una columna del 23 de agosto de 2010, titulada “A Case of Mental Courage”, Brooks cita la descripción de la novelista Fanny Burney acerca de la espantosa experiencia de la mastectomía sin anestesia (“Entonces sentí el Cuchillo avanzando en el esternón, ¡raspándolo! Esto se hacía mientras yo aún continuaba sumida en la más indecible tortura”), y alaba la experiencia misma y su “heroísmo” al relatar cada detalle (“una prueba ardua pero necesaria si es que esperaba ser una persona de carácter y coraje”). Brooks se hace eco del influyente ensayo escrito por Jünger en 1934, “Sobre el dolor”, quien ignoró los avances de la Ilustración y afirmó que “con bastante seguridad, el mundo del individuo autocomplaciente

y autocrítico ha llegado a su fin, y su sistema de valores, que sin duda aún está difundido, ha sido derribado o refutado en todos los puntos decisivos por sus propias consecuencias”<sup>207</sup>.

Según Brooks, “el heroísmo no solo existe en el campo de batalla o en el ámbito público, sino también en la mente, en la capacidad de enfrentar pensamientos desagradables”. Además, imitando a Jünger y Strauss, Brooks lamenta el capitalismo liberal: “Se habla menos del pecado y la fragilidad en estos días. El capitalismo también ha socavado este *ethos*. En la competencia mediática para arrancarse los ojos, todos reciben una recompensa por producir contenidos placenteros y asertivos”. La vida ha quedado reducida a un contenido meramente “placentero y asertivo”, y carece de lo “heroico”, temas que repiten las quejas de Strauss y Schmitt sobre la falta de seriedad de las sociedades libres. Brooks, también un entusiasta defensor de ir a la guerra con Irak, ofrece en sus escritos una manifestación estética del llamado de sus colegas neoconservadores Robert Kagan y William a “restablecer el sentido de lo heroico” en Estados Unidos usando el poder militar para “contener o destruir a varios de los monstruos del mundo”<sup>208</sup>.

Que una nación pueda ser grande sin guerra, sin violencia, sin antagonismo, a través de la protección de los derechos de los individuos para el disfrute pacífico de sus modestas peculiaridades, es simplemente impensable para los herederos de la tradición del colectivismo. Para ellos, la vida sin contiendas heroicas es una vida carente de seriedad, una vida sin sentido. Esa valoración estética de la guerra echó leña al fuego que consumió la vida de millones de personas.

## Las guerras no son inevitables

*“Pronto no habrá ningún pobre que sea tan necio como para ir a la guerra; no porque haya dejado de ser rentable, ya que nunca lo ha sido, sino debido a la conciencia social que ha sido desarrollada por los grandes liberales clásicos, quienes siempre han defendido la paz. La libertad lleva a la paz, mientras que la autoridad lleva a la guerra. Los amantes de la libertad están dispuestos a comparar las vidas de aquellos que defendieron esa libertad con la de aquellos que defendieron la autoridad, la de aquellos que han intentado salvar con la de aquellos que han intentado destruir”.* - Charles T. Sprading<sup>209</sup>

---

En 1913, poco antes de una guerra increíblemente mortal y destructiva que estalló en Europa, un liberal clásico estadounidense se adelantó a la retórica venidera de Woodrow Wilson, el presidente de Estados Unidos que llevó a este país a lo que él denominó una “guerra para poner fin a todas las guerras”. Charles T. Sprading preguntó:

¿Cómo se detiene una guerra? ¿Yendo a la guerra? ¿El derramamiento de sangre va a detener el derramamiento de sangre? No; la forma de detener la guerra es dejar de ir a la guerra<sup>210</sup>.

No se prestó atención a las voces de los liberales de entonces, y millones pagaron con sus vidas. La marea se había vuelto en contra de la libertad, tal como lo advirtiera el periodista liberal E. L. Godkin a principios del siglo:

Solo vestigios, hombres ancianos en su mayoría, aún defienden la doctrina liberal, y cuando ellos mueran, no habrá defensores (...) La vieja falacia del derecho divino ha afirmado su desastroso poder una vez más, y, antes de que sea nuevamente repudiado, deberán producirse contiendas internacionales a un nivel formidable<sup>211</sup>.

Godkin tuvo razón en cuanto al corto plazo, Sprading se equivocó. Pero ambos vieron un largo plazo que prometía la paz. La marea ha vuelto nuevamente hacia las ideas de libertad. Los liberales clásicos de todos los continentes están trabajando por un mundo de paz y libertad de pensamiento, expresión, culto, amor, asociación, viaje, trabajo y comercio. El crecimiento de una economía global ha disminuido los incentivos de la guerra e incrementado las chances de la paz.

De nosotros depende, de una vez por todas, repudiar las teorías modernas que sostienen el "derecho divino" de los gobernantes, estadistas y caudillos a disponer de la vida de otros. Es momento, usando las palabras del coronel Pyotr Pavlovich Novikov, "de afirmar el derecho de todos a ser diferentes, a ser especiales; a pensar, sentir y vivir a su manera", y de hacer realidad un mundo en donde todos disfruten la libertad y la paz.

# 11.

## El arte de la guerra

*Por Sarah Skwire*

¿Por qué la literatura y la poesía nos permiten ver lo que no se ve en la guerra? ¿Qué ventaja tiene el poeta frente al estadista, el historiador y el periodista para ayudarnos a entender la guerra? Sarah Skwire es la autora del manual de redacción universitaria *Writing with a Thesis*, actualmente en su undécima edición, y ha ganado premios por su poesía, que se ha publicado en *The New Criterion*, *The Oxford Magazine* y *Vocabula Review*, entre otros lugares. Es miembro de Liberty Fund.

---

Casi perdido entre los grandes sucesos históricos y los personajes épicos de la obra de Shakespeare, *Enrique V*, está el niño sin nombre conocido simplemente, en la lista de personajes, como “un muchacho”. Pasa el tiempo con los excompañeros de Hal mientras se preparan para luchar en una guerra contra Francia, que inició su viejo amigo que ahora es el rey. Apenas si notamos el pequeño papel del muchacho en la obra hasta que, hacia el final del Acto IV, ayuda al cómico personaje de Pistola traduciendo del francés y luego se dirige a la audiencia para decir: “Debo quedarme con los lacayos que cuidan el equipo de nuestro campamento. Los franceses

podrían hacerse de un buen botín a costa nuestra, si supieran dónde está, porque solo lo custodian unos muchachos”.

Y esa es la última vez que sabemos del muchacho, ya que los franceses saben dónde está. Los muchachos que cuidan el equipo son asesinados, y esta “más consumada rufianería” es un momento sangriento más en una obra que se preocupa por sopesar el equilibrio entre las glorias y los horrores de la guerra.

Pero... ¿por qué Shakespeare le dedicaría tiempo a eso? ¿Por qué hacer una pausa en medio de la batalla de Agincourt, por el amor de Dios, para dar un discurso extra a un muchacho sin nombre que está por morir?

La respuesta, creo yo, es que necesitamos la historia del muchacho, y nuestra respuesta horrorizada, para inmunizarnos contra la actitud insensible de Falstaff hacia sus soldados en la primera parte de *Enrique IV*. “¡Bah, bah! ¡Excelentes para ser ensartados, carne de cañón, carne de cañón! Llenarán un foso tan bien como los mejores. ¡Eh, caro mío, hombres mortales, hombres mortales!”. La respuesta, creo yo, es que Shakespeare entendía que una de las cosas más poderosas que puede hacer la literatura —en medio de la experiencia totalizadora y anonimizadora de la guerra— es ayudarnos a oír la voz del individuo. Y es por esa capacidad que la literatura es tan valiosa para los liberales clásicos que quieren estudiar y entender la guerra a fin de eliminarla.

Que la guerra nos hace anónimos no es ninguna novedad. Orwell lo sabía muy bien y, en su novela *1984*, que describe un mundo que siempre ha estado en guerra, observamos un orden social totalmente nuevo creado para apoyar esa anonimidad. Se desalienta a hombres y mujeres de forjar relaciones íntimas.

Todas las actividades son actividades grupales. Hay vigilancia constante y una anulación del espacio privado y de todo objeto personal, todo a fin de convertir a los seres humanos individuales en unidades intercambiables.

Cuando Vaclav Havel escribe sobre un Estado posttotalitario que ha pasado de la violencia a una aceptación sombría y conformista de la opresión del Gobierno, tranquilamente podría estar describiendo un Estado en guerra: “Entre los planes del sistema posttotalitario y los planes de la vida hay un profundo abismo. Mientras por su naturaleza la vida tiende al pluralismo, a la variedad de coloridos, a organizarse y constituirse de manera independiente, en definitiva, a realizar su libertad, el sistema posttotalitario exige monolitismo, uniformidad y disciplina (...) Este sistema solo está al servicio del hombre en la medida en que es indispensable para que el hombre esté al servicio del sistema; todo “el plus”, es decir, todo eso con lo que el hombre va más allá de su condición predeterminada, el sistema lo valora como un ataque a sí mismo”.

Frente a esta fuerza anonimizadora y destructiva de la guerra y del Estado en guerra, tenemos la voz del escritor.

Mark Twain usa este poder en *Oración de guerra* cuando su profeta celestial recuerda a la congregación reunida que su oración por la victoria también es una oración por la destrucción de los otros:

¡Oh Señor nuestro Dios, ayúdanos a destrozarnos a sus soldados y convertirlos en despojos sangrientos con nuestros disparos; ayúdanos a cubrir sus campos resplandecientes con la palidez de sus patriotas muertos;

ayúdanos a ahogar el trueno de sus cañones con los quejidos de sus heridos que se retuercen de dolor, ayúdanos a destruir sus humildes viviendas con un huracán de fuego; ayúdanos a acongojar los corazones de sus viudas inofensivas con aflicción inconsolable; ayúdanos a echarlas de sus casas con sus niñitos para que deambulen desvalidos (...) te imploramos que tengan por refugio la tumba que se les niega.

Cuando el enemigo ya no es una masa anónima, es mucho más difícil dispararle.

Y cuando uno ya no es parte de una masa anónima, es más difícil disparar. Por eso es importante la disciplina. El poema de Henry Reed "Facilitar la primavera", escrito durante la Segunda Guerra Mundial, nos da una clase sobre manejo de armas, donde moldean a los nuevos reclutas para convertirlos en soldados. La voz áspera del sargento instructor y la disciplina que está enseñando contrastan con el hermoso día de primavera y la naturaleza salvaje que está afuera del salón de clases.

Hoy nos toca nombrar las piezas. Ayer,  
Tuvimos la limpieza diaria. Y mañana por la mañana,  
Lo tendremos que hacer después del tiroteo. Pero hoy,  
Hoy nos toca nombrar las piezas. La japónica  
Reluce como coral en todos los jardines vecinos,  
Y hoy nos toca nombrar las piezas.

Pero, por supuesto, la anonimización de la guerra es siniestra, no solo porque convierte a los individuos en piezas intercambiables e indistinguibles. Lo terrible es lo que sucede con esas piezas cuando van a la guerra.

Y es aquí donde la voz del escritor es más esencial, y donde la voz del escritor que ha ido a la guerra es más valiosa. De esas voces, una de las más importantes es la de Wilfred Owen, cuyos poemas, escritos en el frente durante la Primera Guerra Mundial, hacen hincapié en el anonimato de la guerra a fin de luchar contra ella. Su poema "Himno a la juventud condenada" comienza con la cruda pregunta "¿Doblarán las campanas por aquellos que mueren como ganado?" y en todo el verso se preocupa por la tragedia de estos hombres individuales, enviados a morir en masa. El movimiento de su poema más famoso, "Dulce et Decorum Est", es desde una vista gran angular de un grupo de soldados que están marchando: "Encogidos, como viejos mendigos en sus sacos, / las rodillas juntas, tosiendo como arpías, maldecíamos en el fango", hasta un primer plano individualizado de un soldado sin máscara durante un ataque con gas.

Pero alguien aún estaba gritando y tropezando  
Y ardía retorciéndose, como ahogándose en cal viva...  
Borroso, a través de los empañados cristales  
de la máscara y de la tenue luz verde,  
Como en un mar verde lo vi ahogarse.  
En todas mis pesadillas, ante mi impotente mirada,  
Se desploma boqueando, agonizando, asfixiándose.

Después de eso, Owen se dirige al lector para decirle: "si pudieras ver lo que he visto y oído, no creerías tanto en las glorias de la guerra". Así es como, a través de su arte, el soldado anónimo se diferencia como individuo y entonces su muerte es dolorosamente personal.

Yeats hace algo similar en su poema "Pascua de 1916", que cierra con un catálogo de vidas perdidas en el alzamiento de Pascua.

— Lo escribo aquí en verso —  
MacDonagh y MacBride  
Y Connolly y Pearse  
Ahora y en el porvenir,  
Donde se vista el verde,  
Han cambiado, totalmente cambiado:  
Una terrible belleza ha nacido.

El simple hecho de mencionar los nombres de los muertos reconoce que las vidas que se perdieron son *vidas* que se perdieron, no meras bajas. Y la literatura insiste en que prestemos atención a esas vidas y a esas voces. Nos preguntamos: ¿cómo se llamaba el muchacho en *Enrique V*?

Mientras Yeats ve belleza, aunque terrible, en la pérdida de esas personas, el poeta israelí Yehuda Amichai no encuentra más que desesperación.

El diámetro de la bomba era de treinta centímetros  
y el diámetro de su destrucción, de unos siete metros,  
y allí, cuatro muertos y once heridos.  
Y alrededor de eso, en un círculo mayor  
de dolor y tiempo están diseminados dos hospitales  
y un cementerio. Pero la joven mujer  
que fue enterrada en el lugar del cual vino,  
a una distancia de más de cien kilómetros  
agranda el círculo considerablemente.  
Y el hombre solo que está llorando la muerte  
en un país lejano

incorpora al círculo al mundo todo.  
Y no voy a hablar del llanto de los huérfanos  
que alcanza el trono de Dios y  
desde allí hace al círculo infinito y sin Dios.

Y así como el poema “Dulce et Decorum Est” de Owen se centra en visiones cada vez más íntimas de un ataque con gas y luego exige al lector que piense en qué le representa, Amichai insiste en que sus lectores piensen en lo que significa una bomba pequeña cuando comenzamos a entender los círculos concéntricos de su influencia. Puede que la bomba haya matado a solo cuatro, pero su efecto “alcanza el trono de Dios”.

Es útil estudiar los números grandes de la guerra. Debemos saber cuánto gastamos, cuántos soldados perdemos, cuántos civiles son asesinados. Pero también debemos recordar que los números grandes, sin importar cuánto nos digan, no nos dicen todo. Mirar solamente, como decía Amy Lowell, “el patrón llamado guerra” oscurece los detalles que forman el patrón y nos hace olvidar la vida de las personas que proporcionaron esos detalles.

Muchos escritores han comentado sobre el sentimiento de futilidad que surge de ser escritor en tiempos de guerra, cuando la gente quiere noticias, no arte. Pablo Neruda ofrece una triste explicación famosa de por qué no escribe mucho, ni bien, en tiempos de guerra:

Preguntaréis por qué su poesía  
no nos habla del sueño, de las hojas,  
¿de los grandes volcanes de su país natal?  
¡Venid a ver la sangre por las calles,

venid a ver la sangre por las calles,  
venid a ver la sangre por las calles!

En tiempos de guerra, sugiere, ¿qué se puede decir sino “venid a ver la sangre por las calles”? Y cuando no hay nada más para decir, ¿qué sentido tiene la poesía?

Pero Auden nos recuerda que la voz del escritor puede y debe usarse para personalizar la sangre en las calles y hacer que importe. No es meramente sangre: es la sangre de *alguien*. La voz del individuo se debe usar para defender el valor del individuo frente a las mentiras de la guerra.

Lo único que tengo es una voz  
[para deshacer la mentira y sus dobleces,  
la mentira romántica en los sesos  
del sensual hombre-de-la-calle  
y la mentira de la autoridad  
cuyos edificios tentalean el cielo:  
no hay tal cosa como el Estado  
y nadie existe solo;  
el hambre no deja escoger  
ni al ciudadano ni al policía;  
debemos amarnos unos a otros o morir.

# 12.

## Oración de guerra

*Por Mark Twain*

**Samuel Langhorne Clemens, más conocido por su pseudónimo Mark Twain, fue uno de los más grandes escritores de la historia estadounidense. Entre sus libros se encuentran *Las aventuras de Tom Sawyer* y *Las aventuras de Huckleberry Finn*.**

---

*Fue una época de gran exaltación y emoción. El país se había levantado en armas, había empezado la guerra y en cada pecho ardía el fuego sagrado del patriotismo; se oía el redoble de los tambores y tocaban las bandas de música; tiraban cohetes y un montón de fuegos artificiales zumbaban y chisporroteaban. Allí abajo, a lo lejos, de las manos, tejados y balcones, ondeaba al sol una espesura de banderas brillantes. De día, por la ancha avenida, los jóvenes voluntarios desfilaban alegres y hermosos con sus uniformes; a su paso los orgullosos padres, madres, hermanas y enamoradas los vitoreaban con voces ahogadas por la emoción. De noche, en las concurridas reuniones se escuchaba con admiración la oratoria patriótica que agitaba lo más hondo de sus corazones, y que solía interrumpirse con una tempestad de aplausos, al tiempo que las lágrimas corrían por sus mejillas. En las iglesias los pastores predicaban devoción a la bandera y al*

país, y en favor de nuestra noble causa imploraban ayuda al dios de las batallas con una elocuencia tan efusiva y fervorosa que conmovía a todos los oyentes.

De hecho, era una época próspera y alegre, y los pocos espíritus temerarios que se aventuraban a desaprobado la guerra y a albergar alguna duda sobre su rectitud, enseguida recibían un castigo tan duro y severo que, para su propia seguridad, inmediatamente retrocedían espantados y no volvían a ofender en ese sentido.

Llegó el domingo por la mañana. Al día siguiente los batallones partirían hacia el frente; la iglesia estaba a rebosar. Y allí estaban los voluntarios, con sus rostros iluminados por visiones y sueños milicianos. ¡El austero avance de tropas, el ímpetu incontenible, el ataque desenfrenado, los sables relucientes, la huida del enemigo, el tumulto, el humo envolvente, la búsqueda feroz y la rendición! ¡Y luego, de regreso al hogar, los héroes condecorados, bienvenidos, venerados, inmersos en un mar de oro de gloria! Al lado de los voluntarios se sentaban sus seres queridos, orgullosos, contentos y envidiados por los vecinos y amigos que no tenían hijos o hermanos a quienes enviar al campo de honor, para vencer por la bandera o, caso contrario, sucumbir a la más noble de las muertes nobles. El servicio religioso continuó. Se leyó un capítulo del Antiguo Testamento sobre la guerra y se rezó la primera plegaria, seguida de un estallido del órgano que sacudió el edificio. Y de un impulso la congregación se levantó con brillo en los ojos y latidos en el corazón: "Dios Todopoderoso! ¡Tú que ordenas, el trueno es tu trompeta y el rayo tu espada!"

Después vino la oración larga. Nadie recordaba algo semejante por lo apasionado de la súplica y lo conmovedor y

bello de su lenguaje. En esencia, la oración pedía al Padre de todos nosotros, benigno y siempre misericordioso, que velara por nuestros nobles y jóvenes soldados y les proporcionara auxilio, consuelo y ánimo en el afán de su patriótica tarea; que los bendijera y protegiera con Su poderosa mano en la batalla; que los fortaleciera y les diera confianza para que fueran invencibles en el ataque sangriento; que les ayudara a aplastar al enemigo y les concediera, tanto a ellos como a su patria y su bandera, la gloria y el honor imperecederos.

Un anciano extraño entró y con paso lento y callado avanzó por el pasillo, con los ojos clavados en el clérigo. Tenía un cuerpo alto e iba vestido con una túnica que le llegaba a los pies, llevaba la cabeza descubierta, una vaporosa cascada de cabello cano le caía sobre los hombros y tenía la cara arrugada y exageradamente pálida, casi fantasmal. Llenos de asombro, todos le seguían con la mirada mientras se encaminaba al altar en silencio y sin pausa, hasta que se detuvo a la par del clérigo y se quedó allí esperando de pie.

El clérigo, con los ojos cerrados, no se había percatado de la presencia del extraño y prosiguió con su oración conmovedora hasta terminar con las siguientes palabras, pronunciadas con gran fervor: «¡Bendice nuestras almas, concédenos la victoria, Oh Señor Nuestro, Dios, Padre y Protector de nuestra tierra y nuestra bandera!''.

El extraño le tocó el brazo y le hizo señas para que se apartara -a lo que accedió el desconcertado clérigo- y ocupó su lugar. Durante unos momentos, con ojos solemnes que emanaban una luz extraordinaria, contempló detenidamente a la audiencia embelesada. Entonces con una voz profunda dijo: Vengo del Trono.

Soy portador de un mensaje de Dios Todopoderoso". Las palabras golpearon a la congregación como en un seísmo; si el extraño lo percibió no hizo ningún caso. "El ha escuchado la oración de Su siervo, vuestro pastor, y se concederán sus peticiones si éste es vuestro deseo después que yo, Su mensajero, os haya explicado su significado, es decir, todo su significado. Pues sucede lo que en la mayoría de las oraciones de los hombres; el que las pronuncia pide mucho más de lo que es consciente, salvo que se detenga y se ponga a meditar".

"Vuestro Siervo de Dios ha rezado su plegaria. ¿Ha reflexionado sobre lo que ha dicho? ¿Es acaso una sola oración? No; son dos -una pronunciada y la otra no-. Ambas han llegado a los oídos de Aquel que escucha todas las súplicas, tanto las anunciadas como las guardadas en silencio. Ponderad esto y guardadlo en la memoria. Si rezas una plegaria en tu beneficio ¡ten cuidado! no sea que sin querer invoques al mismo tiempo una maldición sobre el vecino. Si rezas una oración para que llueva sobre tu cosecha, mediante ese acto quizá estés implorando que caiga una maldición sobre la cosecha de alguno de tus vecinos que probablemente no necesite agua y resulte así dañada".

"Han escuchado la oración de vuestro siervo -la parte enunciada-. Yo he sido encargado por Dios para poner en palabras la otra parte, aquélla que el pastor -al igual que ustedes en sus corazones- rezaron en silencio. ¿Con ignorancia y sin reflexionar? ¡Dios asegura que así fue! Oísteis estas palabras: 'Concédenos la victoria, Oh Señor Nuestro Dios'. Eso es suficiente. La oración pronunciada está íntimamente ligada a esas palabras fecundas. No han sido necesarias las explicaciones. Cuando habéis rezado por la victoria, habéis rezado por las muchas consecuencias

no mencionadas que resultan de la victoria -debe ser así y no se puede evitar-.El espíritu atento de Dios Padre acogió también la parte no pronunciada de la oración. Me encargó que la expresara con palabras. ¡Escuchad!”.

“Oh Señor, nuestro Padre, nuestros jóvenes patriotas, ídolos de nuestros corazones, salen a batallar. ¡Mantente cerca de ellos! Con ellos partimos también nosotros -en espíritu- dejando atrás la dulce paz de nuestros hogares para aniquilar al enemigo. ¡Oh Señor nuestro Dios, ayúdanos a destrozar a sus soldados y convertirlos en despojos sangrientos con nuestros disparos; ayúdanos a cubrir sus campos resplandecientes con la palidez de sus patriotas muertos; ayúdanos a ahogar el trueno de sus cañones con los quejidos de sus heridos que se retuercen de dolor, ayúdanos a destruir sus humildes viviendas con un huracán de fuego; ayúdanos a acongojar los corazones de sus viudas inofensivas con aflicción inconsolable; ayúdanos a echarlas de sus casas con sus niñitos para que deambulen desvalidos por la devastación de su tierra desolada, vestidos con harapos, hambrientos y sedientos, a merced de las llamas del sol de verano y los vientos helados del invierno, quebrados en espíritu, agotados por las penurias, te imploramos que tengan por refugio la tumba que se les niega -por el bien de nosotros que te adoramos, Señor-, acaba con sus esperanzas, arruina sus vidas, prolonga su amargo peregrinaje, haz que su andar sea una carga, inunda su camino con sus lágrimas, tiñe la nieve blanca con la sangre de las heridas de sus pies! Se lo pedimos, animados por el amor, a Aquel quien es Fuente de Amor, sempiterno y seguro refugio y amigo de todos aquellos que padecen. A El, humildes y contritos, pedimos Su ayuda. Amén”.

(Después de una pausa)

“Así es como lo habéis rezado. ¡Si todavía lo deseáis, hablad! El mensajero del Altísimo aguarda”.

Más tarde se creyó que el hombre era un lunático porque no tenía sentido nada de lo que había dicho.

# 13.

## Dulce et decorum est

*Por Wilfred Owen*

Wilfred Owen fue un poeta y soldado inglés muerto en acción el 4 de noviembre de 1918, una semana antes que fuera firmado el Armisticio que puso fin a Primera Guerra Mundial.

---

Encogidos, como viejos mendigos en sus sacos,  
las rodillas juntas, tosiendo como arpías, maldecíamos en  
el fango,  
hasta que a la luz maligna de las bengalas nos volvimos  
y marchamos penosamente hacia el distante refugio.  
Los hombres marchaban dormidos. Muchos habían  
perdido sus botas  
pero avanzaban renqueantes con pies ensangrentados.  
Todos iban cojos; todos ciegos;  
borrachos de fatiga; sordos hasta para el silbido  
de las bombas dejadas atrás, que explotaban a nuestras  
espaldas.  
“¡Gas, gas! ¡Rápido, muchachos!”; un éxtasis de  
desconcierto,  
Poniéndonos los toscos cascos justo a tiempo;  
Pero alguien aún estaba gritando y tropezando

Y ardía retorciéndose, como ahogándose en cal viva...  
Borroso, a través de los empañados cristales de la  
máscara y de la tenue luz verde,  
Como en un mar verde lo vi ahogarse.  
En todas mis pesadillas, ante mi impotente mirada,  
Se desploma boqueando, agonizando, asfixiándose.  
Si en algún sofocante sueño tú también puedes caminar  
Tras la carreta en la que lo pusimos,  
Y mirar sus blancos ojos moviéndose  
En su desmayada cara, como un endemoniado.  
Si pudieses escuchar a cada traqueteo  
El gorgoteo de la sangre saliendo de sus destrozados  
pulmones,  
Repugnante como el cáncer, nauseabundo como el vómito  
De horrorosas, incurables llagas en lenguas inocentes,  
Amigo mío, no volverías a decir con ese alto idealismo  
A los ardientes jóvenes sedientos de gloria  
La vieja mentira: "Dulce et decorum est pro patria mori".

# 14.

## Parábola del viejo y el joven

Así pues, Abraham se levantó, cogió la tabla, partió,  
Y se llevó el fuego consigo, y un cuchillo.  
Y mientras avanzaban, ambos juntos,  
Isaac habló primero, y dijo: “Padre,  
Mira los preparativos: fuego y metal,  
Pero, ¿dónde está el cordero para este sacrificio?  
Entonces Abraham ató al joven  
Lo ató con correas y tirantes,  
Y construyó parapetos en las trincheras,  
Y agarró el puñal directo para clavarlo en su hijo.  
Cuando, he aquí que un ángel lo llamó desde los cielos,  
Diciendo: No oses tocar al muchacho,  
Ni le hagas nada. Mira,  
Un cordero, atado por los cuernos;  
Ofrece en sacrificio el cordero en lugar del muchacho.  
Pero el viejo nunca hará eso, sino que sacrificará a su hijo,  
Y la mitad del germen de Europa, uno a uno.



# 15.

## La paz comienza con ustedes

*Por Cathy Reisenwitz*

**¿Qué puedes hacer, lector de este libro, para que haya más paz en el mundo? ¿Cómo puede hacer la diferencia? ¿Qué medidas puede tomar y qué recursos tiene a su disposición? Cathy Reisenwitz es editora en *Young Voices* y trabaja con *Students For Liberty*. Sus trabajos sobre política y cultura se han publicado en *Forbes*, el *Chicago Tribune*, *Reason*, *VICE Motherboard* y el *Washington Examiner*.**

---

La guerra está en todas partes, pero se esconde. Hubo un tiempo en que las guerras tenían un comienzo y un fin bien diferenciado, pero ahora vivimos en un estado de conflicto perpetuo. Como se están librando guerras continuamente, no contra Estados extranjeros, sino contra abstracciones como las “drogas” y el “terrorismo”, es imposible saber si alguna vez se ha triunfado. El terrorismo es una táctica y las drogas son materias primas no se pueden “vencer” como a los enemigos tradicionales. Por lo tanto, estas guerras son perpetuas.

Las guerras destruyen vidas pero también debilitan el Estado de Derecho y nuestras libertades civiles, precisamente las instituciones que hacen posible la sociedad civil. Se usan

programas secretos de ataques con drones contra determinados objetivos, sin ningún tipo de prueba. Se inician programas masivos de espionaje justificados como necesarios para librar guerras contra enemigos reales e imaginarios. Se despliegan fuerzas armadas en “Estados fallidos”, lo que, con frecuencia, solo logra desestabilizar aún más el equilibrio local. Se usa la fuerza armada para desestabilizar sistemas políticos y crear caos, a fin de justificar la intervención armada y la anexión. Los “agentes de paz” locales se transforman cada vez más en unidades de ataque militar que cada vez más tratan a los ciudadanos locales como enemigos en el campo de batalla.

Suma a esas instancias de violencia estatal las invasiones de Irak y Afganistán, Chechenia, Georgia y Crimea, los conflictos armados en Libia y Siria, Somalia y Darfur, y otra enorme cantidad de países en conflicto, y uno se da cuenta de que la mayoría de los “*millennials*” no han vivido nunca tiempos de paz. Hemos crecido en un mundo en guerra, declarada o no, unilateral o multilateral. ¿Cómo podemos abogar por un ideal desconocido: la paz?

Sin embargo, a lo largo de los siglos, la tendencia general siempre se ha alejado de la guerra. La vida cotidiana de cada vez más personas es más pacífica que la de generaciones anteriores. El comercio y la comunicación mundial, los instrumentos de la paz, han dado luz a la generación con más conciencia del mundo: verdaderos ciudadanos del mundo.

La probabilidad de morir a causa de la violencia ha disminuido para la mayoría de las personas en la mayoría de los lugares, pero las campañas de violencia organizada por el Estado también se han vuelto prácticamente perpetuas para los ciudadanos

de muchos países. Las víctimas de esas guerras perpetuas no suelen estar a la vista del público: transeúntes inocentes asesinados en ataques con drones; víctimas de violencia pandillera y policial que acompaña la prohibición (la “guerra contra las drogas”) y los “mercados negros”; combatientes y no combatientes asesinados por igual en conflictos militares directos, y las víctimas más difíciles de ver para la mayoría de las personas: libertad, gobierno limitado y Estado de Derecho.

Entonces, ¿qué puede hacer nuestra generación para proteger la paz? Tres medidas: *aprender, amplificar y organizar*.

## **Aprender**

Los que reclaman a gritos la guerra cuentan con un pueblo desinformado, complaciente y confiado. Las falacias económicas, como la trampa de que la guerra “estimula la economía”, cuando se combinan con la desinformación, una rotunda decepción y apelaciones a un falso patriotismo que demoniza a los que se atreven a hacer preguntas, pueden lograr que la gente se abalance hacia la guerra o les puede infundir un falso sentido de complacencia sobre lo que está haciendo su Gobierno. Se ofrecen simples declaraciones de intención para sustituir informes razonables de las consecuencias probables del uso de la fuerza armada. Se hace caso omiso de la mera idea de que puede haber consecuencias no deseadas o riesgos adicionales. Para mantener la paz, es importante estar informados, comprender los incentivos, riesgos y ventajas, escudriñar los hechos e incluso sospechar sobre las intenciones de los políticos y estar dispuestos a cuestionarlos. Este libro es un buen comienzo, pero hay mucho más que pueden hacer los que desean trabajar por la paz.

Debemos aprender sobre los asuntos internacionales y conocer la historia del intervencionismo militar, especialmente desde la perspectiva de sus víctimas. La guerra es un tema serio y nos exige prestar atención a los hechos, a la posibilidad de consecuencias no deseadas, a los costos totales y a los efectos posibles sobre la vida, la libertad y la búsqueda de felicidad.

Un buen comienzo, después de terminar los ensayos en este libro, es leer las “Sugerencias bibliográficas” al final de este volumen. Una excelente fuente de análisis e información detallada de “orientación política” es [www.cato.org/foreign-policy-national-security](http://www.cato.org/foreign-policy-national-security). En países con acceso abierto a Internet, los motores de búsqueda (cuando se combinan con un sano escepticismo sobre las fuentes) también son fuentes valiosísimas de información.

## **Amplificar**

A veces, todo lo que se necesita para inducir a la gente a alzar la voz por la paz es que escuchen a alguien hacerlo primero. Usted puede ser esa primera persona. Cuando escucha a alguien apoyar la violencia, pronúnciense a favor de la paz y el voluntarismo. Puede ser en una conversación personal (donde es mejor generar razones, en vez de indignación, para ayudar a quienes lo rodean a pensar más allá de los eslóganes y ver el horror, los desperdicios y el sufrimiento que causa la violencia), en Facebook u otros medios sociales, en reuniones públicas, o mediante cartas al editor, llamadas a programas de radio, debates o artículos en el periódico estudiantil. En general, se darán cuenta de que no están solos y que su voz se amplificará con las voces de otros que, de otra manera, se habrían quedado en silencio.

Una idea clave del gran defensor de la paz Frédéric Bastiat era que las políticas gubernamentales no solo tienen efectos “visibles”, sino también “invisibles”. ¿Qué *no* sucedió porque los políticos ordenaron que se hiciera algo? *Se construyen* jeeps y tanques para la guerra, lo que significa que *no se construyen* automóviles y tractores. *Se crean* trabajos en industrias armamentísticas, lo que significa que *se destruyen* trabajos en empresas pacíficas. Cada decisión tiene un costo, algo que se deja, que no sucede y que no se ve. La guerra no es diferente. También es una decisión y todas las decisiones tienen un costo. Ayudar a la gente a entender los costos, a ver lo “invisible”, es una gran medida para debilitar las tendencias tontas e irresponsables hacia la guerra.

Pueden transmitir sus opiniones a los representantes elegidos si viven en un país con al menos cierto grado de receptividad en el gobierno. Cada comunicación personalizada bien expresada les dice a los políticos que mucha más gente piensa como ustedes. En general, prestan atención a esas comunicaciones, mucho más de lo que se cree. (No suelen prestar atención a las denuncias agresivas).

Si ven artículos o estudios en línea que creen que tienen buenos argumentos a favor de la paz, compártanlos en Twitter, Facebook, VK, su blog u otros medios. Cuando otras personas hagan comentarios, responda racionalmente e intenten comprometerlos desde la mente y el corazón con la paz. En todas las interacciones, es mejor ser persuasivo que enojarse. Es mejor convencer que denunciar. La idea no es desahogarse, sino convencer a los demás de que se unan en el camino a la paz.

En síntesis, puede compartir su entusiasmo por la paz, el amor y la libertad. (De hecho, puede conseguir más copias de este libro y compartirlas con familiares, amigos o compañeros de clase, e incluso, si se atreven, con profesores).

## Organizar

Si estás en la universidad, busca una sucursal de Students For Liberty y entra en acción. Es fácil, es gratificante y encontrarás amigos que comparten su compromiso con la paz, el amor y la libertad. En [studentsforliberty.org](http://studentsforliberty.org) encontrarás cómo unirte a una sucursal o iniciar una nueva. Si no, puedes buscar en la lista global de Atlas Network (<http://AtlasNetwork.org/>) cuáles son las organizaciones que defienden las reformas para crear sociedades pacíficas.

Luego, empieza a organizarte por la paz. Hay otras personas que lo están haciendo y tú también puedes. Estos son apenas algunos ejemplos recientes de Estados Unidos (donde vivo yo) y otros lugares:

En octubre de 2012, los liberales clásicos universitarios de la Universidad Estatal de Míchigan crearon un “cementerio de libertades civiles”. Crearon lápidas falsas, que representaban, cada una, una libertad (“privacidad”, “libertad de expresión”, “*habeas corpus*” y “libertad de culto”) que fue o es probable que sea víctima de la guerra. Colocaron las lápidas en una intersección principal del campus, donde estaban seguros de que llamarían la atención. Entregaban material educativo y reclutaban nuevos miembros en su grupo.

En marzo de 2012, Young Americans for Liberty de la Universidad Slippery Rock ayudó a los estudiantes a entender la

magnitud de las víctimas mortales de Estados Unidos en las guerras de Irak y Afganistán durante el evento “Década de guerra” que realizaron en el campus. Llenaron el patio interior con banderas de Estados Unidos; cada una representaba dos muertos estadounidenses en la última década de guerra. También construyeron un “Muro de libertad de expresión” entre las banderas para que los estudiantes compartieran lo que pensaban sobre la guerra. Miles y miles de estudiantes pasaron por la muestra todos los días durante una semana. El evento permitió al grupo hablar con los compañeros de clase sobre las implicaciones de las guerras y presentarlos en el club haciendo una presentación en frente de la muestra y entregando bibliografía sobre la libertad.

En abril de 2013, los liberales clásicos universitarios de la Universidad de la Florida organizaron una “Semana de acción antidrones”. Este evento reunió a grupos de todo el arco político para protestar contra el uso que hace el gobierno de los ataques drones y las decisiones que tomó la universidad que promovieron el uso militarizado de los drones. También crearon un muro de libertad de expresión que tenía pintado un dron que llevaba un misil y pusieron mesas en áreas de mucho tránsito del campus con una muestra llamada “Ubicar el dron en la zona de guerra”, que permitía a los estudiantes ver dónde se estaban utilizando drones.

En marzo de 2014, los que asistieron a la conferencia europea de Students For Liberty en Berlín marcharon a la embajada rusa para protestar contra la invasión de Ucrania en manos de Kremlin y la anexión en curso de Crimea. El grupo incluía estudiantes de Rusia y Ucrania que se habían unido para oponerse a la invasión armada de un país a otro.

En países en donde el gobierno controla o limita más la expresión, puede resultar más difícil realizar un trabajo así, pero los estudiantes por la paz igualmente logran hacer oír su voz. En Rusia, activistas de Students For Liberty marcharon en Moscú, San Petersburgo y otras ciudades contra la intervención militar en Ucrania (y los arrestaron por su valentía). En India y Pakistán, Students For Liberty promueven la libertad de comercio para sustituir las guerras, escaramuzas y hostilidades que han caracterizado gran parte de su historia por paz y amistad. Los miembros de Students For Liberty en África trabajan para promover la paz civil en muchos países que han sufrido conflictos violentos. Sucede lo mismo en América Latina, donde activistas de Students For Liberty en Venezuela, Guatemala, El Salvador y otros lugares están trabajando por la paz.

El hecho es que tú, la persona que está leyendo este ensayo, puedes hacer la diferencia. Puedes unirte con otros y promover activamente la paz. Si por el momento no existe ningún grupo o movimiento al que puedas unirte, puedes comenzar uno. Cada grupo y cada movimiento fueron fundados por alguien. Ese alguien puede ser tú.

### **Hacer la diferencia: elegir la paz**

Con la lectura de este libro te has educado. Desde ya que hay mucho más por aprender, pero has dado un paso enorme hacia la paz. Tienes una voz educada que puedes utilizar a favor de la paz. Hazte oír y descubrirás que no estás solo, que otros unirán su voz a la tuya y amplificarán el mensaje de paz. Organízate con otros para demostrar tu apoyo a la paz. Cuando seas una persona mayor, ¿podrás decir “Me pronuncié a favor de la paz”?

## Sugerencias Bibliográficas

Como la guerra ha tenido un papel tan central en la historia de la humanidad, hay una vasta bibliografía sobre el tema que la celebra, describe y condena. Las notas en este volumen ofrecen una guía para la lectura y estudio adicionales. A continuación presentamos algunos de los títulos más importantes que consideran los temas de la guerra y la paz desde la perspectiva de los que aprecian la libertad, la actividad cooperativa voluntaria y la prosperidad mutua frente a la sumisión, el dominio y la violencia gloriosa.

*“La Ley,” “El Estado,” y otros ensayos políticos, 1843–1850*, de Frédéric Bastiat, Indianapolis: Liberty Fund, 2012, incluye potentes escritos sobre la naturaleza de la guerra, el saqueo y el estatismo de uno de los escritores económicos más importantes del siglo XIX. Bastiat explica cómo el gobierno se puede volver predador y destructivo en vez de protector. (También vale la pena leer otros trabajos de Bastiat, incluidos los de la serie de Liberty Fund).

*The Libertarian Reader: Classic and Contemporary Writings from Lao Tzu to Milton Friedman*, ed. por David Boaz, Nueva York, The Free Press, 1997; próxima edición actualizada en 2015, ofrece no solo un resumen del pensamiento liberal clásico desde la antigüedad hasta los tiempos modernos, sino también una sección bien organizada sobre la paz y la armonía internacional (“Peace and International Harmony”) que incluye ensayos clásicos sobre la paz.

*Depression, War, and Cold War: Studies in Political Economy*, de Robert Higgs, Oxford, Oxford University Press, 2006, desmitifica minuciosamente y con pruebas la idea de que la Segunda Guerra Mundial “sacó a la economía de la depresión” y proporciona estudios detallados sobre el impacto político y económico de la guerra y del papel de los contratistas militares en la formulación de políticas públicas, entre otros temas.

*On War and Morality*, de Robert Holmes, Princeton; Princeton University Press, 1989, brinda una mirada útil sobre los temas morales de la guerra y nos invita a pensar en todas las consecuencias que tiene librar una guerra.

*Terror, Security, and Money: Balancing the Risks, Benefits, and Costs of Homeland Security*, de John Mueller y Mark G. Stewart, Oxford: Oxford University Press, 2011, muestra un enfoque diferente (y más racional) para considerar los riesgos y las respuestas. Este libro es particularmente útil como guía de análisis de costos y beneficios y gestión de riesgos racional.

*A History of Force: Exploring the worldwide movement against habits of coercion, bloodshed, and mayhem* de James L. Payne, Sandpoint, Idaho, Lytton Publishing Co., 2004, muestra una mirada pionera de las maneras en que la violencia y la brutalidad fueron reemplazadas, con el paso del tiempo, por la cooperación y la sociedad civil.

*The Better Angels of Our Nature: A History of Violence and Humanity* de Steven Pinker, Londres: Penguin Books, 2011, proporciona datos y un análisis sobre el largo período de paz

("The Long Peace") y compara explicaciones posibles de la disminución de violencia. Pinker combina estadísticas sobre violencia, historia social, teoría política y psicología en una hazaña académica de gran importancia.

*La conquista de los Estados Unidos por España* de William Graham Sumner (1898), Indianápolis: Liberty Fund, 2013, muestra el clásico contraste entre república e imperio.

La Online Library of Liberty es una vasta y creciente biblioteca en línea de obras clásicas sobre la tradición liberal/ libertaria clásica; pueden acceder a ella en <http://oll.libertyfund.org>.



## Sobre el editor

### Tom G. Palmer



El Dr. Tom G. Palmer es el vicepresidente ejecutivo de programas internacionales en Atlas Network. Supervisa equipos que trabajan en todo el mundo dedicados a promover los principios del liberalismo clásico y trabaja con una red global de *think tanks* e institutos de investigación. El Dr. Palmer es académico titular del Cato Institute, donde fue vicepresidente de programas internacionales y director del Centro para la Promoción de los Derechos Humanos.

Palmer fue H.B. Earhart Fellow en el Hertford College, Oxford University y vicepresidente del Institute for Humane Studies en George Mason University. Es miembro del Consejo Asesor de Students For Liberty. Ha publicado críticas y artículos sobre política y moral en revistas académicas como *Harvard Journal of Law and Public Policy*, *Ethics*, *Critical Review* y *Constitutional Political Economy*, y en publicaciones como *Slate*, el *Wall Street Journal*, el *New York Times*, *Die Welt*, *Al Hayat*, *Caixing*, el *Washington Post* y *The Spectator of London*.

Obtuvo su BA en artes liberales en St. Johns College en Annapolis, Maryland; su MA en filosofía en Catholic University of America, Washington, DC, y su doctorado en política en Oxford University. Su trabajo académico ha sido publicado en libros de Princeton University Press, Cambridge University Press, Routledge y otras editoriales académicas. Es el autor de *Realizing Freedom: Libertarian Theory, History, and Practice* (edición ampliada publicada en 2014); y el editor de *The Morality of Capitalism*, publicado en 2011, *After the Welfare State*, publicado en 2012, y *Why Liberty*, publicado en 2013.

## Notas (Endnotes)

1. Nelson Mandela, *Long Walk to Freedom*, Nueva York, Little, Brown and Company, 1995, pág. 622.
2. Puede encontrarse más información sobre ideas liberales clásicas en otro libro de esta serie, *Why Liberty*, Tom G. Palmer, ed., Ottawa, Ill, Jameson Books, 2013.
3. Cicerón, *On Duties*, Cambridge: Cambridge University Press, 1991, Libro III, págs. 109-10.
4. James Madison, *The Writings of James Madison, comprising his Public Papers and his Private Correspondence, including his numerous letters and documents now for the first time printed*, ed. Gaillard Hunt, Nueva York, G.P. Putnam's Sons, 1900. Vol. 6. Capítulo: *Universal Peace*, publicado originalmente en *The National Gazette*, 2 de febrero de 1792 [fecha de consulta: 16-02-2014]. Disponible en: <http://oll.libertyfund.org/title/1941/124396>.
5. Colin Powell, *My American Journey*, 1996; edición revisada, Nueva York, Ballantine Books, 2003, pág. 576.
6. "US Policy on Irak draws fire in Ohio", Informe especial de la CNN; "The Standoff with Irak" [fecha de consulta: 18 de febrero de 1998]. Disponible en: <http://edition.cnn.com/WORLD/9802/18/town.meeting.folo/>. Cuando Hillary Clinton, esposa del presidente que precedió a Bush y miembro del Senado de los EE. UU., al momento de la votación, debió defender su voto a favor de autorizar las fuerzas militares como candidata a la nominación presidencial por el Partido Demócrata en 2006, afirmó: "Obviamente, si entonces hubiéramos sabido lo que sabemos ahora, no hubiera habido ningún voto y, ciertamente, yo no hubiera votado como lo hice". Toby Harnden, "Clinton shifts over Irak as Obama threatens", *The Telegraph*, 20 de diciembre de 2006, disponible en <http://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/1537474/Clintonshifts-over-Irak-as-Obama-threatens.html> (quizá, antes de emitir el voto, ella debió haber pensado que las cosas podrían haber salido mal, o siquiera haber escuchado las numerosas voces que, en aquel momento, advertían sobre la inminente catástrofe de la guerra propuesta).
7. Proyecto de Recuento de Cuerpos en Irak, disponible en: <http://www.iraq-bodycount.org/database/>.
8. Linda J. Bilmes, "The Financial Legacy of Irak and Afghanistan: How Wartime Spending Decisions Will Constrain Future National Security Budgets", serie de documentos de trabajo de la investigación realizada por la Harvard Kennedy School Faculty, marzo de 2013, RWP-13-006.
9. Los argumentos filosóficos están bien explorados en Richard Tuck, *The Rights of War and Peace: Political Thought and the International Order from Grotius to*

- Kant*, Oxford, Oxford University Press, 1999. Los tratados y otros documentos legales pertinentes están recopilados en Adam Roberts y Richard Guelff, editores, *Documents on the Laws of War*, Oxford, Oxford University Press, 2001.
10. Robert Holmes, *On War and Morality*, Princeton; Princeton University Press, 1989, págs. 178–79.
  11. Robert Holmes, *ibíd.*, pág. 179.
  12. Robert Holmes, *ibíd.*, pág. 180. Holmes agrega: “Y puesto que tenemos la virtual certeza de que, al ir a una guerra, aceptamos hacer estas cosas, justificar plenamente nuestra participación en esa guerra también requiere justificar tales actos. Una condición necesaria de la búsqueda justificable de *cualquier* objetivo bélico, por *cualquier medio* que fuere (por consiguiente, una condición necesaria tanto de *jus ad bellum* como de *jus in bello*), es, en primer lugar, que también se nos pueda justificar por participar en esa matanza y violencia”.
  13. Citado, con el enlace del video completo, en Glenn Greenwald, “Joe Klein’s sociopathic defense of drone killings of children”, *The Guardian*, 23 de octubre de 2012. Disponible en: <http://www.theguardian.com/commentis-free/2012/oct/23/klein-drones-morning-joe?newsfeed=true>.
  14. Randolph Bourne, “The State”, en Randolph Bourne, *The Radical Will: Selected Writings 1911–1918*, Berkeley, University of California Press, 1992, págs. 355–95, pág. 360.
  15. Robert Higgs, *Crisis and Leviathan: Critical Episodes in the Growth of American Government*, Oxford, Oxford University Press, 1987, pág. 73.
  16. Thomas Paine, *The Rights of Man, Part I*, en Paine, *Political Writings*, edición de Bruce Kuklick, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, pág. 86.
  17. Margaret Levi, *Of Rule and Revenue*, Berkeley, University of California Press, 1988, pág. 105.
  18. William Shakespeare, *Henry IV, Parte II*, Acto IV, Escena 5.
  19. Plutarch, *Plutarch’s Lives. The Translation called Dryden’s*. Corregido del griego y revisado por A. H. Clough, en 5 volúmenes, Boston: Little Brown and Co., 1906, Vol. 4, capítulo “Cato the Younger” [fecha de consulta: 22 de febrero de 2014]. Disponible en: <http://oll.libertyfund.org/title/1774/93963>.
  20. Julio César, 1 de enero de 2014, “*De Bello Gallico*” and *Other Commentaries*, Libro IV, 14–15, Ubicación en Kindle 1374–80. Libros de dominio público, Edición para Kindle.
  21. Leer los relatos de la orgía de violencia ocurrida durante el período es una experiencia agotadora. Las potencias del Eje (y el aliado soviético de Alemania) iniciaron la guerra, y algunos de los líderes políticos y militares del Eje fueron debidamente castigados, pero no fueron los únicos generadores de

esa carnicería. La mayoría de los crímenes quedaron totalmente impunes, como siempre sucede en las guerras.

22. Autor desconocido, "Of the Origin of Homer and Hesiod, and of their Contest", en *Hesiod, the Homeric Hymns, and Homerica*, traducción de Hugh E. G. Evelyn-White, Cambridge, Ma., Harvard University Press, 1914, págs. 585-87.
23. Benjamin Constant, "The Spirit of Conquest and Usurpation and their Relation to European Civilization", en *Constant, Political Writings*, Biancamaria Fontana, editor, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, pág. 82.
24. Jean-Baptiste Say, *A Treatise on Political Economy*, (Filadelfia: Lippincot, Grambo & Co.), Libro III, capítulo 6, y 51. Disponible en: <http://www.econlib.org/library/Say/sayT39.html#Bk.III,Ch.VI>.
25. Jean-Baptiste Say, *Treatise*, Libro III, capítulo 6, §. 54. Disponible en: <http://www.econlib.org/library/Say/sayT39.html#Bk.III,Ch.VI>.
26. Jean-Baptiste Say, *Catéchisme d'économie politique*, París: Guillaumin et Cie, libraires, Sixieme edition, 1881, pág. 9. "Produire, c'est donner de la valeur aux choses en leur donnant de l'utilite". Esta oración no aparece en la edición inglesa.
27. Say también explicó la importancia de la competencia pacífica entre productores y consumidores rivales. La competencia del mercado es un *proceso* impulsado por la innovación emprendedora; los precios actúan como señales que guían a los actores económicos hacia las oportunidades de obtener ganancias. También es un proceso de aprendizaje, que se desarrolla mediante prueba y error, lo cual ofrece productos nuevos y mejorados, así como otros beneficios, a los consumidores. La condición esencial de la competencia es la libertad de entrada, razón por la cual Say también era crítico de los gremios privilegiados, las concesiones otorgadas por el Estado, las corporaciones formadas por real decreto, y similares, que restringían los mercados y creaban monopolios.
28. *Say, Treatise, Treatise*, Libro I, capítulo 15, §. 3. Disponible en: <http://www.econlib.org/library/Say/sayT15.html#Bk.I,Ch.XV>.
29. Adam Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, Indianápolis, Liberty Fund, 1979), Libro I, Capítulo 3, pág. 31.
30. Jean-Baptiste Say, *Treatise*, Libro I, Capítulo 15, pág 15.
31. *Ibid.*, §. 9.
32. *Ibid.*, §. 4.
33. *Ibid.*, §. 16.
34. *Ibid.*, §. 17.
35. *Ibid.*, §. 18.

36. Jean-Baptiste Say, *Letters to Mr. Malthus, on Several Subjects of Political Economy, and on the Cause of the Stagnation of Commerce. To Which is added, A Catechism of Political Economy, or Familiar Conversations on the Manner in which Wealth is Produced, Distributed, and Consumed in Society*, trad. John Richter, London, Sherwood, Neely y Jones, 1821, Carta 1. Disponible en: [http://oll.libertyfund.org/index.php?option=com\\_staticxt&staticfile=show.php%3Ftitle=1795&layout=html#chapter\\_99253](http://oll.libertyfund.org/index.php?option=com_staticxt&staticfile=show.php%3Ftitle=1795&layout=html#chapter_99253).
37. Say, *Letters to Mr. Malthus*, Carta 1.
38. Say, *Treatise*, Libro I, Capítulo XVII, §. 55. Disponible en: <http://www.econlib.org/library/Say/sayT17.html#Bk.I,Ch.XVII>
39. Say, *Treatise*, Libro I, cap. 11, Nota 7. Disponible en: <http://www.econlib.org/library/Say/sayT11.html#Bk.I,Ch.XI>.
40. Say, *Treatise*, Libro I, cap. 14, §. 9. El desastre que generaron gobiernos tan violentos es que la gente “retiraba parte de sus bienes para que no fueran vistos por los codiciosos ojos del poder: y el valor nunca puede ser invisible sin quedar inactivo” (Say, *Treatise*, Libro I, cap. 14, §. 9). Disponible en: <http://www.econlib.org/library/Say/sayT14.html>.
41. Say, Libro III, capítulo 6, §. 54. Disponible en: <http://www.econlib.org/library/Say/sayT39.html#Bk.III,Ch.VI>.
42. Véase, por ejemplo, Samuel P. Huntington. *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century*, Norman, OK, University of Oklahoma Press, 1991.
43. Estos datos son un indicador de la democracia muy utilizado. Véase Keith Jagers y Ted Robert Gurr, “Transitions to Democracy: Tracking Democracy’s ‘Third Wave’ with the Polity III Data”, *Journal of Peace Research* 32(4) 1995, págs. 469–82.
44. En el gráfico 1 se utilizan datos sobre comercio suministrados por el Banco Mundial. El gráfico 2 está tomado de Erik Gartzke y Alex Weisiger, “Under Construction: Development, Democracy, and Difference as Determinants of the Systemic Liberal Peace”, *International Studies Quarterly* 58(1) 2014, 130–45
45. Thomas C. Schelling, *Arms and Influence*, New Haven, Yale University Press, 1966, pág. 99
46. Baron de Montesquieu, *Spirit of the Laws*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989[1748]; Adam Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, Chicago, University of Chicago Press, 1976[1776]; Thomas Paine, *Common Sense*, Nueva York, Penguin, 1986[1776]; Immanuel Kant, *Perpetual Peace: A Philosophical Essay*, Nueva York, Garland, 1972[1795]; Richard Cobden, *Political Writings*, Londres, T. Fisher Unwin, 1903[1867]; Norman Angell, *The Great Illusion*, Nueva York, Putnam, 1933). Richard Rosecrance, *The Rise of the Trading State: Commerce and Conquest in the Modern*

- World*, Nueva York, Basic Books, 1985; Bruce Russett, *Grasping the Democratic Peace: Principles for a Post-Cold War World*, Princeton, Princeton University Press, 1993; Michael Doyle, *Ways of War and Peace: Realism, Liberalism and Socialism*, Nueva York, Norton, 1997.
47. Steven Pinker, *The Better Angels of our Nature: Why Violence has Declined*, Nueva York, Viking Press, 2011; Joshua S. Goldstein, *Winning the War on War: The Decline of Armed Conflict Worldwide*, Nueva York, Dutton, 2011. El carácter mundial de la baja de la guerra es más tenue. La relación (entre la modernidad y la paz) es más clara entre países más desarrollados.
  48. Peter Brecke, "Violent Conflicts 1400 AD to the Present in Different Regions of the World", Trabajo presentado en las Reuniones Anuales de la Peace Science Society (International). Los resultados sobre otras regiones (África, Asia y América) son más breves y menos definitivos
  49. Cioffi-Revilla, Claudio. 2004. "The Next Record-Setting War in the Global Setting: A Long-Term Analysis". *Journal of the Washington Academy of Sciences* 90(2): 61-93. Existe cierto grado de debate entre los investigadores respecto de si es correcto ponderar los indicadores de intensidad de la guerra según la población. En general, el riesgo de que cualquier persona muera a causa de la guerra (entre Estados o dentro de un Estado) ha disminuido.
  50. Véase Bruce Russett, *Grasping the Democratic Peace: Principles for a Post-Cold War World*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1993 y Michael Doyle, *Ways of War and Peace: Realism, Liberalism, and Socialism*, Nueva York: Norton, 1997.
  51. Douglas North y Robert Thomas, *The Rise of the Western World*, Cambridge, Cambridge University Press, 1973. Mancur Olson, "Dictatorship, Democracy, and Development," 1993, *American Political Science Review* 87(3), págs.,567-76.
  52. Véase, por ejemplo, Bruce Russett y John R. Oneal, *Triangulating Peace: Democracy, Interdependence, and International Organizations*, Nueva York, Norton, 2001.
  53. El comercio genera un aumento de la especialización, que a su vez genera un aumento de la productividad y del salario real. Hal Varian, *Microeconomic Analysis*, 3ra ed., Nueva York, W. W. Norton 1992.
  54. Lance E. Davis y Robert A. Huttenback, con la colaboración de Susan Gray Davis, *Mammon and the Pursuit of Empire: The Economics of British Imperialism*, edición abreviada, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, pág., 267.
  55. Frederic Bastiat, "Peace and Freedom or the Republican Budget" (1849), en Frederic Bastiat, *The Collected Works of Frédéric Bastiat, Vol. 2: The Law, The State, and Other Political Writings, 1843-1850*, Jacques de Guenin, General Editor, Indianápolis, Liberty Fund, 2012, págs. 282-327, pág. 191. Disponible en: [http://oll.libertyfund.org/index.php?option=com\\_staticxt&staticfile=show.php%3Ftitle=2450&Itemid=28](http://oll.libertyfund.org/index.php?option=com_staticxt&staticfile=show.php%3Ftitle=2450&Itemid=28).

56. Steven Pinker, *The Better Angels of Our Nature: A History of Violence and Humanity*, London, Penguin Books, 2011, pág. xix.
57. James L. Payne, *A History of Force: Exploring the worldwide movement against habits of coercion, bloodshed, and mayhem*, Sandpoint, Idaho, Lytton Publishing Co., 2004, Steven Pinker, *op. cit.*
58. Huntington también reveló que existe una comprensión perturbadoramente inadecuada de términos tales como “competencia” y “conflicto”: “Resulta interesante, aunque incomprensible, que los estadounidenses avalen la competencia entre grupos, partidos, ramas gubernamentales y empresas en su sociedad. Por qué los estadounidenses creen que el conflicto es bueno dentro de su propia sociedad y, sin embargo, que es malo entre distintas sociedades es una pregunta fascinante que, hasta donde yo sé, nadie ha estudiado seriamente”. Samuel Huntington, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, New York, Simon & Schuster, 1997, pág. 221. Parece no habersele ocurrido que puede haber razones por las cuales nadie ha examinado seriamente dicha confusión intelectual. Los “controles y equilibrios” entre las ramas de gobierno y la competencia entre empresas para atraer clientes son bastante diferentes del conflicto “entre sociedades”.
59. Samuel Huntington, *ibid.*, pág. 84.
60. Angus Maddison, *Contours of the World Economy, 1-2030 AD, Essays in Macro-Economic History*, Oxford, Oxford University Press, 2007, datos extraídos del cuadro A7, pág. 382.
61. Jutta Bolt y Jan Luiten van Zanden, “The First Update of the Maddison Project: Re-Estimating Growth Before 1820”, Maddison-Project Working Paper WP-4, enero de 2013. Disponible en: <http://www.ggd.net/maddison/maddison-project/publications/wp4.pdf>; base de datos en [http://www.ggd.net/maddison/maddisonproject/data/mpd\\_2013-01.xlsx](http://www.ggd.net/maddison/maddisonproject/data/mpd_2013-01.xlsx). En dólares de 2010, la cifra era mucho mayor, por supuesto, gracias a las políticas inflacionarias del sistema de la Reserva Federal de Estados Unidos. Según el Banco Mundial (<http://data.worldbank.org/indicator/NY.GNP.PCAP.CD/countries/NL--XS?display=graph>), en dólares de 2010, el PIB holandés per cápita se mantenía en US\$48.530.
62. Base de datos de Bolt y van Zanden, disponible en: [http://www.ggd.net/maddison/maddison-project/data/mpd\\_2013-01.xlsx](http://www.ggd.net/maddison/maddison-project/data/mpd_2013-01.xlsx).
63. Jean-Baptiste Say, *A Treatise on Political Economy*, trad. por C. R. Prinsep y Clement C. Biddle (Filadelfia: Lippincott, Grambo & Co., 1855), Libro I, Capítulo XV, “Of the Demand or Market for Products”, disponible en: <http://www.econlib.org/library/Say/sayT15.html>
64. Esta visión de suma cero del mundo también significaría que nunca habría comercio en absoluto, ya que las personas solo comercian si esperan obtener beneficios. El nacionalismo económico es incoherente de principio a fin.

65. Adam Smith, *An Inquiry Into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, ed. R. H. Campbell y A. S. Skinner, vol. II de la Edición Glasgow de la obra y la correspondencia de Adam Smith, Indianápolis, Liberty Fund, 1981, IV: vii, "Of Colonies", pág. 588.
66. Adam Smith, *An Inquiry Into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, ed. R. H. Campbell y A. S. Skinner, vol. II de la Edición Glasgow de la obra y la correspondencia de Adam Smith, Indianápolis, Liberty Fund, 1981. IV: viii, "Conclusion of the Mercantile System", pág. 661.
67. Jeremy Bentham, contemporáneo de Smith, fue aún más cáustico en su caracterización de las conquistas extranjeras. Declaró que "a toda ganancia derivada de cualquier forma de conquista no la reconozco más que como un robo: un robo, que tiene al asesinato como instrumento, ambos operando a la mayor escala posible; un robo, cometido por los pocos que gobiernan la nación conquistadora sobre los muchos gobernados de ambas naciones; un robo del cual, a expensas de los armamentos, los habitantes de la nación conquistadora son las primeras víctimas". Bentham consideraba que "todo dominio semejante no es más que un instrumento, un dispositivo para la acumulación de mecenazgo y poder opresivo en las manos del grupo gobernante del Estado dominante, a expensas y mediante el sacrificio del interés y la felicidad de los pocos gobernados, en ambos Estados". Jeremy Bentham, "In International Dealings, Justice and Beneficence", en E. K. Bramsted y K. J. Melhuish, editores, *Western Liberalism: A History in Documents from Locke to Croce*, Londres, Longman, 1978, doc. 36, pág. 353.
68. John Morley, *The Life of Richard Cobden*, Londres: T. Fisher Unwiin, 1903, Capítulo XXXIII: correspondencia, 1859-60, París a Inglaterra [fecha de consulta: 2 de enero de 2014]. Disponible en: <http://oll.libertyfund.org/title/1742/90559/2050419>.
69. *Selected Speeches of the Rt. Hon. John Bright M.P. On Public Questions*, introducción de Joseph Sturge, Londres, J. M. Dent and Co., 1907, capítulo XVI, Política exterior, discurso del 29 de octubre de 1858, Birmingham.
70. Lance E. Davis y Robert A. Huttenback, con la colaboración de Susan Gray Davis, *Mammon and the Pursuit of Empire: The Economics of British Imperialism*, edición abreviada, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, pág. 267.
71. La visión de que "la guerra sacó a Estados Unidos de la Gran Depresión" queda casi totalmente desacreditada por el historiador económico Robert Higgs en "Wartime Prosperity? A Reassessment of the U.S. Economy in the 1940s", *The Journal of Economic History*, Vol. 52, N.º 1 (marzo de 1992), y "From Central Planning to the Market: The American Transition, 1945-47", *The Journal of Economic History*, Vol. 59, N.º 3 (septiembre de 1999), ambos reimpressos y revisados en Robert Higgs, *Depression, War, and Cold War: Studies in Political Economy*, Oxford, Oxford University Press, 2006, Cap. 3, páginas 61-80 y páginas 101-23.

72. “Et ainsi prevaut, malgre trop de douloureuses exceptions, cette loi d’harmonie et d’entente universelle qu’exprime si bien l’idee sublime de l’unité, de la fraternité de la race humaine. Le ressort de ce mouvement, c’est l’échange. Sans l’échange, les hommes et les peuples sont des freres egares et devenus ennemis. Par l’échange, ils apprennent a se connaitre et a s’aimer. Les interets les rapprochent, et le rapprochement les eclaire. Sans l’échange, chacun reste dans son coin, desherite de l’univers entier, dechu un quelque sorte de la majeure partie de la creation. Par l’échange, chacun retrouve ses titres en retrouvant ses biens, et rentre en partage de l’heritage inepuisable du pere de famille (...) Non-seulement elle [la doctrine de la prohibition et de la restriction] leur preche l’isolement et le denument, mais elle les condamne a l’hostilité, a la haine”. Frederic Passy, *Leçons d’Économie politique faites a- Montpellier, 1860-1861*, Montpellier, Gras, 1861, pág. 548.
73. William Graham Sumner, “The Conquest of the United States by Spain” (1898), Indianapolis: Liberty Fund, 2013 [fecha de consulta: 3 de febrero de 2014]. Disponible en: <http://oll.libertyfund.org/title/2485> . También véase David T. Beito y Linda Royster Beito, “Gold Democrats and the Decline of Classical Liberalism, 1896-1900”, *The Independent Review*, vol. IV, n.º 4 (primavera de 2000), páginas 555-75. Disponible en: [http://www.independent.org/pdf/tir/tir\\_04\\_4\\_beito.pdf](http://www.independent.org/pdf/tir/tir_04_4_beito.pdf).
74. James Baker, “Confrontation in the Gulf: Excerpts from Baker Testimony on U.S. and Gulf”, *New York Times*, 5 de septiembre de 1990. Disponible en: <http://www.nytimes.com/1990/09/05/world/confrontation-in-the-gulf-excerpts-from-baker-testimony-on-us-and-gulf.html>.
75. Henry Kissinger, “U.S. Has Crossed Its Mideast Rubicon—and Cannot Afford to Lose”, *Los Angeles Times*, 19 de agosto de 1990.
76. William Niskanen y James Woolsey, “Should the United States Go to War against Irak?”, debate público en el Cato Institute, 13 de diciembre de 2001. Disponible en <http://www.c-pan.org/video/?167840-1/WarAgainst>.
77. Véase una defensa de la Primera Guerra del Golfo en David R. Henderson, “Do We Need to Go to War for Oil?”, *Foreign Policy Briefing* del Cato Institute, 24 de octubre de 1990. Disponible en: <http://object.cato.org/sites/cato.org/files/pubs/pdf/fpb004.pdf>. Anteriormente, Henderson fue economista sénior del área de energía en el Consejo de Asesores Económicos. Es profesor asociado de economía en la Escuela Naval de Posgrado. Calculó los costos de un aumento del petróleo debido a una (muy improbable) sustancial reducción de la oferta posiblemente organizada mediante el control de dicho producto por parte de Saddam Hussein desde Irak, Kuwait, Arabia Saudita y los Emiratos Árabes Unidos, y descubrió que el impacto sobre la economía estadounidense sería una fracción del costo de los compromisos militares que asumiera Estados Unidos para detener dicho control. Simplemente no había una defensa, desde el punto de vista económico, para proyectar la aplicación del poder militar en el Golfo Pérsico.

78. Véase Eugene Gholz y Daryl G. Press, "Protecting 'The Prize': Oil and U.S. National Interest", *Security Studies*, Vol. 19, N.º 3 (otoño de 2010), páginas 453-85.
79. Para dar uno de muchos ejemplos, "Derek Scissors, un académico residente en el American Enterprise Institute que estudia las inversiones extranjeras chinas, dijo que las compañías chinas tienden a gastar generosamente en activos. 'Pagan en exceso, de modo que las empresas involucradas pueden establecer políticamente los términos de la operación', manifestó, y además porque tienen enormes reservas de fondos inversión que desean utilizar. Algunos analistas del sector están de acuerdo en que los compradores chinos pueden haber gastado en exceso en las últimas operaciones. A principios de este año, Sinochem cerró una operación con Pioneer Natural Resources Co para la cuenca petrolífera Permian Basin, en Texas, cuyo precio fue 40% más alto que el previsto por los analistas. Cnooc pagó una prima de 61% por Nexen, y Sinopec pagó una prima de 44% por el operador de petróleo y arena Daylight Energy". ("Chinese Energy Deals Focus on North America: State-Owned Firms Seek Secure Supplies, Advanced Technology", por Russell Gold y Chester Dawson, *Wall Street Journal*, 25 de octubre de 2013).
- No solo se paga un precio más alto cuando el Estado compra materias primas en el exterior, sino que tales productos se les proporciona a tarifas subsidiadas a las empresas estatales favorecidas en China, lo que representa una doble pérdida para la economía china en general. Como señalaron Hong Sheng y Nong Zhao del Unirule Institute de Pekín: "Entre 2001 y 2009, las empresas estatales realizaron pagos incompletos de RMB 243.700 millones en impuestos sobre recursos. En combinación con carbón, gas natural y otros recursos, dichas empresas realizaron pagos incompletos de impuestos sobre recursos por un total de RMB 497.700 millones". Hong Sheng y Nong Zhao, *China's State-Owned Enterprises: Nature, Performance and Reform*, Singapur, World Scientific Publishing Company, 2012. Edición para Kindle, ubicación en Kindle 242-43.
80. "'Quand on est ami de la France, il faut penser aux entreprises françaises', aurait glissé M. Sarkozy, fin 2007, au président togolais Faure Gnassingbe (elu avec le soutien de la France) qui hésitait a concéder le port de Lome au groupe Bolloré, selon *Le Canard enchaîné*". "La politique africaine de Nicolas Sarkozy tarde a rompre avec une certaine opacité", *Le Monde*, 25 de marzo de 2009. Disponible en: [http://www.lemonde.fr/afrique/article/2009/03/25/la-politique-africaine-de-nicolas-sarkozy-tarde-a-rompre-avec-uncertaine-opacite\\_1172354\\_3212.html](http://www.lemonde.fr/afrique/article/2009/03/25/la-politique-africaine-de-nicolas-sarkozy-tarde-a-rompre-avec-uncertaine-opacite_1172354_3212.html).
81. "Rusia, con Bielorrusia y Kazajistán, sus socios en la Unión Aduanera, representaban un tercio de todas las medidas proteccionistas del mundo en 2013, afirmó el estudio realizado por Global Trade Alert (GTA), un importante servicio de monitoreo comercial independiente". "Russia Leads the World in Protectionist Trade Measures, Study Says", *Moscow Times*, 12 de enero de 2014.

82. “Notre mission est de combattre cette fausse et dangereuse economie politique qui fait considerer la prosperite d’un peuple comme incompatible avec la prosperite d’un autre peuple, qui assimile le commerce a la conquete, le travail a la domination. Tant que ces idees subsisteront, jamais le monde ne pourra compter sur vingt-quatre heures de paix. Nous dirons plus, la paix serait une absurdite et une inconsequence”. Frederic Bastiat – M. de Noailles a la Chambre des Pairs, 24 Janvier 1847, en *Oeuvres Complètes de Frédéric Bastiat, Tome Deuxieme, Le Libre-Échange*, París, Guillaumin et Cie., 1855. Disponible en [http://files.libertyfund.org/files/2343/Bastiat\\_Oeuvres\\_1561.02.pdf](http://files.libertyfund.org/files/2343/Bastiat_Oeuvres_1561.02.pdf).
83. Jean-Baptiste Say, *A Treatise on Political Economy*, trad. por C. R. Prinsep y Clement C. Biddle, Filadelfia, Lippincott, Grambo & Co., 1855, Libro I, Capítulo XVII, “Of the Effect of Government Regulations Intended to Influence Production”. Disponible en: <http://oll.libertyfund.org/title/274/38004>. La idea de la balanza comercial es una falacia dañina que ha sido reconocida como tal por economistas durante cientos de años, pero que sigue gozando de popularidad entre quienes no se han molestado por analizarlo en detalle. El gran economista francés Turgot, en su “Eloge de Gournay” de 1759, sobre su maestro Vincent de Gournay, escribió que defender las políticas mercantilistas “es olvidar las operaciones de comercio no pueden ser sino recíprocas, ya que desear venderles todo a los extranjeros y no comprarles nada es absurdo”. “Portrait of a Minister of Commerce, Eloge de Gournay”, en W. Walker Stephens, ed., *The Life & Writings of Turgot*, 1895; Nueva York, Burt Franklin, 1971, pág. 238.
84. Paul Krugman, “The Illusion of Conflict in International Trade”, en Paul Krugman, *Pop Internationalism*, Cambridge, Mass., The MIT Press, 1998, pág. 84. Hay otros ensayos de este libro que bien vale la pena leer, incluso su muy accesible “What Do Undergraduates Need to Know About Trade”, páginas 116–25.
85. Eso simplemente no es posible, como lo muestra la identidad contable fundamental “Ahorro – Inversión = Exportaciones – Importaciones”; si mis importaciones son mayores que mis exportaciones, mi inversión será mayor que mi ahorro, de modo que estoy importando capital, y si mis exportaciones son mayores que mis importaciones, mis ahorros es mayor que mi inversión, de modo que estoy exportando capital. Para un tratamiento exhaustivo del comercio internacional, que incluya su relación con la paz, véase Donald J. Boudreaux, *Globalization* (Westport, CT: Greenwood Press, 2008).
86. Jean-Baptiste Say, *A Treatise on Political Economy*, Libro I, Capítulo XVII, “Of the Effect of Government Regulations Intended to Influence Production”. Disponible en: <http://oll.libertyfund.org/title/274/38004>.
87. John Prince-Smith, “On the Significance of Freedom of Trade in World Politics”, discurso pronunciado en el Tercer Congreso de Economistas Alemanes, Koln, 1860, en E. K. Bramsted y K. J. Melhuish, editores, *Western Liberalism: A History in Documents from Locke to Croce*, op. cit., págs. 357–59, pág. 357.

88. Montesquieu, *The Spirit of the Laws*, trad. Anne M. Cohler, Basia Carolyn Miller y Harold Samuel Stone, 1748; Cambridge: Cambridge University Press, 1989, Libro 20, "On the laws in their relation to commerce, considered in its nature and its distinctions", Capítulo 2, "On the spirit of commerce", pág. 338.
89. Carlos W. Polachek y Carlos Seiglie, "Trade, Peace and Democracy: An Analysis of Dyadic Dispute", Institute for the Study of Labor (IZA), Artículo de debate 2170 (junio de 2006). Disponible en: [http://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract\\_id=915360###](http://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=915360###).
90. Véase Erik Gartzke, Quan Li y Charles Boehmer, "Investing in Peace: Economic Interdependence and International Conflict", *International Organization*, Vol. 55, N.º 2 (primavera de 2001), págs. 391-438.
91. Véase Douglas A. Irwin, *Peddling Protectionism: Smoot-Hawley and the Great Depression*, Princeton, Princeton University Press, 2011.
92. Disponible en <http://econjwatch.org/articles/economists-againstsmoot-hawley>.
93. Harry S. Truman, "Address on Foreign Economic Policy, Delivered at Baylor University, March 6, 1947", Documentos públicos de los presidentes, Harry S. Truman 1947-53. Disponible en: <http://trumanlibrary.org/publicpapers/index.php?pid=2193&st=&st1=>.
94. Homero, *The Odyssey*, trad. por Robert Fagles, Nueva York, Penguin, 1997, pág. 215.
95. Parker T. Moon, *Imperialism and World Politics*, Nueva York, The MacMillan Company, 1926, pág. 58. Bien vale la pena leer la descripción de Moon sobre la cruel explotación del Congo Belga, el así llamado "Estado libre" del rey Leopoldo, que causó un sufrimiento inimaginable a la población autóctona, enriqueció al rey y significó un costo para los contribuyentes belgas. La acción del heroico Sir Roger Casement, al llamar la atención de la población belga acerca de los horrores sucedidos en el Congo mediante el Informe Casement de 1904, debe ser recordado por siempre. Tristemente, luego de convertirse en héroe ante el público por exponer tales crímenes en Congo y Brasil, fue ejecutado por el Gobierno británico debido a su respaldo activo de la independencia irlandesa.
96. Véase Tom G. Palmer, "Myths of Individualism", *Cato Policy Report*, septiembre/ octubre de 1996. Disponible en: <http://www.libertarianism.org/publications/essays/myths-individualism>.
97. Citado en Johan Hari, "The Two Churchills", reseña de *Churchill's Empire: The World That Made Him and the World He Made*, de Richard Toye, *New York Times*, 12 de agosto de 2010.
98. Josh Sanburn, "Paul Krugman: An Alien Invasion Could Fix the Economy", *Time*, 16 de agosto de 2011.

99. Thomas Jefferson a Elbridge Gerry, 13 de mayo de 1797, en Julian P. Boyd y otros, eds., *The Papers of Thomas Jefferson*, 36 volúmenes a la fecha, Princeton, N.J., 1950, Vol. 29, pág. 364.
100. Benjamin Franklin a Jonathan Shipley, 10 de junio de 1782, en Leonard W. Labaree y otros, eds., *The Papers of Benjamin Franklin*, 40 volúmenes a la fecha, New Haven, Conn., Yale University Press, 1959–2011, Vol. 37, p. 457.
101. James Madison, *Political Observations*, 20 de abril de 1795, en William T. Hutchinson y otros, eds., *The Papers of James Madison: Congressional Series*, 17 volúmenes, Charlottesville, Va., University Press of Virginia, 1962–91, Vol. 15, p. 518.
102. “The Declaration of Independence as Adopted by Congress”, 4 de julio de 1776, en Boyd, y otros, eds., *The Papers of Thomas Jefferson*, Vol. 1, págs. 429–30.
103. Bernard Bailyn, *The Ideological Origins of the American Revolution*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1967, págs. 36, 48, 61–65, 84, 112–19; Richard H. Kohn, *Eagle and Sword: The Federalists and the Creation of the Military Establishment in America, 1783–1802*, Nueva York, The Free Press, 1–13; Joseph J. Ellis, *His Excellency: George Washington*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2004, págs. 68–72.
104. John Adams a Abigail Adams, 2 de septiembre de 1777, en L. H. Butterfield, y otros, eds., *The Adams Family Correspondence*, 9 volúmenes a la fecha, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1963, Vol. 2, pág. 336; Charles Royster, *A Revolutionary People at War: The Continental Army and American Character, 1775–1783*, Chapel Hill, N.C., University of North Carolina Press, 1979, págs. 116–19 y 179–89.
105. George Washington a Lewis Nicola, 22 de mayo de 1782, en John C. Fitzpatrick, ed., *The Writings of George Washington*, 39 volúmenes, Washington, D.C., U.S. Government Printing Office, 1931–39, Vol. 24, págs. 272–73; Ellis, *His Excellency*, págs. 138–39.
106. Kohn, *Eagle and Sword*, págs. 17–39; Ellis, *His Excellency*, págs. 141–46
107. Garry Wills, *Cincinnatus: George Washington and the Enlightenment*, Garden City, N.Y., Doubleday, 1984; George Washington a David Humphreys, 25 de julio de 1785, en W. W. Abbot y otros, eds., *The Papers of George Washington: Confederation Series*, 6 volúmenes, Charlottesville, Va., University of Virginia Press, 1992–95, Vol. 3, págs. 148–49.  
McCoy, *The Elusive Republic*, 86–100; Thomas Paine, *Common Sense*, 1776, en Philip S. Foner, ed., *The Complete Writings of Thomas Paine*, 2 volúmenes (New York: Citadel Press, 1945), 1:20; Jefferson a William Carmichael, 26 de diciembre de 1786, en Boyd, et al., eds., *The Papers of Thomas Jefferson*, 10:634.
108. Stuart Leibiger, *Founding Friendship: George Washington, James Madison, and the Creation of the American Republic*, Charlottesville, Va., University Press of Virginia, 1999, págs. 58–95.

109. Joseph J. Ellis, *Founding Brothers: The Revolutionary Generation*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 2001, págs. 120–22, 134–48; George Washington, Discurso de despedida, 19 de septiembre de 1796, Founders Online, National Archive. Disponible en: <http://founders.archives.gov/documents/Washington/99-01-02-00963>, ver. 2013-12-27.
110. Thomas Jefferson, Primer discurso de asunción, 4 de marzo de 1801, en Julian P. Boyd y otros, eds., *The Papers of Thomas Jefferson*, 36 volúmenes a la fecha, Princeton, N.J., Princeton University Press, 1950, Vol. 33, pág. 150.
111. Ellis, *Founding Brothers*, págs. 190–93; Primera Enmienda de la Constitución de Estados Unidos. Véase también James Morton Smith, *Freedom's Fetters: The Alien and Sedition Laws and American Civil Liberties*, Ithaca, N.Y., Cornell University Press, 1956.
112. David N. Mayer, *The Constitutional Thought of Thomas Jefferson*, Charlottesville, Va., University Press of Virginia, 1994, págs. 215–18, 244–51; Drew R. McCoy, *The Elusive Republic: Political Economy in Jeffersonian America*, Ithaca, N.Y., Cornell University Press, 1980, págs. 195–210; Jefferson a Robert R. Livingston, 18 de abril de 1802, en Merrill D. Peterson, ed., *Thomas Jefferson: Writings*, Nueva York: Library of America, 1984, pág. 1105.
113. Ralph Ketcham, *James Madison: A Biography*, Nueva York: Macmillan, 1971, págs. 585–86; Benjamin Wittes y Ritika Singh, “James Madison, Presidential Power, and Civil Liberties in the War of 1812”, en Pietro S. Nivola y Peter J. Kastor, eds., *What So Proudly We Hailed: Essays on the Contemporary Meaning of the War of 1812*, Washington, D.C., Brookings Institution Press, 2012, págs. 97–121.
114. Ralph Ketcham, *James Madison: A Biography*, Nueva York: Macmillan, 1971, págs. 585–86; Benjamin Wittes y Ritika Singh, “James Madison, Presidential Power, and Civil Liberties in the War of 1812”, en Pietro S. Nivola y Peter J. Kastor, eds., *What So Proudly We Hailed: Essays on the Contemporary Meaning of the War of 1812*, Washington, D.C., Brookings Institution Press, 2012, págs. 97–121.
115. Jefferson a Madison, 27 de abril de 1809, en J. Jefferson Looney, ed., *The Papers of Thomas Jefferson: Retirement Series*, 7 volúmenes a la fecha, Princeton, N.J., Princeton University Press, 2004, Vol. 1, pág. 169; Peter S. Onuf, *Jefferson's Empire: The Language of American Nationhood*, Charlottesville, Va., University of Virginia Press, 2000, págs. 53–79.
116. El término “fisiócrata” deriva del griego y significa “el imperio de la naturaleza”. Los pensadores de esa escuela creían que la sociedad se regulaba a sí misma, de acuerdo con principios conocibles y no que era dirigida por príncipes sabios.
117. Robert Gates, debate en el programa de entrevistas *Meet the Press*, 19 de enero de 2014. La transcripción está disponible en [http://www.nbcnews.com/id/54117257/ns/meet\\_the\\_press-transcripts/t/january-dianne-feins](http://www.nbcnews.com/id/54117257/ns/meet_the_press-transcripts/t/january-dianne-feins)

tein-mike-rogersalexis-ohanian-john-wisniewski-rudy-giuliani-robert-gates-newtgingrich-andrea-mitchell-harold-ford-jr-nia-malika-henderson/#.UxdBE1OGfKc.

118. Charles Tilly, *Coercion, Capital, and European States, AD 990–1992* (Cambridge, MA: Blackwell, 1990).
119. Para consultar un análisis integral pero conciso, véase Jack S. Levy y William R. Thompson, *The Arc of War: Origins, Escalation, and Transformation*, Chicago: University of Chicago Press, 2011.
120. Charles Tilly, “Reflections on the History of European State-Making”, en Charles Tilly, ed., *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton: Princeton University Press, 1975, pág. 42.
121. Jack S. Levy, “Historical Trends in Great Power War, 1495–1975”, *International Studies Quarterly* 26, n.º 2 (junio de 1982), págs. 278–300.
122. John Mueller, *Retreat from Doomsday: The Obsolescence of Major War*, Nueva York: Basic Books, 1989, págs. 240–44.
123. Véase el análisis en Benjamin H. Friedman, Brendan Rittenhouse Green y Justin Logan, “Debating American Engagement: The Future of U.S. Grand Strategy”, *International Security* 38, n.º 2 (otoño de 2013), págs. 183–92.
124. Kenneth N. Waltz, “Waltz Responds to Sagan”, en Scott D. Sagan y Kenneth N. Waltz, *The Spread of Nuclear Weapons: A Debate*, Nueva York: W. W. Norton, 1995, pág. 111.
125. Se podría sugerir que el ataque israelí contra la central nuclear de Siria es un contraargumento, pero el programa sirio estaba a décadas de poder concretarse, y, en consecuencia, dicho ataque generó dudosos beneficios para la seguridad de Israel.
126. Artemy Kalinovsky, “Decision-Making and the Soviet War in Afghanistan: From Intervention to Withdrawal”, *Journal of Cold War Studies* 11, n.º 4 (otoño de 2009): 50.
127. Daryl G. Press, *Calculating Credibility: How Leaders Assess Military Threats*, Ithaca, NY: Cornell University Press, 2007.
128. Véase el análisis en Alan J. Kuperman, “A Model Humanitarian Intervention? Reassessing NATO’s Libya Campaign”, *International Security* 38, n.º 1 (verano de 2013), págs. 105–36.
129. Helene Cooper y Steven Lee Myers, “Obama Takes Hard Line with Libya After Shift by Clinton”, *New York Times*, 18 de marzo de 2011.
130. Véase el análisis en Alan J. Kuperman, “A Model Humanitarian Intervention? Reassessing NATO’s Libya Campaign”.

131. Para consultar un incisivo tratamiento de la tendencia occidental a ignorar la política y los problemas que esto ocasiona, véase Richard K. Betts, "The Delusion of Impartial Intervention", *Foreign Affairs* 73, n.º 6 (nov./dic. 1994), págs. 20-33.
132. Presidente Dwight D. Eisenhower, "Farewell Address to the Nation", 17 de enero de 1961. Véase una visión más general en Peter Trubowitz, *Defining the National Interest: Conflict and Change in American Foreign Policy*, Chicago: University of Chicago Press, 1998.
133. Benjamin H. Friedman y Justin Logan, "Why the U.S. Military Budget Is Foolish and Sustainable", *Orbis* 56, número 2 (otoño 2012), págs. 177-91.
134. Sobre política de elite y sobreexpansión, véase Jack Snyder, *Myths of Empire: Domestic Politics and International Ambition*, Ithaca, NY: Cornell University Press, 1991.
135. Por ejemplo, al hacer una defensa de la guerra de Irak durante su discurso sobre el Estado de la Unión, en 2003, el presidente de Estados Unidos, George W. Bush, utilizó palabras de un himno del Evangelio y reemplazó a Cristo por el pueblo estadounidense. Véase Alan Cooperman, "Openly Religious, to a Point", *Washington Post*, 16 de septiembre de 2004. Véase una visión más general en Conor Cruise O'Brien, *God Land: Reflections on Religion and Nationalism*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 1999.
136. El profesor Peter Kraska ha recolectado una gran cantidad de información sobre el equipo SWAT. La recopilación de datos más sistemática llegó hasta 2005 inclusive. Puede consultarse un estudio reciente sobre el tema en "Paramilitary Police: Cops or Soldiers?", *The Economist*, 22 de marzo de 2014, <http://www.economist.com/news/united-states/21599349-americas-police-have-become-too-militarised-cops-or-soldiers>
137. *Presocratic Philosophers: A Critical History with a Selection of Texts*, por G. S. Kirk, J. E. Raven y M. Schofield, segunda edición, Cambridge, Cambridge University Press, 1957, pág. 193. También se cita a Heráclito cuando afirmó: "Εἰδέναι δὲ χρῆ τὸν πόλεμον ἕντα ξυθὸν καὶ δίκην ἔριν, καὶ γινόμενα πάντα κατ' ἔριν καὶ χρεῶν". "Es necesario saber que la guerra es algo común y que el conflicto es correcto, y que todas las cosas suceden a raíz del conflicto y la necesidad", pág. 193.
138. Joseph de Maistre, *Considerations on France*, trad. por Richard A. Lebrun, 1797; Cambridge: Cambridge University Press, 2000, pág. 23.
139. Steven Pinker, *The Better Angels of Our Nature: A History of Violence and Humanity*, Londres, Penguin Books, 2011. El libro de Pinker es un excelente ejemplo de ciencia social seria, que busca y presenta evidencia, sugiere y prueba hipótesis explicativas, y reconoce la incertidumbre cuando no hay evidencias determinantes.
140. Pinker aborda la objeción obvia de que el siglo xx presenció niveles horripilantes, abrumadores y repugnantes de violencia organizada por el Estado; incluso teniendo en cuenta tales niveles, la posibilidad de los seres humanos

de experimentar violencia en general declinó durante el siglo xx. Véase *The Better Angels of Our Nature: A History of Violence and Humanity*, págs. 233–78.

141. *Ibid.*, pág. 769.
142. Los términos se usan de manera indistinta en este ensayo. El término liberal se conoce en la mayoría de los países como “liberalismo” o como “liberalismo clásico” para evitar la confusión con la forma en que el primero se usa en Estados Unidos. El economista Joseph Schumpeter señaló que, en ese país, “como un elogio supremo, aunque no intencional, los enemigos del sistema de la empresa privada consideraron que era acertado apropiarse de su rótulo”. Joseph Schumpeter, *History of Economic Analysis*, Nueva York, Oxford University Press, 1974, pág. 394. Véase también George H. Smith, *The System of Liberty: Themes in the History of Classical Liberalism*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013, esp. el cap. 1, “Liberalism, Old and New”. La historia de la palabra “liberalismo” se describe en Guillaume de Bertier de Sauvigny, “Le liberalism. Aux origines d’un mot,” *Commentaire*, no. 7 (otoño), págs. 420–24, pág. 420, disponible en línea en: <http://www.commentaire.fr/pdf/articles/1979-3-007/1979-3-007.pdf>.
143. John Locke, *Two Treatises of Government*, Peter Laslett, ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1988, II, Cap. VI, § 57, pág. 507.
144. Para consultar una perspectiva general útil, véase *The English Levellers*, Andrew Sharp, ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1998.
145. “A todo individuo natural le es dada una propiedad particular que, por naturaleza, no ha de ser invadida ni usurpada por nadie. Pues cada uno, que es su propia persona, se tiene a sí mismo como suyo, o de lo contrario no sería él mismo; y de tal propiedad ninguna otra persona puede jactarse de privarlo sin incurrir en una violación manifiesta de los mismos principios de la naturaleza y de las reglas de la equidad y la justicia entre hombres. Lo mío y lo tuyo no pueden existir, salvo por esto: ningún hombre tiene poder sobre mis derechos ni sobre mis libertades, ni yo lo tengo sobre los derechos de hombre alguno. No puedo ser más que un individuo, disfrutar de mí ser y de mi propiedad, y puedo corregirme a mí mismo y a nadie más que a mí mismo, sin presumir de nada más; de hacerlo, me convierto en un usurpador y un invasor del derecho de otro hombre, a lo cual no tengo derecho. Puesto que por nacimiento todos los hombres están igual e idénticamente destinados a gozar de la propiedad y la libertad; y dado que Dios nos ha puesto en este mundo mediante la mano de la naturaleza, cada uno con una libertad y propiedad naturales e innatas — como fuera escrito sobre el corazón de cada hombre, para nunca ser borrado —, aun así hemos de vivir, todos igual e idénticamente destinados a disfrutar de nuestro derecho y privilegio de nacimiento; por lo cual Dios, por naturaleza, nos ha hecho libres”. Richard Overton, “An Arrow against All Tyrants and Tyranny”, en *The English Levellers*, Andrew Sharp, ed., pág. 55.

146. Montesquieu, *The Spirit of the Laws*, Anne M. Cohler, Basia Carolyn Miller y Harold Samuel Stone, trad., 1748; Cambridge: Cambridge University Press, 1989, Libro 20, Capítulo 1, pág. 338. Sobre propiedad y libertad, véase Libro 25, Capítulo 15, pág. 510-11, entre otras secciones.
147. Para consultar un debate sobre “catalaxia” como “orden del mercado”, véase F. A. Hayek, *Law, Legislation, and Liberty, Vol. 2, The Mirage of Social Justice*, Chicago, University of Chicago Press, 1978, pág. 108, que cita a Liddell y Scott, *A Greek-English Dictionary*.
148. Frederic Bastiat, “To the Youth of France”, en Frederic Bastiat, *Economic Harmonies*, W. Hayden Boyers, trad., Irvington-on-Hudson, Foundation for Economic Education, 1964, pág. xxiv.
149. Frederic Bastiat, *ibid.*, pág. xxv.
150. Ernst Jünger, *The Storm of Steel, from the Diary of a German Storm-Troop Officer on the Western Front*, Nueva York: Howard Fertig, 1996, págs. 316-17.
151. Joseph de Maistre, *Considerations on France*, op. cit, pág. 29.
152. *Ibid.*, pág. 31.
153. Véase Isaiah Berlin, “The Counter-Enlightenment”, en Isaiah Berlin, *The Proper Study of Mankind: An Anthology of Essays*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1998, págs. 243-68.
154. Steven Pinker, *The Better Angels of Our Nature*, pág. 226.
155. Friedrich Engels, “Outlines of a Critique of Political Economy”, en Lawrence S. Stepelevich, ed., *The Young Hegelians: An Anthology*, Amherst, N.Y., Humanity Books, 1999, págs. 278-302, pág. 283.
156. John Ruskin, “War”, disertación ofrecida en la Real Academia Militar, Woolwich, en *The Crown of Wild Olive, Munera Pulveris, Sesame and Lilies*, por John Ruskin, Nueva York, Thomas Y. Crowell & Co., n.d., págs. 66-67. Ruskin agregó que “el concepto común de que la paz y las virtudes de la vida civil florecieron en simultáneo es, según he descubierto, completamente insostenible. Solo la paz y los vicios de la vida civil florecen en simultáneo. Hablamos de la paz y el aprendizaje, de la paz y la abundancia, y de la paz y la civilización, pero he descubierto que esas no eran las palabras que la Musa de la Historia unió de a pares: en sus labios, las palabras eran paz y sensualidad, paz y egoísmo, paz y corrupción, paz y muerte. Descubrí, en resumen, que todas las grandes naciones aprendieron su verdad de palabra y su fortaleza de pensamiento en la guerra; que se nutrieron en la guerra y fueron malgastados por la paz; entrenados por la guerra y traicionados por la paz; en una palabra, que nacieron en la guerra y fallecieron en la paz”, pág. 70.
157. En sus escritos *Letters Concerning the English Nation*, Voltaire describió su experiencia de una Inglaterra más liberal y comercial (en comparación con

Francia) y observó que aunque las sectas episcopaliana y presbiteriana son las dos predominantes en *Gran Bretaña*, todas las demás que vengan a instalarse y convivir de manera muy sociable son bien recibidas, aunque la mayoría de sus predicadores se odian entre sí casi con la misma cordialidad que un jansenista maldice a un jesuita.

Demos un vistazo a la *Bolsa Real* de Londres, un lugar más venerable que muchos tribunales de justicia, donde los representantes de todas las naciones se reúnen para beneficio de la humanidad. Allí, el judío, el mahometano y el cristiano realizan transacciones como si profesaran la misma religión, y donde solo una quiebra puede ser calificada de infiel. Allí, el presbiteriano confía en el anabaptista, y el clérigo depende de la palabra del cuáquero. Al término de esta reunión pacífica y libre, algunos se retiran a la sinagoga y otros a tomar una copa. Este hombre va y es bautizado en una gran tina, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: ese hombre hace cortar el prepucio de su hijo, sobre quien alguien murmura un conjunto de palabras *hebreas* (totalmente ininteligibles para él). Otros se retiran a sus iglesias y allí esperan la inspiración del cielo con los sombreros puestos, y todos están satisfechos.

158. Voltaire, *Letters Concerning the English Nation*, 1733; Oxford: Oxford University Press, 1994, Carta VI, "On the Presbyterians", pág. 30.
159. Karl Marx y Friedrich Engels, *The Communist Manifesto*, 1848; Londres: Verso, 2012, pág. 37.
160. Robert Musil, *The Man Without Qualities*, Vol. I, trad. por Sophie Wilkins, Nueva York, Vintage Books, 1995, pág. 22.
161. Karl Marx y Frederick Engels, *ibíd.*, págs. 34–35.
162. Como lo expresó Marx, "entendemos por 'individuo' a nadie más que al burgués, al propietario de bienes de clase media. Esta persona verdaderamente debe quitarse del medio, y su existencia debe hacerse imposible" (*The Communist Manifest* [*Manifiesto comunista*], pág. 55). Para consultar una crítica de la teoría marxista del conflicto de clases, véase "Classical Liberalism, Marxism, and the Conflict of Classes: The Classical Liberal Theory of Class Conflict", en Tom G. Palmer, *Realizing Freedom: Libertarian Theory, History, and Practice*, segunda edición, Washington, D.C., Cato Institute, 2014. La concreción de la visión del conflicto de clases a través de la eliminación de los enemigos de clase, combinada con los desastrosos esfuerzos por eliminar los derechos de propiedad, el mercado de valores y el sistema de precios, fue responsable de cientos de millones de muertes en el siglo xx. La teoría, por supuesto, era que una clase nueva y universal, el proletariado, asumiría el control y los conflictos de clase desaparecerían, pero la realidad fue que se generó un nuevo sistema de clases y se perpetuaron los conflictos tanto internos como externos debido a la necesidad de identificar y combatir más enemigos que nunca, todos los cuales fueron señalados como burgueses o agentes de la burguesía.

163. Como expresó el teórico fascista italiano Giovanni Gentile, el Fascismo surgió como una doctrina de la unidad de la nación a través de la guerra: “entrar en la guerra [la Segunda Guerra Mundial] fue necesario para, finalmente, unir a la nación a través del derramamiento de sangre (...) La guerra se veía como una forma de consolidar la nación como solo la guerra puede hacerlo, creando un pensamiento único para todos los ciudadanos, un único sentimiento y una esperanza común, un ansiedad vivida por todos, día a día — a la espera de que la vida del individuo pudiera verse y percibirse conectada, de manera difusa o vívida, con la vida que es común a todos —, pero que trasciende los intereses particulares de uno solo. Se buscó la guerra con el fin de unir a la nación — con el fin de convertirla en una nación verdadera, real, viva, capaz de actuar, y lista para darse valor e importancia ante el mundo —, para entrar en la historia con su propia personalidad, con su propia forma, con su propio carácter, con su propia originalidad, para nunca más vivir en una cultura prestada y bajo la sombra de los grandes individuos que hacen esa historia. Por lo tanto, para crear una verdadera nación en la única forma en que se emprende la creación de toda realidad espiritual: con esfuerzo y a través del sacrificio”. Giovanni Gentile, *Origins and Doctrine of Fascism*, trad. de A. James Gregor, New Brunswick, NJ, Transaction Publishers, 2007, pág. 2.
164. Adolf Hitler *Mein Kampf* (“Mi lucha”) Ralph Mannheim, trad., Boston, Houghton Mifflin, 1943, pág. 289.
165. David Held, *Introduction to Critical Theory: Horkheimer to Habermas*, Berkeley, University of California Press, 1980, pág. 160 [citando a Nietzsche].
166. Herbert Marcuse, “Repressive Tolerance”, en Robert P. Wolff, Barrington Moore, Jr. y Herbert Marcuse, *A Critique of Pure Tolerance*, Boston, Beacon Press, 1965.
167. Ha habido una proliferación de subespecialidades académicas que afirman promover diversas contiendas contra la hegemonía cultural, la mercantilización, la cosificación, y así sucesivamente. El estudio de estos temas puede resultar valioso, ya que gran parte de la historia ha estado caracterizada por el conflicto y la dominación. La cuestión es si el conflicto puede reducirse, corregirse o resolverse, o si es innato en la humanidad o quizá incluso constitutivo de los seres humanos como tales. Un ejemplo de escuela que rechaza el liberalismo, los derechos igualitarios, la libertad de prensa y la tolerancia es el movimiento que se ha denominado “feminismo de género” (principalmente por sus críticos), cuya teórica más destacada es Catherine MacKinnon, quien promueve la penalización de la pornografía y el procesamiento y encarcelamiento de aquellos que la producen, comercializan o venden. Según MacKinnon, “la sexualidad (...) es una forma de poder. El género, tal como está construido socialmente, lo corporiza, y no a la inversa. Los hombres y mujeres están divididos por género y formados en función de los sexos tal como los conocemos, merced a los requerimientos sociales de la heterosexualidad, que institucionaliza el dominio sexual masculino y la sumisión sexual femenina”. Catherine A. MacKinnon, “Feminism, Marxism, Method, and the

State: An Agenda for Theory”, *Signs*, Vol. 7, N.º 3, Feminist Theory (primavera de 1982), págs. 515–44, página 533. En *Toward a Feminist Theory of the State*, Cambridge, Ma., Harvard University Press, 1989, MacKinnon rechaza la “neutralidad de género” y los “derechos individuales” sobre la base de que “la igualdad abstracta *necesariamente* [se agregó el énfasis] refuerza las desigualdades del status quo hasta el punto en que refleja uniformemente un sistema social desigual” (pág. 227) y “Considerar los sexos ‘como individuos’, lo que significa de a uno, como si no pertenecieran a géneros, oculta completamente estas realidades colectivas y correlaciones sustantivas del estatus de grupos genéricos detrás de la máscara del reconocimiento de los derechos individuales” (pág. 228). Véase también su equiparación de todas las relaciones masculinas-femeninas con el estatus de la violación en su ensayo “Crimes of War, Crimes of Peace”, en Stephen Shute y Susan Hurley, editores, *On Human Rights: The Oxford Amnesty Lectures 1993*, Nueva York, Basic Books, 1993, “El hecho de que existe la agresión serbia es incuestionable, así como el hecho de que existe la agresión masculina contra las mujeres es incuestionable, aquí y en todas partes”. (pág. 87)

168. Como escribió el contraalmirante S. B. Luce en 1891, “la guerra es una de las grandes instituciones mediante las cuales se lleva a cabo el progreso humano. A pesar de ser una calamidad, y por mucho que se deplora su práctica, debemos reconocer a la guerra como la operación de las leyes económicas de la naturaleza para el gobierno de la familia humana. Estimula el crecimiento nacional; resuelve problemas de economía interna y política que, de lo contrario, serían insolubles; y depura los humores de una nación”. Contraalmirante S. B. Luce, Armada de Estados Unidos, “The Benefits of War”, *The North American Review*, Vol. 153, N.º 421, diciembre de 1891.
169. William Kristol y Robert Kagan, “Toward a Neo-Reaganite Foreign Policy,” *Foreign Affairs*, julio/agosto de 1996. Disponible en: <http://www.foreignaffairs.com/articles/52239/william-kristol-and-robertkagan/toward-a-neo-reaganite-foreign-policy>.
170. Samuel Huntington planteó un “choque de civilizaciones” en *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Nueva York, Simon & Schuster, 1997, pág. 207: “Las civilizaciones son las tribus humanas definitivas, y el choque de civilizaciones es el conflicto tribal a una escala global. En el mundo emergente, los Estados y grupos de dos civilizaciones distintas pueden formar conexiones y coaliciones limitadas, *ad hoc* y tácticas para promover sus intereses contra entidades de una tercera civilización o para otros propósitos compartidos. Las relaciones entre grupos de diferentes civilizaciones, sin embargo, casi nunca se terminarán, generalmente serán buenas, y a menudo serán hostiles”, pág. 207.
171. Véase, por ejemplo, G. A. Cohen, “Freedom, Justice and Capitalism”, *New Left Review*, 1/126 (marzo-abril de 1981), págs. 3–16.

172. Sir Robert Filmer, "Observations upon Aristotle's Politiques", en Filmer, *Patriarcha and Other Writings*, ed. por Johann P. Sommerville, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pág. 275. John Locke, una figura primigenia en la articulación de ideas liberales modernas, respondió que "la [l]ibertad no es, como [Filmer] nos dice, una libertad para que cada Hombre haga lo que desee: (¿quién podría ser libre, cuando el Humor de otro Hombre podría ejercer dominio sobre él?), sino una libertad para disponer y ordenar, según lo desee, a Personas, Acciones, Posesiones y toda su Propiedad, dentro del Permiso que otorguen esas Leyes a las que está sujeto; y no estar sometido a la arbitraria Voluntad de otro, sino seguir libremente la suya propia". John Locke, *Two Treatises of Government*, ed. Peter Laslett, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, II, cap. VI, §57, pág. 306.
173. La naturaleza engañosa de la afirmación es evidente cuando se considera la perspectiva de la víctima de violación, no meramente en términos físicos, sino también en términos de los deseos de la víctima con respecto a ese cuerpo único que posee y de si la víctima tomará decisiones respecto de ese cuerpo, o va a estar sujeta a los deseos de uno y todos los que puedan desearlo. Además, una disminución de la violación no es, desde la perspectiva de la libertad, completamente equivalente a un aumento de aquélla, en razón de que una restricción (evitar la violación) equilibra la otra (perpetrar la violación).
174. Jan-Werner Muller, *A Dangerous Mind: Carl Schmitt in Post-War European Thought*, New Haven: Yale University Press, 2003, pág. 1. Franz Oppenheimer y Joseph Schumpeter, dos prominentes liberales clásicos que escribían en alemán, fueron objeto de un duro ataque en *The Concept of the Political*, págs. 76-79.
175. Carl Schmitt, *The Concept of the Political*, Georg Schwab, trad. y ed., 1932, Chicago: University of Chicago Press, 2007, pág. 26.
176. Véase Aleksandr Dugin, *The Fourth Political Theory*, Londres, Arktos, 2012, que incorpora los principales elementos de la teoría nacionalsocialista, con la excepción del antisemitismo (reemplazado por homosexuales y estadounidenses), e incluye una notable dependencia de las teorías de los "Grandes espacios" de Schmitt.
177. Carl Schmitt, *The Concept of the Political*, pág. 28.
178. Carl Schmitt, *The Concept of the Political*, pág. 35. "El Estado, como entidad política decisiva, posee un poder enorme: la posibilidad de librar una guerra y, por consiguiente, disponer públicamente de las vidas de los hombres. El *jus belli* contiene tal disposición. Implica una doble posibilidad: el derecho a exigir a sus propios miembros que estén dispuestos a morir y matar a los enemigos sin vacilar", pág. 46.
179. Slavoj Žižek, "Carl Schmitt in the Age of Post-Politics", en *The Challenges of Carl Schmitt*, Chantal Mouff ed., Londres, Verso, 1999, págs. 18-37, pág. 29.

180. John Rawls, *Political Liberalism*, Nueva York, Columbia University Press, 1993, pág. 267.
181. Saul Anton, "Enemies: A Love Story", *Lingua Franca*, mayo/junio de 2000.
182. Véase el tratamiento en Jan-Werner Muller, *A Dangerous Mind: Carl Schmitt in Post-War European Thought*, págs. 229-32.
183. Michael Hardt y Antonio Negri, *Empire*, Cambridge, Ma., Harvard University Press, 2001, págs. 45-46. La prefiguración del ataque perpetrado a las Torres Gemelas y el Pentágono por los terroristas suicidas de Osama bin-Laden puede haber sido una razón por la que el libro se hunde poco después de los ataques. Véase Lorraine Adams, "A Global Theory Spins on an Altered Axis: 'Empire' Author Michael Hardt in Wake of Attacks", *Washington Post*, 29 de septiembre de 2001. En su libro, Hardt y Negri especulan con que "quizá, cuanto más extienda el capital sus redes globales de producción y control, más poderoso será cualquier punto de rebelión específico. Simplemente al enfocar sus propios poderes, concentrando sus energías en una espiral tensa y compacta, estas tortuosas luchas atacarán directamente las articulaciones más elevadas del orden imperial". (pág. 58) Hardt y Negri lamentan el crecimiento del comercio internacional y de las instituciones no estatales transnacionales, a las que perciben como causantes del "declive de toda esfera política autónoma". Los autores identifican esa esfera política autónoma con la nación-Estado, lo cual no significa para ellos un rechazo de la tesis de Schmitt, sino una confirmación, ya que la confrontación entre al amigo y el enemigo persiste, y meramente pasa a un "nivel supranacional". (págs. 307-9) Además, con un lenguaje típicamente intrincado, llaman a la absoluta y completa eliminación de la libertad de prensa: "La verdadera práctica revolucionaria se refiere al nivel de *producción*. No nos hará libres la verdad, sino el control de la producción de la verdad. Lo que nos libera no es la movilidad y la hibridez, sino el control de la producción de la movilidad y la inmovilidad, de las purezas y mezclas". (pág. 156) El errático e impulsivo escritor marxista Slavoj Žižek ha adoptado el enfoque de Schmitt para argumentar que incluso la democracia liberal debe abrazar el enfoque "schmittiano", que "nuestras democracias liberales pluralistas y tolerantes siguen siendo profundamente schmittianas: siguen apoyándose en el *Einbildungskraft* político [el poder transcendental de la imaginación] para brindarles la figura apropiada para hacer visible al Enemigo invisible. Lejos de suspender la lógica binaria Amigo/Enemigo, el hecho de que el Enemigo sea definido como un adversario fundamentalista de la tolerancia pluralista simplemente agrega un giro reflexivo a dicha lógica". Slavoj Žižek, "Are we in a war? Do we have an enemy?", *London Review of Books*, Vol. 24, N.º 10, 23 de mayo de 2002.
184. Michael Hardt y Antonio Negri, *Empire*, págs. 65-66.
185. George Orwell, "Politics and the English Language", en George Orwell, *A Collection of Essays*, Nueva York, Harcourt, 1981, pág. 167.

186. Carl Schmitt, "The Großraum Order of International Law with a Ban on Intervention for Spatially Foreign Powers: A Contribution to the Concept of Reich in International Law (1939-41)", en Carl Schmitt, *Writings on War*, Timothy Nunan, trad., Londres: Polity Press, 2011, págs. 75-124, pág. 109.
187. La relación entre Schmitt y Strauss se ha discutido en varios libros, muchos de los cuales giran en torno al tema de la admiración de Strauss por el fascismo. Véase Leo Strauss, "Notes on Carl Schmitt, The Concept of the Political", colofón en Carl Schmitt, *The Concept of the Political*, págs. 97-122; Heinrich Meier, *Carl Schmitt and Leo Strauss: The Hidden Dialogue*, Chicago, University of Chicago Press, 2006; y C. Bradley Thompson con Yaron Brook, *Neoconservatism: An Obituary for an Idea*, Boulder, Paradigm Publishers, 2010, esp. capítulo 9, "Flirting with Fascism". También está la cuestión de la carta de Strauss del 19 de mayo de 1933 a Karl Löwith, escrita desde París luego de la victoria de los nacionalsocialistas en Alemania. Strauss escribe que es horrible que "todo el proletariado intelectual germano-judío esté aquí" (en París) que bien preferiría regresar a Alemania, pero, señala, los judíos ya no son bien recibidos en ese país. Sin embargo, agregó, que nada que vaya en contra de los principios de la derecha deriva del hecho de que Alemania, habiéndose inclinado hacia la extrema derecha, no los toleraría (Löwith también era judío): "daraus, dass das rechts-gewordene Deutschland uns nicht toleriert, folgt schlechterdings nichts gegen die rechten Prinzipien". "Por el contrario", escribió, "solo con los principios de la derecha — fascista, autoritaria, de principios imperiales — se puede luchar contra todo ese miserable desastre ("mit Anstand") con dignidad y sin apelaciones absurdas y patéticas a 'los derechos imprescriptibles del hombre'". Luego agregó, y esto es verdaderamente revolver el puñal en el cadáver del liberalismo, que "no hay razón para arrastrarse de rodillas y contrito hasta la cruz [una frase en alemán rica en significado que no es tan sencillo traducir, especialmente porque menciona "la cruz" y Strauss era judío, que es probablemente el motivo por el cual la usó], y ni siquiera hasta la cruz del liberalismo, siempre y cuando el destello de las verdaderas ideas romanas aún brille en algún lugar del mundo; y de todos modos, es mejor el gueto que cualquier forma de cruz". Carta del 19 de mayo de 1933, de Leo Strauss a Karl Löwith, en Leo Strauss, *Gesammelte Schriften, Band 3, Hobbes's politische Wissenschaft und zugehörige Schriften – Briefe*, segunda edición revisada, ed. por Heinrich y Wiebke Meier (Stuttgart: Verlag J. B. Metzler), págs. 624-26. Los defensores de Strauss, una vez que reconocieron la carta, tuvieron bastante trabajo para minimizar lo que había querido decir, pero parece más que probable, dada su clara y explícita invocación "fascista, autoritaria, de principios imperiales" que se estaba refiriendo al Estado fascista que Mussolini había establecido en Roma. Mussolini intentaba establecer un "Nuevo Imperio Romano" y, en aquel momento, era rival y no aliado de Hitler y los nacionalsocialistas, y no incorporó (nuevamente, en aquel momento) el antisemitismo a la ideología del Estado.

188. Robert Kagan y William Kristol, "What to Do About Irak", *The Weekly Standard*, 21 de enero de 2002. Disponible en: <http://www.weeklystandard.com/Content/Public/Articles/000/000/000/768pylwj.asp>
189. David Brooks, "A Return to National Greatness: A Manifesto for a Lost Creed", *The Weekly Standard*, 3 de marzo de 1997.
190. William Kristol y Robert Kagan, "Toward a Neo-Reaganite Foreign Policy".
191. Leo Strauss, "Notes on *The Concept of the Political*", reimpresso en Carl Schmitt, *The Concept of the Political*, págs. 97-122, pág. 122. La influencia de Strauss en Schmitt se ha descrito en Heinrich Meier, *Carl Schmitt and Leo Strauss: The Hidden Dialogue*. Quienes han desestimado los servicios de Schmitt al Tercer Reich por considerarlos mero arribismo u oportunismo deberían leer más los escritos eliminados de Schmitt, como "Der Führer Schutz das Recht" ("El líder preserva/ protege la ley"), publicado en *Deutsche Juristen-Zeitung*, (1 de agosto de 1934; disponible en: [http://www.flechsiz.biz/DJZ34\\_CS.pdf](http://www.flechsiz.biz/DJZ34_CS.pdf)), que fue dado a conocer luego de que Hitler ejecutar a cientos de opositores, y los esclarecedores (y repulsivos) capítulos sobre Schmitt en Yvonne Sherratt, *Hitler's Philosophers*, New Haven, Yale University Press, 2013, y Emmanuel Faye, *Heidegger: The Introduction of Nazism into Philosophy*, New Haven, Yale University Press, 2009, así como las revelaciones y análisis de Raphael Gross en *Carl Schmitt and the Jews: The "Jewish Question", the Holocaust, and German Legal Theory*, Madison, University of Wisconsin Press, 2007.
192. Véase la discusión en Emmanuel Faye, *Heidegger: The Introduction of Nazism into Philosophy*, *op. cit.*, págs. 158-62.
193. Ludwig von Mises, *Omnipotent Government: The Rise of the Total State and Total War* (1944; Indianápolis: Liberty Fund, 2011), pág. 106. Disponible en: [http://files.libertyfund.org/files/2399/Mises\\_OmnipotentGovt1579\\_LFeBk.pdf](http://files.libertyfund.org/files/2399/Mises_OmnipotentGovt1579_LFeBk.pdf).
194. Carl Schmitt, *The Concept of the Political*, pág. 54.
195. *Ibid.*, pág. 55.
196. *Ibid.*, pág. 71.
197. *Ibid.*, pág. 29.
198. Ernst Jünger, *The Storm of Steel, from the Diary of a German Storm-Troop Officer on the Western Front*, pág. 319.
199. La frase fue popularizada por el escritor marxista Johann Plenge en su libro de 1916, *1789 und 1914: Die symbolischen Jahre in der Geschichte des politischen Geistes*, en el cual proclamó que "bajo la necesidad de la guerra, se han introducido ideas socialistas en la vida económica de Alemania, su organización se ha desarrollado de forma conjunta para formar un nuevo espíritu, y así la afirmación de nuestra nación para la humanidad dio a luz la idea de 1914, la idea de la organización germana, la unidad nacional del socialismo estatal". Citado en F. A. Hayek, *The Road to Serfdom*, 1944; Londres, Routledge & Kegan Paul, 1979, pág. 127.

200. *Briefwechsel, Briefe 1930–1983 Ernst Jünger / Carl Schmitt*, Helmut Kiesel, ed., Stuttgart, Klett-Kotta, 2012.
201. El centésimo cumpleaños de Jünger se celebró con una carta del presidente socialista francés Francois Mitterand, quien, durante los años de la guerra, había cambiado el servicio al régimen fascista de Vichy por los socialistas cuando se hizo evidente qué lado iba a ganar la guerra. La carta está disponible en <http://www.ernst-juenger.org/2012/05/francois-mitterand-to-ernst-junger-on.html>.
202. Ernst Junger, *ibid.*, pág. 317.
203. Relatado como: “La hemos sentenciado a muerte porque no podemos capturar a su hermano. Usted debe sufrir por su hermano”. En Hilton Tims, *Erich Maria Remarque: The Last Romantic*, Nueva York, Carroll & Graf, 2003, pág. 143.
204. “Die echte Revolution hat noch gar nicht stattgefunden, sie marschiert unaufhaltsam heran. Sie ist keine Reaktion, sondern eine wirkliche Revolution mit all ihren Kennzeichen und Au.erungen, ihre Idee ist die volkische, zu bisher nicht gekannter Scharfe geschliffen, ihr Banner das Hakenkreuz, ihre Ausdrucksform die Konzentration des Willens in einem einzigen Punkt – die Diktatur! Sie wird ersetzen das Wort durch die Tat, die Tinte durch das Blut, die Phrase durch das Opfer, die Feder durch das Schwert”. Ernst Junger, “Revolution und Idee”, *Völkischer Beobachter* (publicitado como el “Documento combativo del movimiento nacionalsocialista de la Gran Alemania”), 23/24 de septiembre de 1923, en Helmuth Kiesel, *Ernst Jünger: Die Biographie*, Munchen, Siedler Verlag, 2007, pág. 268.
205. Ernst Junger, “Total Mobilization”, trad. Joel Golb y Richard Wolin en Richard Wolin (ed.), *The Heidegger Controversy: A Critical Reader*, Cambridge, MA, MIT Press, 1998, págs. 119–39, pág. 127, pág. 134. Anteriormente, Benito Mussolini había expresado la idea la regimentación como una alternativa al liberalismo: “La verdad, manifiesta de ahora en más para todo aquel cuyos ojos no estén cegados por el dogmatismo, es que los hombres quizá estén cansados de la libertad. Han vivido una orgía de libertad. La libertad, hoy en día, ya no es la virgen casta y pura por quien lucharon y murieron las generaciones de la primera mitad del siglo pasado. Para los jóvenes de hoy, intrépidos, ávidos, firmes, que avizoran el amanecer de la nueva era, hay otras palabras que ejercen una fascinación más poderosa, y esas palabras son: Orden, Jerarquía, Disciplina (...) Que se sepa entonces, de una vez por todas, que el Fascismo no conoce ídolos, adoraciones ni fetiches. Ya ha pisado y, de ser necesario, volverá atrás para pisar una vez más, el cuerpo más o menos pútrido de la Diosa Libertad”. *The Life of Benito Mussolini*, por Margherita G. Sarfatti, Introduction by Signor Mussolini, Frederic Whyte, trad., Nueva York: Frederick A. Stokes Company, 1925, págs. 328–29 (que cita un artículo de mayo de 1923 escrito por Mussolini en la publicación *Gerarchia*).
206. En Julien Hervier, *The Details of Time: Conversation with Jünger*, Nueva York: Marsilio Publishers, 1995), pág. 69.

207. Vasily Grossman, *Life and Fate: A Novel*, trad. de Robert Chandler, Nueva York, Harper & Row, 1987, pág. 230.
208. Ernst Jünger, *On Pain*, David C. Durst, trad.,1934, Nueva York, Telos Press Publishing, 2008, pág. 17.
209. William Kristol y Robert Kagan, *op. cit.*
210. Charles T. Sprading, *Liberty and the Great Libertarians*,1913, Nueva York, Fox & Wilkes, 1995, pág. 29.
211. *Ibid.*, pág. 28.
212. E. L. Godkin, "The Eclipse of Liberalism", *The Nation*, 9 de agosto de 1900.

**Nota: Índice del volumen disponible en:**

**<http://studentsforliberty.org/peace-love-liberty-index>**





**ESLIBERTAD**  
LATINOAMÉRICA

*elcato.org*  
**CATO**

**ATLAS**  
NETWORK